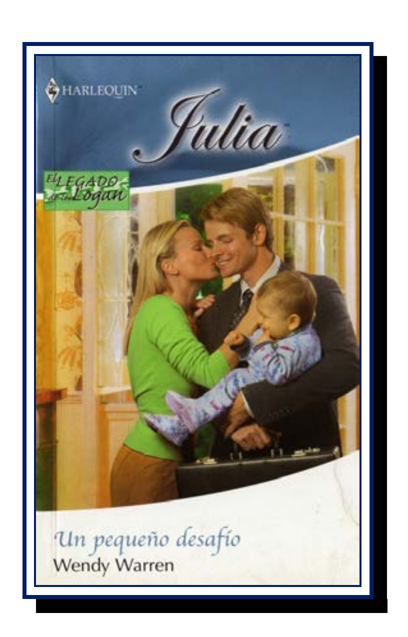
Un pequeño desafío

Wendy Warren

4º Mult. El legado de los Logan 2



Un pequeño desafío (2008)
Título Original: The baby bargain (2007)
Serie: 4º Mult. El legado de los Logan 2
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Julia Miniserie 22
Género: Contemporáneo
Protagonistas: L.J. Logan y Eden Carter

Argumento:

Ella salvaría la imagen de su negocio y él cuidaría de su bebé durante una semana

Después de que otro escándalo más sacudiera a Children's Connection, el relaciones públicas L.J. Logan acudió al rescate del centro de fertilidad y adopción. Inteligente y sofisticado, L.J. estaba seguro de poder limpiar la reputación de Children's Connection. Pero Eden Carter, una de las trabajadoras más queridas del centro, no estaba tan segura. Fascinado con la comadrona que tanto criticaba la campaña publicitaria que él mismo había creado, L.J. la desafió a idear algo mejor.

Y, para su enorme sorpresa, Eden aceptó el reto. La única condición que puso fue que L.J. cuidara de su bebé durante una semana. El guapo relaciones públicas pensó que sería pan comido hacer de papá durante una semana… lo que no sospechaba era que pronto querría hacerlo de por vida.

Capítulo 1

Todo iba bien.

Lawrence Logan Junior, L.J. para su familia y sus amigos, entró en la sala de reuniones de Children's Connection y se preparó para comenzar una presentación que iba a dejar impresionados a los miembros del consejo y a los trabajadores de la clínica de fertilidad y de adopción. Se disponía a salvar aquel negocio de la ruina después de una larga serie de problemas y de haber sido víctima de la mala publicidad.

Le gustaba sentirse un salvador.

—No se puede negar que Children's Connection ha aparecido mucho últimamente en los periódicos y las noticias locales —les dijo a sus oyentes con una voz suave y al mismo tiempo autoritaria que ni juzgaba ni compadecía a nadie—. Por suerte para nosotros, las noticias locales tienen mucha menos audiencia que *American Idol*. Mediante una serie de anuncios, una página *web* completamente nueva y algunas entrevistas estratégicas, vamos a cambiar la opinión pública. Señoras y caballeros, les aseguro que se puede hacer y Logan Public Relations va a demostrarles cómo —añadió sonriendo a todos los presentes como un entrenador orgulloso de su equipo—. Dejen que les enseñe algo para que puedan hacerse una idea de lo que tenemos en mente.

L.J. se acercó a la televisión en la que se iba a realizar la presentación en vídeo y sintió que se le aceleraba el pulso por efecto de la adrenalina.

L.J. era un buen relaciones públicas, a veces incluso magnífico, por lo que estaba acostumbrado a ganarse la confianza y con el tiempo también la gratitud de sus clientes. Disfrutó al ver como se relajaban los rostros de sus interlocutores mientras iba presentando un plan irrefutable para darle una imagen de éxito a su maltrecho negocio. Cualquier nuevo proyecto implicaba siempre cierto nerviosismo, pero aquél era diferente. Aquel proyecto no parecía ir a exigirle demasiado trabajo y sin embargo había mucho en juego. Necesitaba ganarse la confianza de su cliente para seguir adelante con un plan mucho más importante. Si lograba limpiar la imagen pública de Children's Connection, cosa que sin duda haría, L.J. conseguiría salvar mucho más que un negocio: salvaría a toda una familia… la suya.

No estaría nada mal para un hombre de treinta y siete años que se consideraba algo así como la oveja negra de la familia.

Le resultaba muy incómodo ajustarse la corbata de seda, pero merecía la pena por la imagen de buen gusto y de riqueza que proyectaba, pensó mientras observaba a los presentes, que miraban el vídeo con absoluto interés.

La familia de su tío paterno había fundado y seguía dirigiendo Children's Connection y era evidente que estaban muy afectados por todo lo sucedido. Los rumores sobre una supuesta red de tráfico de bebés, los errores cometidos en ciertas inseminaciones en las que se habían utilizado los donantes de esperma equivocados, varios secuestros y, más recientemente, la dimisión de Robbie Logan, director de la

guardería del centro, habían sacudido el negocio con la fuerza de una tormenta tropical.

Ahora la junta directiva, de la que formaban parte su tío Terrence, su tía Leslie y su prima Jillian, veían varios modelos de campañas comerciales preparadas especialmente para Children's Connection. L.J. pudo ver como sus tíos se lanzaban miradas de satisfacción, lo que hizo que él sintiera esa misma satisfacción.

Al final de uno de los posibles anuncios, se abrió la puerta de la sala de juntas.

L.J. no pudo evitar fijar la mirada en una rubia de estatura media y figura curvilínea que acababa de entrar por la puerta y se peleaba con una enorme botella de agua y un plato para poder volver a cerrarla. Él era el único que miraba hacia la puerta y por lo tanto que estaba viendo las dificultades que estaba teniendo la rubia, así que se dispuso a acercarse a ella para ayudarla a cerrar la puerta, pero antes de llegar a hacerlo, vio que ella conseguía solucionar el problema poniéndose la botella entre las piernas.

Varias personas oyeron entonces la puerta y se volvieron a mirar. Ella sonrió y saludó con un leve movimiento de cabeza.

Se quedó junto a la puerta, mientras que los asistentes que habían llegado puntuales veían el vídeo sentados formando un semicírculo de espaldas a la puerta. Al fijarse en ella, L.J. comprobó que era más alta de lo que le había parecido en un primer momento. La luz era muy tenue, pero podía ver que sus brazos, que el suéter azul que llevaba dejaban al descubierto, no tenían nada que ver con las extremidades enclenques de modelo a las que había acabado acostumbrándose después de pasar años en Nueva York. Aquella mujer parecía una granjera, de piel rosácea, sana y llena de vida.

Ella buscó un lugar vacío en la sala, pero antes de llegar a moverse, la imagen de la televisión captó su atención. Unos ojos tan grandes y dulces como los de Bambi se clavaron en la pantalla con absoluta concentración.

Todo en aquella mujer, especialmente sus labios, resultaba de lo más tentador…

Pero, ¿qué estaba pasando? Tenía que hacer algo.

L.J. meneó la cabeza ligeramente. Él no era de los que se distraía del trabajo sin motivo y no pensaba empezar a hacerlo ahora.

Así pues, volvió a centrar toda su atención en la pantalla del televisor, pero tuvo que admitir que la presencia de la rubia había hecho que aumentara su nerviosismo.

En el vídeo, una mujer giraba con un bebé en brazos en medio de un campo cubierto de flores mientras una suave voz decía: «Children's Connection de Portland ayuda a los solteros a convertirse en familia». La música subía mientras la madre abrazaba a su pequeño y ambos reían: «Persigue tu sueño».

L.J. asintió de manera prácticamente imperceptible. Después del anuncio, el vídeo seguía con estadísticas y datos demográficos, pero él ya sabía que habían conseguido enganchar a la audiencia. Cualquiera que tuviera hijos se habría sentido

conmovido; incluso él, que tenía menos instinto paternal que el Scrooge de *Cuento de Navidad*, estaba algo emocionado.

Sin duda alguna, cualquier mujer soltera deseosa de tener un hijo volvería a pensar en Children's Connection a la hora de elegir una clínica de fertilidad. El anuncio que acababan de ver no era más que una muestra, una vez que se rodara con el presupuesto adecuado y llegara al gran público, se ganaría el corazón de todos aquéllos que lo vieran. L.J. tuvo que hacer un esfuerzo para no darse la vuelta a disfrutar de la reacción de la rubia al ver el anuncio que él mismo había escrito.

Había momentos, como aquél, en los que sabía exactamente lo que estaba haciendo con su vida.

Qué horror.

Eso fue lo primero que pensó Eden Carter desde el fondo de la sala de juntas mientras intentaba no echarse a reír.

Sólo a un hombre podría habérsele ocurrido lo que acababa de ver. Para más detalle, tenía que ser un hombre sin hijos o uno que jamás le había preguntado a su esposa cómo era su experiencia como madre.

La muñeca Barbie que protagonizaba el anuncio no tenía aspecto de haber pasado una noche en vela; tenía un rostro hermosísimo, un cuerpo perfecto y su peinado era casi una obra de arte.

«Ven a Children's Connection», pensó Eden, «te ayudaremos a tener un hijo que no llore nunca y que jamás te morderá el pecho mientras mame».

Quizá estuviera un poco gruñona, pero era porque últimamente había pasado muchas noches en vela. El autor de aquel anuncio tan empalagoso debería haberle preguntado a ella o a cualquiera de las madres solteras que habían recibido la ayuda de Children's Connection; así habrían sabido lo que era realmente criar a un pequeño.

Aprovechando que movía el brazo en el que llevaba el plato cargado de galletas que había llevado a la reunión se apretó el pezón derecho, que tenía tremendamente dolorido.

Su precioso bebé, Liam, tenía ya cuatro dientes y esa misma mañana los había apretado con ganas en su pezón derecho, hasta el punto de que a Eden se le había escapado un chillido de dolor. El pobre Liam había abierto sus preciosos ojitos azules y se había echado a llorar. Había sido un final complicado para una mañana que había empezado tarde después de que Eden se hubiera pasado la mitad de la noche aplicándole a su hijo un gel homeopático que le aliviara el dolor de las encías.

Liam no era el único que dependía de ella día y noche. Como ayudante en todo lo relacionado con el embarazo y el parto o *doula*, Eden era también responsable de sus pacientes y debía estar disponible siempre que ellos la necesitaran. Si intentara dar vueltas como la chica del anuncio, se caería de bruces por el cansancio.

Las mujeres que querían ser madres, especialmente si eran solteras, necesitaban del apoyo y la comprensión de aquéllos que habían vivido la misma experiencia. No necesitaban…

—¡Tonterías!

Al ver que varias personas se giraban a mirarla se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Quieres hacer algún comentario, Eden? —le preguntó Terrence Logan con sincero interés.

Durante la adolescencia y la juventud había tenido cierta tendencia a hablar antes de pensar, pero el yoga y la meditación habían conseguido suavizar un poco su agitado espíritu y había adquirido la disciplina de tomarse un tiempo de pausa antes de convertir los pensamientos en palabras.

Pero era evidente que estaba sufriendo una recaída.

—No, gracias. Lo siento mucho —se disculpó por haber hablado cuando no debía.

Sus compañeros de trabajo la tenían por una mujer equilibrada y difícil de alterar. Allí nadie conocía a la Eden Carter que había tenido que luchar día tras día de su juventud como un salmón nadando contra corriente. En aquella época la carga que había tenido que llevar sobre los hombros había sido más pesada que ella misma y eso había hecho que a veces diera rienda suelta a la rabia y a la frustración buscando pelea por los motivos más insospechados.

De manera involuntaria dirigió la mirada al hombre que estaba haciendo la presentación. Sabía que era un Logan, pero pertenecía a una rama de la familia que, ella supiera, no tenía demasiada relación con Children's Connection.

Había enarcado las cejas con sorpresa al oírla hablar para después arrugar el ceño ligeramente durante sólo unos segundos porque enseguida esbozó una tensa sonrisa que sin duda debió de costarle un gran esfuerzo.

—Estoy seguro de que todos los presentes tendrán interés en oír su opinión, señora…

Eden sintió un extraño nerviosismo que la agarró desprevenida. Respiró hondo y rezó para que se le pasara cuanto antes.

—Carter —murmuró, tratando de recuperar la serenidad.

—Señora Carter —repitió él mientras apagaba la televisión antes de encender las luces de la sala—, creo que no ha asistido a toda la presentación, pero es evidente que lo que ha visto la ha hecho reaccionar.

Eden lo miró a los ojos igual que estaba haciendo él. Acababa de lanzarle un guante y era evidente que, tras aquellas educadas palabras, había todo un desafío. La había invitado a dar su opinión, pero había socavado la credibilidad de lo que fuera a decir con sólo un par de palabras.

—Hay una silla libre aquí delante —le indicó con una inocencia tras la que se ocultaba la clara intención de ponerla en un aprieto—. Aunque, por supuesto, puede seguir de pie si es eso lo que prefiere.

Eden sonrió con la misma inocencia. «No me das ningún miedo. No eres nada comparado con el parto de riñones al que sobreviví para traer a mi hijo al mundo».

Sin borrar la sonrisa de sus labios, se acercó al sitio que le había señalado, atravesando la sala con total tranquilidad con la bandeja y la botella de agua en las manos y sin dejar de mirarlo a los ojos ni un momento.

Al aproximarse, se fijó en que tenía los ojos azules y en que parecía mayor de lo que había pensado al verlo de lejos. Debía de tener treinta y muchos años. Nada más verlo desde el otro extremo de la sala le había dado la impresión de que había nacido en buena cuna, pero a medida que se acercaba a él, más segura estaba de que la vida no le había dado muchos golpes.

Estaba a poco menos de un metro de él cuando notó la tensión que reflejaban sus ojos, unos ojos casi tan azules como los de ella y los de su hijo. También tenía el pelo oscuro como su pequeño, quizá un poco más incluso.

—Gracias —le dijo antes de ocupar la silla que él le ofrecía.

L.J. esperó a que ella estuviera sentada cómodamente para ocupar el asiento contiguo al de Eden.

Olía bien. Era más suave que cualquier perfume masculino y más agradable que un simple jabón. Seguramente fuera porque últimamente no tenía demasiada oportunidad de oler nada que no fuera el polvo de talco de bebé, por eso el aroma de aquel hombre le resultaba tan agradable.

«Contrólate, Eden», se dijo a sí misma. «Seguramente tú huelas a regurgitación de bebé y precisamente por eso tienes que hablar».

Con una gran sonrisa en los labios, dejó el plato de galletas sobre la mesa y retiró el papel de aluminio que lo cubría.

—Servios —les dijo a los presentes—. Son de chocolate y harina de avena.

Sus compañeros miraron las galletas caseras con hambre. Vio a Jillian Logan mirar a Dianna March, que pertenecía a la junta directiva. Normalmente los miembros de la junta no acudían a las mismas reuniones que los trabajadores, en cuyas charlas solía haber zumo, café y algo de picar.

Sin embargo, aquella tarde parecía haberse impuesto la formalidad.

La sala de reuniones parecía más oficial y menos acogedora que de costumbre. Allí sólo había una jarra de agua y un termo de café. Nadie se atrevió a agarrar una sola galleta, cuando normalmente no habrían llegado siquiera a la mesa principal. Todo el mundo parecía estar esperando a ver qué hacían los miembros de la junta.

«Ése es el problema», pensó Eden. «No podemos dejar de ser quién somos sólo porque tengamos problemas».

Lo importante en aquel lugar debía ser siempre la familia, la vida real. Por eso le encantaba aquel lugar, porque todo era sincero y genuino.

Sin embargo, el vídeo que acababa de ver parecía un *trailer* de *Sonrisas y lágrimas.*

—Buenas tardes a todos —dijo por fin—. Os pido disculpas por haber llegado tarde, espero que las galletas sirvan de compensación. He pasado por la guardería a ver a Liam. Le están saliendo los dientes y ya sabéis lo que es eso; noches en vela y días de mal humor. No hay ningún sueldo que pague lo que tenemos que pasar los padres y las madres, ¿verdad?

Por toda la sala aparecieron sonrisas de comprensión. Eso estaba mejor. Dianna y Wayne Thorpe volvieron a parecer casi humanos. No importaba lo que les hubiera pasado últimamente, lo importante era recordar que Children's Connection no era sólo un negocio. Ése era uno de los motivos por los que Eden se había trasladado de Kentucky a Oregon para aceptar aquel trabajo. Esperaba que aquel lugar conservara su carácter único a pesar de la crisis. Era muy fácil olvidar quién era uno cuando se estaba asustado.

Se volvió a mirar al hombre que tenía al lado.

—¿Tiene usted hijos, señor…?

Enarcó una ceja a pesar de que sabía muy bien que su apellido era Logan, igual que su tío y sus primos, que eran los que lo habían contratado. Pero nunca estaba de más hacer creer al enemigo que su presencia no había suscitado el menor interés.

—Logan —respondió él sin dejarse llevar por la sorpresa—. Y no, no tengo hijos.

Eden asintió al tiempo que pensaba que era curioso que hubiera respondido eso y no: «No, todavía no» o «No tengo la suerte».

—Su anuncio es muy bonito —afirmó con sinceridad—. Casi me ha dado ganas de volver a quedarme embarazada… Si alguien pudiera garantizarme que sería como la mujer del vídeo, parecía que pudiera tener trillizos sin perder un ápice de belleza y ni una sola noche de descanso. Pero la mayoría de las madres del mundo real nos sentimos afortunadas si tenemos tiempo de lavarnos los dientes antes del mediodía.

Por el rabillo del ojo vio a varias mujeres asentir y sonreír.

—Espero que no le moleste que se lo diga, señora Carter —dijo L.J., que evidentemente se había dado cuenta de que estaba en terreno pantanoso y que debía actuar con cautela—, pero es usted mucho más atractiva que la actriz del anuncio. Si tiene usted un hijo al que le están saliendo los dientes, me parece que hemos contratado a la protagonista equivocada.

Garnet Kearn sonrió con deleite. Wayne Thorpe y Miles Remington levantaron las cejas como si realmente estuvieran considerando la idea.

Logan, 1. Carter, 0.

Eden sabía que acababa de quedar como si se estuviera metiendo en algo que no era asunto suyo. Pero no era cierto, aquel tipo la necesitaba y ella necesitaba que

él salvara el centro para el que trabajaba. Por eso iba a dar su opinión, le gustase a él o no.

Mientras sonreía como si pensara que acababa de hacerle un cumplido, Eden apretó los puños bajo la mesa. Quizá aquel tipo guapo y sofisticado supiera mucho de publicidad, pero estaba a punto de descubrir que ella sabía mucho más que él de lo que era la maternidad.

L.J. saboreó aquella pequeña victoria. Hasta la llegada de la señora Carter, había tenido la seguridad de estar impresionando a sus futuros clientes y, lo más importante, a su tío. No iba a permitir que nadie estropease una victoria que rozaba ya con la punta de los dedos.

La publicidad, incluso la de servicios como los que prestaba Children's Connection, apelaba siempre a las fantasías de la gente, a la versión idealizada que todas las personas tenían de sí mismos y de las vidas que les gustaría tener. Nadie soñaba con tener más trabajo del que podía afrontar, ni con noches en vela bañadas en vómito de bebé.

Así pues, L.J. decidió utilizar la protesta de la recién llegada en su propio beneficio.

«Lo siento, guapa, pero esto es una reunión de negocios, no un consultorio para mamás».

—Me alegro de que el anuncio le haya parecido agradable estéticamente —le dijo, dirigiéndose directamente a ella—. Queremos dar una imagen positiva a todos aquéllos que busquen una clínica de fertilidad o un centro de adopción.

Ella frunció el ceño y, cuando parecía que estaba a punto de rebatirle, L.J. continuó con tenacidad, dirigiéndose al resto de asistentes.

—No creo que sea necesario decirles que la imagen de Children's Connection se ha visto seriamente afectada por todo lo aparecido últimamente en los medios de comunicación. Y, lo que es más importante, se ha puesto en tela de juicio los valores de su junta directiva. Mi intención es dejar una firme impresión en el público que no deje lugar a dudas sobre cuál es el interés primordial de esta organización… crear familias. Quiero que aquéllos que deseen ser padres sepan que nuestro objetivo principal es ayudar a crear esas familias y verlas crecer, que Children's Connection formará parte de sus vidas más allá de la inseminación o de la adopción. Puede que vivamos en un mundo cínico, pero Children's Connection no lo es.

L.J. siempre sabía cuándo había conseguido conectar con su audiencia y en aquel momento sintió como la sala se llenaba de energía. Eso significaba que había conseguido hacerles comprender lo que pretendía.

Sus tíos Terrence y Leslie unieron sus manos sobre la mesa en un gesto que infundió nueva fuerza a L.J..

Sin embargo, seguía percibiendo la frustración de la mujer que tenía al lado. ¿Qué le ocurría? ¿Qué más daba que la actriz del anuncio fuera guapa y delgada? La señora Carter tenía un cuerpo que volvería loco a cualquier hombre.

Por un momento, un brevísimo momento, sintió el impulso de disculparse por haber cortado su protesta, pero no era eso lo que solía hacer en las reuniones de negocios. Ahora que estaba a punto de ganarse el respeto de su padre por primera vez en veinte años, no iba a dejar que una guapa rubia se lo impidiera.

En ese momento oyó que se aclaraba la garganta para hablar.

—Todo eso suena muy bonito. «Puede que vivamos en un mundo cínico, pero Children's Connection no lo es», muy emotivo. Pero, según tengo entendido, lo que está en tela de juicio es precisamente nuestra credibilidad. Se nos está acusando de irresponsables e incluso de mentirosos.

L.J. arrugó el ceño al sentir que saltaban las señales de alerta dentro de su cuerpo. Aquella mujer con aspecto de ángel estaba poniéndolo en un buen aprieto y parecía dispuesta a continuar.

—En nuestras clases de preparación al parto les contamos a las mujeres todo por lo que van a pasar. Insistimos en que sepan muy bien cómo son las cosas en la vida real. Eso es lo que tiene que saber el público. Deben saber que nuestros clientes reciben toda la información necesaria antes de ser padres, también durante el embarazo y después de que nazca el bebé. Ese conocimiento les proporciona las armas necesarias para enfrentarles a lo que les venga. Nuestros futuros clientes y todos aquéllos que se han portado tan injustamente con nosotros tienen que saber que jamás intentaríamos engañar a nadie. No es sólo que valoremos la sinceridad, es que la exigimos.

Sus últimas palabras fueron acompañadas de un puñetazo en la mesa. L.J. casi sintió lástima por ella porque era obvio que había olvidado que se estaba dirigiendo a una junta directiva y no a sus compañeros de trabajo. Si aquello fuera una película de Frank Capra y ella, James Stewart, quizá hubiera funcionado todo ese idealismo.

—Si se están poniendo en tela de juicio nuestras intenciones, ¿no cree que deberíamos ser lo más sinceros posible? —continuó hablando ella—. No creo que haya que edulcorar la verdad para hacerla más digerible. Children's Connection es lo bastante bueno como para que no sea necesario disfrazar la verdad. Yo lo sé mejor que nadie porque trabajo aquí y también soy cliente.

L.J. se sobresaltó al oír aquello. Detestaba las sorpresas.

¿Cómo que era cliente de Children's Connection? ¿Cliente de qué servicio, de la clínica de fertilidad o del centro de adopción?

¿Y qué estaba haciendo allí entonces?

Buscó a toda prisa una manera lo más correcta posible de recordarles a los presentes que él era el profesional y que aquella mujer no tenía la menor idea de cómo funcionaba el mundo de la publicidad.

Abrió la boca, pero tuvo que volver a cerrarla cuando la sala estalló en un sonoro aplauso. Mientras todos sonreían y aplaudían con entusiasmo, L.J. miró a su izquierda.

Eden Carter bajó la cabeza con modestia y agarró una galleta antes de pasar el plato.

Su irritación no hizo más que aumentar cuando oyó suspirar con deleite a todos los que probaban las galletas.

Al infierno con la corrección y la amabilidad.

La reunión se le estaba yendo de las manos, cosa que no recordaba que le hubiera sucedido jamás. Y todo gracias a aquella mujer.

—¿Una galleta? —le ofreció ella cuando el plato volvió a ellos—. Son de…

—De chocolate y harina de avena, ya lo he oído —se apresuró a decir él con una fría sonrisa. Observó las galletas detenidamente—. Tienen un aspecto delicioso y muy dulce —dijo después de unos segundos y volvió a sonreír—. Verá, tengo un objetivo y no crea que voy a dejar que un poco de azúcar se interponga en mi camino.

Capítulo 2

—Entonces me miró fijamente con esos ojos pequeños y brillantes y me dijo, «Y no esperes ni por un momento que me comporte con amabilidad» o algo parecido. Desde luego eso era lo que pretendía hacerme saber.

Sentada en una manta extendida sobre el césped del parque Woodstock, Eden contó todo lo sucedido en la reunión a su amiga y compañera de casa, Liberty Sánchez.

—Dios mío, menuda comadreja —dijo Liberty al tiempo que se metía en la boca una uva, el postre del picnic que habían hecho—. Parece el típico hombre de negocios; si te interpones en su camino, estás perdida —los ojos casi negros de Liberty se clavaron en ella—. ¿Tan importante era que dieras tu opinión, Eden? Quiero decir, sé que te importa que el negocio vaya bien, pero si ese tipo… cómo se llame…

—Lawrence Logan, Junior, niño rico.

—Si Junior limpia la imagen de Children's Connection, ¿importa cómo lo haga?

Eden miró a su amiga con perplejidad.

—¿Desde cuándo piensas que el fin justifica los medios? Pero me gusta que lo hayas llamado Junior.

Aún con rabia, Eden dio una palmada en la manta sobre la que también jugaba su hijo, a quien se le cayó el muñeco de peluche que tenía en las manos.

—Lo siento, cariño —se disculpó Eden devolviéndole el peluche—. Mamá está un poco enfadada. Hay gente que me pone muy nerviosa.

—Deberías darte cuenta de que cuanto más te enfadas, más te perjudicas a ti misma —replicó Liberty con su calma habitual—. La otra persona ni se entera.

Eden miró con el ceño fruncido a la mujer que llevaba siendo su amiga desde el instituto.

—Vas a tener que dejar de ir a esos grupos. Así no hay quien esté resentida.

Liberty no dijo nada más. Guardó la comida que quedaba en sus respectivos paquetes y todo ello en su mochila. Mientras Eden preparaba a Liam para el corto paseo de regreso a casa, ella sacudió la manta.

Eden siempre había sabido que, aunque hubieran reaccionado de manera diferente a las circunstancias de la vida, su amiga y ella se protegían con la misma coraza que había llegado a convertirse en una segunda piel. La mayoría de las veces se comprendían la una a la otra sin el menor problema; eran magníficas compañeras de casa y amigas. Además Liberty estaba estudiando para ser enfermera de obstetricia y ginecología.

En un principio, Eden había temido que la llegada del bebé hiciera que su amiga se buscara otro lugar para vivir, pero a Liberty le gustaban mucho los niños, por lo que las cosas no habían hecho más que mejorar con la presencia de Liam.

—Gracias —le dijo Eden cuando Liberty le dio al pequeño el aro para las encías que tanto parecía aliviarle el dolor—. Siempre sabes exactamente lo que necesita. ¿Estás segura de que no te gustaría tener uno? Conozco una magnífica clínica de fertilidad.

Liberty soltó una sonora carcajada.

—No, gracias —dijo al tiempo que le acariciaba el pelo a Liam—. Me conformo con ayudarlos a venir al mundo y con cuidar de este grandullón.

La respuesta que Eden esperaba. Liberty había tenido una infancia tan complicada como ella, ésa había sido una de las razones por las que se habían sentido tan identificadas la una con la otra al conocerse y por las que seguían siendo amigas cuando estaban a punto de alcanzar los treinta años. A diferencia de Liberty, que había decidido que no sabía lo bastante de familias felices como para formar una, Eden siempre había querido tener hijos a los que darles todo lo que ella no había tenido.

Igual que su amiga, Eden disfrutaba enormemente del trabajo de traer niños al mundo. Eso unido a su amor por la medicina natural había hecho que acabara trabajando como *doula* y finalmente hubiera conseguido un puesto en Children's Connection. Se había esforzado mucho para hacer bien su trabajo y había creado un hogar agradable, pero nunca había conocido al hombre de su vida. Y no porque no lo hubiera intentado. Más bien al contrario, lo había intentado con demasiado ahínco.

El fracaso de sus relaciones manchaba el recuerdo de su juventud. Pero si tenía que ser sincera, lo cierto era que había tenido demasiadas relaciones.

Había tenido tantos sueños de encontrar la felicidad junto a un hombre en el que poder apoyarse en los momentos bajos… Dios, en su mente no había habido espacio libre para nada más.

Afortunadamente había pasado página. Hacía siglos que no tenía ninguna relación y ni siquiera se permitía ya imaginar a ese hombre fuerte que muriera de amor por ella.

Sus antepasados sureños habrían creído que era imposible formar una familia sin un hombre, pero Eden sabía que no era así. Habría sido una tontería esperar hasta encontrar alguien con quien casarse antes de tener un hijo; para entonces podría haber tenido los ovarios del tamaño de cabezas de alfiler.

Además, la experiencia le había enseñado que una mujer inteligente no podía esperar a que otro le resolviera los problemas. Debía resolverlos ella misma.

Eden había hecho un trato con Dios.

Desde los catorce años llevaba un diario en el que escribía sus pensamientos y sus sueños. Años atrás, cuando había decidido que tendría un hijo sola, había escrito lo siguiente: «Dios, dame un hijo y no te daré el menor motivo para creer que soy una mala madre».

Desde el día que se enteró de que estaba embarazada, supo que Liam siempre sería lo primero en su vida. Nada le impediría darle a su hijo un entorno alegre y estable. Y eso significaba…

Nada de hombres.

Eso también lo había escrito en su diario… con tinta roja. Su vida entera se había visto trastocada a los diez años por culpa de un hombre. En aquella época su madre, una artista de espíritu libre, se había vuelto demasiado salvaje. Finalmente le habían diagnosticado una depresión maniaca, pero para entonces el padrastro de Eden ya había tirado la toalla y se había marchado dejando atrás su matrimonio y a su familia. Su padre biológico tampoco había sido de mucha ayuda, pues antes de que Eden aprendiera a decir «papá», las había abandonado sin dejar dirección alguna. Dos hombres le habían roto el corazón y sin embargo había pasado la mayor parte de su juventud comportándose como si otro hombre pudiera volver a pegarlo. Sólo con pensarlo se ponía de mal humor. Porque ahora sabía bien que no era así.

Resultaba irónico que justo cuando había decidido quedarse soltera, hubiera surgido algo que le había revolucionado las hormonas y había encendido su libido.

El embarazo había despertado un deseo que no se saciaba con un litro de helado. Durante aquellos nueve meses había tenido que hacer un esfuerzo para olvidarse de dicho deseo y después las preocupaciones y las obligaciones como madre habían eliminado cualquier interés por el sexo.

Maldito fuera L.J. Logan por aparecer en su vida y haber vuelto a poner en marcha su motor incluso mientras la hacía enfadar. Desde luego las feromonas de aquel hombre eran increíblemente potentes. Eden debía admitir que no había podido dejar de pensar en él en toda la tarde.

—Me gustaría saber cuál es la historia de ese Junior —murmuró aun sabiendo que debería haberse mordido la lengua.

No había duda alguna de que uno de sus grandes fallos como ser humano era su costumbre de pensar en lo que no debía.

—¿Su historia? —preguntó Liberty.

—Sí, por qué no quiere tener hijos.

—¿Cómo sabes que no quiere tener hijos? Por lo que me has contado, apenas hablaste con él.

—No, pero le pregunté si tenía hijos y su respuesta fue muy rotunda. Le faltó gritar que no.

—¿Entonces te quedaste hablando con él después de la reunión?

—No, se lo pregunté durante la reunión.

—¿Delante de todo el mundo? ¿Delante de la gente que lo había contratado?

—Claro. No me mires así, sólo intentaba demostrar algo.

—Pero no deberías haberlo hecho delante de sus jefes… si pretendes mantener una relación mínimamente civilizada con él.

—No necesito tener una relación civilizada con L.J. Logan. Lo único que quiero es que haga bien su trabajo para asegurar el futuro de Children's Connection y ahora mismo tengo muchas dudas al respecto.

Liberty meneó la cabeza como si no comprendiera.

—Siempre has tenido una gran habilidad para relacionarte con los demás.

Eden estaba a punto de darle las gracias cuando su amiga añadió algo más:

—Excepto cuando se trata de hombres. Entonces te comportas como una tonta.

Al oír aquello, Eden dejó de andar.

—Nunca he recibido la menor queja de un hombre respecto a mis dotes de comunicación.

Liberty le dio una palmadita en el hombro.

—Tranquila. Cuando te enfadas hablas como Escarlata O'Hara —siguió caminando—. ¿Te acuerdas de Hal Sneeden? Una vez te dijo que eras incapaz de mostrar tus emociones.

Eden sintió una punzada de dolor que se esforzó en obviar.

—Pero eso no significa que no sepa comunicarme con los hombres. Nunca quise tener ningún tipo de intimidad emocional con Hal Sneeden. Y tú estabas de acuerdo en que no debía ir en serio con él. ¿Te acuerdas? Si nos hubiéramos casado, me habría convertido en Eden Sneeden —le recordó mientras salían del parque—. La gente habría dicho, «ahí van los hijos de Eden Sneeden» —se inclinó a darle un beso a Liam, al que llevaba en una mochila portabebés—. Yo jamás te haría algo así, cariño.

La sincera carcajada de Liberty relajó el ambiente, pero Eden seguía intentando no volver a sentir aquel dolor. Hacía ya siete años que había roto con Hal, pero el recuerdo de aquellas palabras seguía afectando a su autoestima. Hal le había dicho que nunca se había llegado a sentir cerca de ella.

¡Peor para él! Pensó al tiempo que parpadeaba para ahuyentar las lágrimas. Hal Sneeden ya no le importaba ni lo más mínimo. Eden había salido con muchos más hombres que Liberty, pero se había fijado en que su amiga había elegido las relaciones platónicas con el sexo opuesto, sin embargo, ella nunca había tenido un novio que además fuera su amigo.

Siguió pensando en ello durante el camino de regreso a casa, mientras se cruzaban con numerosas familias… típicas familias compuestas por padre, madre e hijos. Familias como los Scout, que jugaban en el jardín de su casa con sus tres niños, o los Michaelsons, que también habían aprovechado el buen tiempo para pasar la tarde al aire libre antes de que volvieran las lluvias propias del mes de abril.

Eden sonrió a unos y a otros, pero en realidad estaba deseando llegar a casa y olvidarse de aquellas familias perfectas y felices.

Algunos años atrás, Portland había sido elegida como una de las mejores ciudades del país para criar hijos. Eso la convertía en el lugar perfecto para desarrollar su trabajo de preparadora al parto y para tener a Liam. Lo que no era tan perfecto era el recordar que quizá algún día su hijo pensara que había sido injusta con él al privarle de tener un padre.

Lo cierto era que a veces, mientras estaba en la cama por las mañanas y oía el canto de los pájaros y la respiración de Liam, deseaba tener a alguien con el que hacer planes.

Bajó la mirad hacia su hijo, que se había quedado dormido con el movimiento y le acarició la cabecita suavemente.

«Tú eres el único hombre de mi vida», pensó aunque a veces deseara pertenecer a una comunidad más amplia.

—El otro día leí un artículo sobre una mujer de Florida que ha puesto en marcha un proyecto de viviendas para niños que esperan ser adoptados y para la gente que quiera adoptar.

Liberty la miró con expresión dubitativa.

—Suena a residencia.

Eden se echó a reír.

—Yo creo que ese tipo de comunidades cooperativas son lugares estupendos en los que criar. Suele haber espacios comunes y algunas incluso tienen un régimen cooperativo para cuidar a los niños. Se intenta que sean comunidades multigeneracionales, lo cual es muy beneficioso para los pequeños —volvió a acariciar el cabello oscuro de Liam, muy diferente a su melena rubia y ondulada—. Sería estupendo que pudiera crecer rodeado de algo parecido a…

—A una familia, pero sin los traumas propios de una familia, ¿no?

—Algo así —admitió Eden riéndose.

Su amiga aceleró el paso cuando ya casi llegaban a la casita que compartían.

—Tengo mucho que estudiar, así que me voy a preparar un café grande y fuerte. ¿Quieres algo?

—No —Eden había dejado la cafeína en el mismo momento en el que había visto el resultado de la prueba de embarazo y desde luego aquella noche no necesitaba más calorías—. Si consigo que el rey de la casa duerma un poco más, voy a echar un vistazo a los proyectos de cooperativas de Portland.

—Muy bien. Pero no esperes que yo me vaya con vosotros. Me gusta tener intimidad.

Se quedaron calladas cuando, al dar la vuelta a la esquina, vieron un lujoso Cadillac descapotable aparcado junto a la casa y un hombre esperando en el porche con gesto impaciente. Llevaba gafas de sol.

—Hablando de cosas grandes y fuertes —murmuró Liberty.

¿Qué estaba haciendo allí? Eden miró a L.J. Logan y supuso que él también la estaba mirando tras aquellos oscuros cristales.

—Grande, fuerte y frío —añadió Eden.

—¿Qué? —Liberty miró al caballero sin el menor disimulo. Había decidido no salir con hombres, pero no lo había hecho por timidez.

—Es L.J. Logan —susurró Eden—. Es alto, probablemente muy fuerte y podría congelar un litro de agua con sólo hablar.

—¿Ése es el tipo con el que discutiste?

—Sí.

—Es guapísimo.

—Calla —le suplicó Eden mientras se acercaba con recelo.

El hospital de Portland, que albergaba también Children's Connection, estaba al otro lado del río, a unos treinta o cuarenta minutos del barrio de Eden y eso si no había tráfico.

—Está muy lejos del lado oeste de la ciudad —le dijo cuando estuvo lo bastante cerca como para hablarle en un tono que no despertara a Liam.

—Es cierto —respondió él con una sonrisa que hizo desaparecer la expresión de aburrimiento de su cara de niño rico—. Buenas tardes —dijo dirigiéndose también a Liberty—. Veo que han disfrutado del buen tiempo. Ése debe de ser el pequeño al que le están saliendo los dientes —añadió con la mirada clavada en Liam—. Ahora parece muy tranquilo.

—No parece tan frío —le dijo Liberty a su amiga en voz baja y después añadió en tono normal—. Hemos hecho un picnic. Por cierto, será mejor que meta los restos de comida en la nevera.

Después de subir los escalones del porche, se detuvo frente a él, que había extendido la mano para saludarla.

—L.J. Logan —se presentó—. Trabajo con la señora Carter. ¿Y usted es?

—Libertad Sánchez —respondió ella dando rienda suelta a su acento español—. Su compañera de casa —añadió—. También soy su cocinera y la voz de su conciencia. En la cocina hay un zumo de frambuesa recién hecho si quiere probarlo, siempre y cuando no haya venido a vengarse de Eden. Se siente fatal por haberle hablado mal en la reunión.

—¡Liberty!

Sin mirar a Eden, Liberty le lanzó una *sexy* sonrisa a L.J. y se encogió de hombros.

—Lo he intentado. Espero que os portéis bien. Hay que dar un buen ejemplo al niño.

Y se metió en la casa. Eden subió también los escalones del porche, aunque más despacio que su amiga, y miró a Logan a las gafas de sol.

—Yo no le hablé mal. Expresé mi opinión con suavidad y buena educación.

—¿De dónde es?

—¿Qué?

—No consigo identificar ese acento. Viene y va, por lo que deduzco que intenta disimularlo. Tengo la sensación de que le sale cuando se pone en tensión.

Eden, que hasta ese momento había creído tener un total control de un acento sureño que efectivamente intentaba disimular, frunció el ceño.

—Señor Logan, no estamos en horas de trabajo y aún no me ha dicho qué hace aquí.

—¿Lo ve? Ahí le ha salido el acento. Creo que se pone en tensión cuando yo estoy cerca, igual que en la reunión de esta mañana. ¿Por qué?

Claro que se ponía en tensión. Porque habría deseado borrarlo de su vista.

—¿Puede decirme que hace aquí?

En su rostro apareció una enorme sonrisa llena de encanto masculino.

—Si le soy sincera, no estoy del todo seguro de por qué estoy aquí. ¿Por qué no me invita a entrar, o al menos a sentarme en su acogedor porche? Quizá así podamos descubrirlo.

—Siéntese ahí si quiere —dijo señalándole una silla de mimbre— … mientras yo voy a acostar al niño.

Después de cambiar a Liam y dejarlo en la cuna, Eden volvió junto a su inesperada visita con un par de vasos de té con hielo que dejó sobre la mesa de madera.

Ya sentada en la otra butaca de mimbre y mientras se lamentaba de no haber tenido tiempo en todo el año para lijar y pintar los muebles del porche, Eden observó a L.J..

—¿De qué es este té? —le preguntó después de tomar un primer sorbo.

—Fenogreco y cardo, dos plantas muy beneficiosas para las mujeres durante la lactancia. Hacen que se segregue más leche.

L.J. se había quitado las gafas de sol y sus ojos azules la observaban ahora detenidamente.

—Dios mío, ¿qué me harán a mí?

Eden levantó su vaso.

—Enseguida lo sabremos.

Él recibió tal desafío con una carcajada que atrajo la mirada de una señora que pasaba por la calle.

—Bueno, íbamos a averiguar por qué estoy aquí —le recordó él—. Pero creo que ya lo sé.

Eden esperó mientras él dejaba que su curiosidad aumentara, lo cual hacía con la habilidad de un buen político.

—Usted me gusta —dijo por fin—. Sus compañeros de trabajo parecen apreciarla mucho y respetar su opinión.

—¿Ha convencido a alguno de ellos para que le diera mi dirección?

—No. Les convencí para que me dejaran ver la documentación del negocio.

—Y no le da la menor vergüenza admitirlo —comentó con sorpresa.

—Quería hablar con usted sobre la campaña que he ideado para Children's Connection.

—¿No es eso lo que nos ha mostrado antes en la reunión? —se llevó la mano a la boca—. Disculpe. No pretendía que sonara tan brusco. Lo que quería decir que es que ya conozco la campaña y…

—No le gusta. Lo sé.

Al ver que se sonrojaba, L.J. dejó el vaso sobre la mesa y volvió a mirarla.

—Por eso precisamente quería hablar con usted. Me gusta y no quiero que diga algo de lo que podría arrepentirse después. Verá, tengo una teoría. No le gustan mis ideas… por ahora. Pero creo que sí que le gusto yo. De hecho, ahora mismo se está diciendo a sí misma, «Eden, dale una oportunidad» —se inclinó hacia ella sonriendo—. Tengo razón, ¿verdad?

Capítulo 3

Eden notó que empezaba a sudar de nervios. Era muy bueno. Tuvo que admitirlo cuando él se inclinó hacia ella, mirándola fijamente como si fuera la única persona del mundo. Habría sido muy fácil olvidarse de que estaba allí sólo por un motivo: para hacer que su vida fuese mucho más sencilla gracias al apoyo de Eden.

—La verdad es que me siento muy mal cada vez que tengo que decir algo que puede sentar mal —comenzó a decir ella en tono de disculpa—. Una vez vi al enorme gato de mi vecina persiguiendo a un gatito enclenque y no era la primera vez que ocurría, así que fui a casa de mi vecina, llamé a la puerta y le dije: «Señora, su gato se comporta como el matón del barrio. Será mejor que deje de hacer eso o acabará sin ningún amigo». Entonces también me sentí fatal, pero tenía que decírselo.

Después de decir todo aquello, Eden sonrió con firmeza y seguridad. En un gesto que le honraba, L.J. la miró con apreciación.

—Bueno, sólo era una teoría —y añadió con más sinceridad—: Eden, soy experto en marketing y relaciones públicas, así que sé bien lo que estoy haciendo. Sé que puedo devolverle la buena imagen a Children's Connection y puedo hacerlo rápido. Pero me resultará más difícil si una de las trabajadoras más queridas de la organización va hablando pestes sobre mis ideas.

Además era modesto, pensó Eden.

—No dudo que sepa mucho más que yo de campañas publicitarias, señor Logan.

—L.J..

—Pero yo conozco a mis posibles clientes. No voy a repetirle todas mis objeciones, pero, ya que está aquí, sí le diré de nuevo que no creo que vayamos a conseguir mucha credibilidad actuando como si no comprendiéramos la realidad o tuviéramos miedo de ella. Y con ello me refiero a la realidad de los problemas que tenemos en la organización y a la realidad de ser padre, especialmente padre o madre solteros.

—Comprendo —se quedó pensativo unos segundos y, cuando volvió a hablar, no parecía ofendido ni con actitud defensiva—. Dejemos a un lado por un momento los problemas de Children's Connection y hablemos de la segunda objeción. Crees que mi campaña comercial no muestra la realidad de la maternidad porque da una imagen demasiado positiva y agradable de la vida. ¿A ti te gusta tu vida, Eden?

—Por supuesto.

—¿Desde cuándo eres madre soltera?

—Desde que soy madre, señor Logan.

—L.J..

—Trabajo con futuras madres todos los días y cuando digo que no quieren que les cuenten cuentos de hadas, sé de lo que estoy hablando —sabía que había sonado muy duro y por eso añadió—: Espero que no le importa que se lo diga.

—En absoluto —hubo una breve pausa—. ¿Fuiste madre soltera por decisión propia o es que el padre de Liam se marchó?

Eden se limitó a mirarlo fijamente. Quizá ahora viviera en el norte, pero había nacido en el sur y allí semejante pregunta habría sido considerada demasiado personal.

—Lo siento mucho, pero me parece que eso no es asunto suyo, señor Logan.

—L.J..

—Señor Logan. Apenas lo conozco.

—Es cierto —dijo él, frunciendo el ceño—. Sin embargo, esta tarde debiste de pensar que me conocías lo suficiente para criticar mi trabajo —hizo una nueva pausa para después asentir enérgicamente y decir—: Sí, creo que me he ganado el derecho a hacerte al menos una pregunta personal.

Había conseguido crear en Eden un sentimiento de culpabilidad que se le clavó en el estómago como una punzada.

Le lanzó la fría mirada que tan buen resultado le daba con el gato de Liberty cuando éste iba a hacer algo que no debía.

—No estoy de acuerdo con su razonamiento. Lo de esta tarde no era nada personal. Conozco las necesidades de nuestros clientes porque sé lo que les preocupa, en ese sentido jugaba con ventaja.

L.J. Logan descruzó sus largas piernas y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Quieres saber en qué juego yo con ventaja? ¿Te interesa saber cuál es mi motivación?

Su voz seguía siendo suave y casi melódica, pero en sus ojos azules había un cierto brillo retador. Era inteligente y estaba lleno de energía. Parecía estar muy seguro de sus opiniones, pero quizá no fuera tan arrogante como le había parecido en un primer momento. Quizá. Al mirar a esos ojos que también la miraban fijamente vio que preguntaban, no exigían.

—Sí, me interesa.

En sus labios apareció una ligera sonrisa que daba cuenta de su sorpresa.

—No me gusta dormirme en los laureles, Eden. Siempre estoy al corriente de las últimas investigaciones llevadas a cabo en mi campo, por eso sé que los consumidores, la gente, da su confianza y su dinero a las empresas que creen que van a hacerles sentir bien. No importa de qué clase de empresa o negocio estemos hablando. Todo el mundo quiere que alguien le haga las cosas más fáciles. Tienes razón, la mujer del anuncio parecía feliz, sana…

—Y con un peluquero estupendo.

—Era guapa porque la publicidad funciona cuando hace creer al consumidor que la empresa tiene lo que él quiere.

—¿Eso es lo que te dicen todas esas investigaciones?

—Sí.

—No conozco todos esos estudios. Yo soy *doula*, preparo a las mujeres para el parto y dirijo un grupo para madres solteras en Children's Connection. A las mujeres con las que yo trabajo les preocupa encontrar a alguien de confianza que cuide de sus hijos y al que puedan pagar con un solo sueldo, están alteradas porque tienen las hormonas enloquecidas y les preocupa tener que ir a trabajar después de dormir sólo cuatro horas. Todas esas preocupaciones no van a verse resueltas gracias a un anuncio de treinta segundos y no me gustaría que creyeran que no sabemos por lo que están pasando, o que creemos que si vienen a nuestra clínica, la maternidad será un camino de rosas. Porque es mentira.

—Yo no digo que mintamos a nadie, pero tampoco vamos a atraer a nuevos clientes contándoles los detalles más truculentos de la maternidad.

¿Detalles truculentos?

¿Por qué los Logan no habrían contratado a alguien que comprendiera que había gente que deseara tener hijos? ¿Alguien que diera cierto valor a la familia? El hecho de que fuera pariente suyo no era motivo suficiente para poner en sus manos el destino de todos los clientes de Children's Connection, pasados, presentes y futuros.

—Lo que me atrajo de Children's Connection fue su franqueza —aseguró ella—. Incluso en lo relacionado con los errores que han cometido en el pasado.

—¿Secuestros? ¿Errores en el banco de esperma? ¿Rumores de una red de tráfico de bebés? —L.J. negó con la cabeza enfáticamente—. No creo que sea necesario recordar ese tipo de cosas al público. Aún recuerdan todo eso, precisamente ése es el motivo por el que estoy aquí… para hacer que piensen en otra cosa.

—Children's Connection se hizo responsable de todo aquello de lo que era culpable. Me parece que la única manera de resolver las dudas que el público pueda tener respecto a la organización es respondiendo a ellas y no maquillándolas.

Ambos estaban sentados al borde de sus asientos, mirándose fijamente. A Eden le gustaba tener la oportunidad de decirle lo que pensaba a un ejecutivo tan seguro de sí mismo y tampoco él parecía tener ningún problema en ser sincero.

—Entiendo tu punto de vista, Eden, pero… y no pretendo parecer condescendiente, tú eres una empleada del centro que utiliza la guardería. Todas esas imágenes positivas serán mucho más importantes para las mujeres solteras que acudan en busca de… —frunció el ceño al ver que no daba con la palabra adecuada—. Cuando necesiten…

Eden frunció el ceño también, sin saber a qué se refería.

—¿Mujeres que necesiten…? —pero entonces lo entendió—. ¡Ah! ¿Esperma? —esbozó una sonrisa—. ¿Es eso lo que intentas decir? ¿Mujeres solteras que acudan en busca de un donante de esperma? No te preocupes, estoy familiarizada con la palabra.

—Me lo imagino —L.J. puso la espalda recta y luego se recostó sobre el respaldo mientras en sus mejillas aparecía un delicioso rubor por no haber sido él el que dijera la palabra—. No me dices por qué eres madre soltera, te niegas a tutearme y sin embargo dices la palabra esperma dos veces seguidas.

Eden inclinó la cabeza para pensar en ello.

—Es curioso, ¿verdad? Aunque supongo que es lógico porque trabajo en una clínica de inseminación y no solemos idealizar la contribución de los hombres a dicho proceso.

—Eso dejaría impotente a la mitad de los hombres de Portland —farfulló él.

Y al decirlo se cruzó de piernas en un gesto tan evidentemente defensivo, que Eden estuvo a punto de escupir el sorbo de té que acababa de tomar.

L.J. la observó detenidamente. La sonrisa que tan poco se había prodigado en su rostro hasta ese momento apareció con generosidad cuando se echó a reír. La densa melena le rozaba los hombros. Todo en ella era generoso… sus ojos, su nariz, sus labios, sus pechos.

No se consideraba en absoluto un hombre conservador y sin embargo no podía hablar tranquilamente de esperma con una mujer que hacía que pensara en sexo cada vez que la miraba.

¿Qué estaba haciendo allí? Desde luego no estaba convenciéndola de nada.

Meneó la cabeza, desconcertado. No era propio de él esforzarse tanto por ganarse la aprobación de nadie y desde luego no necesitaba la de Eden. Por supuesto que haría que su trabajo resultara más sencillo, pero no la necesitaba. Debería marcharse.

—No lo comprendo.

Ella lo miró con esos enormes ojos azules que hacían que a L.J. se le quedara la mente en blanco.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Quiero que apoyes mi plan para Children's Connection, pero no sé exactamente por qué.

Ahora era ella la desconcertada por su franqueza, lo cual hizo que L.J. sintiese cierta satisfacción después de haberse sentido herido en su orgullo.

Tras una pausa durante la que sus cejas estuvieron a punto de juntarse, ella repitió la razón que él mismo le había dado antes.

—Porque le gusto.

—Supongo que sí —murmuró él.

L.J. había aprendido lenguaje corporal con la determinación de ser el mejor comercial del negocio y sabía que una mirada firme transmitía confianza y fuerza. Una mirada que siempre utilizaba con maestría. Excepto en ese momento.

Cambió de postura con una inquietud muy impropia de él y la miró a los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas soltera? —le preguntó con voz tranquila.

Ella entreabrió los labios y L.J. se fijó en que se le aceleró un poco la respiración.

—¿Qué tiene eso que ver con el trabajo?

—Nada en absoluto. Dime, ¿cuánto tiempo?

No le habría extrañado que no le hubiese respondido, por eso se alegró tanto de que lo hiciera.

—Nunca he estado casada, señor Logan.

—L.J. —insistió una vez más—. Y el padre de tu hijo… Liam, ¿verdad? —esperó a que ella asintiera para continuar—. ¿Tiene alguna relación con el niño, o realmente lo haces todo tú sola?

Antes de responder, Eden soltó el aire que sin duda había estado conteniendo.

—Estoy sola. Pero desde el principio sabía que lo estaría, lo planeé de ese modo. Cuando digo que es difícil criar sola, no lo digo a modo de queja. Simplemente es un hecho.

—¿Por qué lo planeaste así? —L.J. arrugó la frente al pensar en una de las posibilidades—. ¿Es que el padre te dejó estando embarazada?

No tenía hijos ni pensaba tenerlos nunca, pero detestaba la idea de que alguien en que ella hubiera confiado la hubiera abandonado en pleno embarazo. L.J. creía que nadie debía permitirse el lujo de tener relaciones sin protección si no tenía intención de afrontar las consecuencias.

—Nadie me dejó. Ya le he dicho que no sólo trabajo en Children's Connection. También he utilizado sus servicios.

L.J. necesitó unos segundos para analizar sus palabras. Había mencionado que Liam pasaba el día en la guardería del centro y sabía que Children's Connection ofrecía un servicio de adopción, pero a pesar de que tenía el cabello más oscuro y más rizado, el niño era exacto a ella. Eso significaba que…

—¡Dios!

—No es de muy buena educación mostrar tanta sorpresa ante la idea de que alguien ha utilizado un banco de esperma —lo reprendió con voz dulce.

—Es una lástima porque es la única cara que puedo poner en estos momentos.

En sus mejillas aparecieron dos hoyitos.

—Sinceramente, no sé si reírme o enfadarme contigo. Se supone que tienes que promocionar un negocio especializado en alternativas al embarazo tradicional. No puedes poner esa cara cada vez que hables con alguna de las madres que pasan por Children's Connection.

—Y no lo haré. Me sorprende tanto porque eres muy joven, no eres víctima del reloj biológico. Eres objetivamente atractiva, me cuesta creer que no encontraras un hombre con el que formar una familia. Creo que te estás ruborizando, pero está oscureciendo, así que no estoy del todo seguro.

Ella bajó la cabeza, haciendo que el pelo le cayera sobre la cara unos segundos antes de retirárselo con los dedos.

—¿Siempre dices todo lo que se te pasa por la cabeza? —le preguntó.

—No, claro que no. Trabajo en relaciones públicas, soy la discreción personificada. ¿Sabes quién fue tu donante de esperma?

—¡Señor Logan!

—L.J..

Claro que se estaba ruborizando. De la cabeza a los pies. Sintió que el calor le invadía el cuerpo entero.

Llevaba casi un año sin tener ninguna relación estable cuando se había decidido por la inseminación artificial y desde entonces tampoco había tenido ninguna. Lo que quería decir que llevaba dos años de sequía.

La verdad era que no echaba de menos a ningún hombre con el que hubiera estado, lo que añoraba era el estar con alguien y la ilusión de fantasear con alguien durante los mejores momentos de la relación.

Pero para ella la idea de estar con alguien el resto de su vida no había dejado de ser más que un deseo que había hecho que se sintiera cada vez más incómoda. Por eso finalmente había decidido que buscar al hombre ideal era como buscar la Atlántida.

Y debía admitir que estaba mucho mejor sin tanta complicación.

En cuanto al sexo, al principio sólo lo había echado de menos de vez en cuando. Luego se había sometido a la inseminación artificial y, al quedarse embarazada de Liam, se le habían vuelto locas las hormonas. Durante el embarazo había sufrido la habitual subida de la libido sin tener a nadie que la ayudara a calmarla.

Normalmente las madres que vivían en pareja solían quejarse de la falta de deseo y de la frustración de sus compañeros respecto a esa carencia de sexo. Irónicamente, la libido de Eden seguía igual de activa incluso después del nacimiento de Liam. Las hormonas.

Tenían que ser ellas las culpables de que se sintiera atraída por L.J. Logan.

Bien era cierto que era guapo y tenía sentido del humor. Además la miraba de un modo que hacía que sintiera calor y escalofríos al mismo tiempo. Pero también era impertinente y arrogante.

La sacaba de quicio.

Cuando no estaba completamente excitada.

—Claro que sé quién fue el donante —dijo sin saber muy bien por qué había respondido, quizá porque no quería que creyera que era una irresponsable o que lo había sido Children's Connection—. Tuve que elegirlo entre muchos otros.

Él se detuvo a pensar unos segundos.

—Quiero saber más. ¿Por qué elegiste un donante en lugar de hacerlo de verdad?

—Lo hice «de verdad» —replicó ella—, pero sin más complicaciones.

—¿El sexo te parece una complicación?

Sí. No.

—No me refería al sexo.

Él se echó a reír.

—¿Entonces?

Era evidente que estaba coqueteando con ella y, al darse cuenta de que se le había acelerado el pulso, Eden decidió responder con total sinceridad para eliminar cualquier posibilidad.

—Está bien. El sexo es una complicación… Las relaciones en general son una complicación.

No hubo protesta alguna, contrariamente a lo que Eden había esperado.

Entonces él la miró y sonrió.

—¿Lo ves? Estamos de acuerdo.

Quizá hubiera dicho algo más si Liam no hubiera empezado a llorar justo en ese momento. Eden se puso en pie de un salto y, aunque más despacio, L.J. se levantó también.

Se miraron el uno al otro sin moverse ni un milímetro hasta que Liam comenzó a gritar aún con más fuerza.

—Será mejor que me vaya —dijo él.

Eden hizo un esfuerzo por no hacer caso de la estúpida sensación de decepción que sintió y se limitó a asentir.

—Gracias por venir —dijo de manera mecánica, pensando que si había ido hasta allí sólo para conseguir su aprobación, debía de estar defraudado y lo menos que podía hacer ella era ser amable.

Se acercó a abrir la puerta de la casa para que ella pasara, un gesto de caballerosidad que la sorprendió, pues desde que se había ido de Kentucky, ningún hombre le había abierto una puerta por la que él mismo no fuera a pasar.

—Gracias —murmuró mientras entraba en la casa dejándolo atrás.

—Está seco y no quiere el mordedor, así que supongo que estaba soñando —le dijo Liberty, con el bebé en brazos, en cuanto Eden entró en el dormitorio que compartía con su hijo.

Eden agarró al pequeño, se levantó la camiseta y se desabrochó el sujetador de lactancia para ver si eso lo ayudaba a quedarse dormido de nuevo.

Liberty suspiró.

—¿Te he dicho alguna vez la envidia que me das?

Eden miró a su amiga con sorpresa.

—¿Qué? ¿En la última media hora has decidido que quieres tener hijos?

—No. Quiero tener unos pechos generosos como los tuyos —dijo mirándose los senos, mucho más pequeños que los de Eden—. ¿Crees que se te quedarán así cuando dejes de dar de mamar?

Eden respondió con gesto distraído, pues seguía pensando en la conversación del porche.

—No lo sé. Si eso significa que también se me quedarán así las caderas, creo que prefiero volver a ser la de antes.

—No seas tonta. Si estás como Marilyn Monroe en *Los Caballeros las Prefieren Rubias*. A los hombres les encanta.

—Sí, a los hombres de los años cincuenta —matizó al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo de la mecedora—. ¿Has oído algo de lo que hemos hablado en el porche o estabas en la parte de atrás de la casa?

—¿Estás loca? La ventana estaba abierta, así que me he sentado en el salón y lo he oído todo.

—¿No tenías que estudiar para los exámenes?

—Bueno, también he aprendido mucho —respondió con gesto malévolo.

—¿Qué quiere decir eso?

Liberty se sentó en la cama y miró a su amiga con una sonrisa en los labios.

—Pues que comparado con lo que habéis hecho ahí fuera, la salsa parece un baile de lo más recatado.

—¡Yo no he hecho nada!

—¿No? ¿Vas a decirme que no se te ha acelerado el pulso ni un poquito?

—Eso no quiere decir nada, a mí últimamente cualquier cosa me acelera el pulso.

—¿Todavía estás así?

Eden asintió con resignación.

—Pero no se trata de nadie en particular. Creo que voy a ir a la doctora para decirle que sigo teniendo las hormonas muy alteradas.

—¿Qué? ¿Es que quieres desperdiciar ese subidón de libido? ¿Por qué no mejor lo aprovechas? Llevas viviendo como una monja casi dos años.

—Me gusta, me siento más tranquila. Además, no pienso hacer que Liam sufra por culpa de mis experimentos con los hombres. No tengo ninguna intención de tener un romance.

—¿Quién ha hablado de romance? Te recuerdo que yo estoy en la misma situación. Yo tampoco tengo intención de casarme, pero somos jóvenes. ¿Es que no quieres un poco de sexo antes de que la maternidad se convierta en tu único interés?

Eden consideró la pregunta unos segundos.

—¿Sinceramente? Creo que ni siquiera el sexo hace que merezca la pena complicarse la vida con una relación.

—Eso no está bien —dijo Liberty negando con la cabeza—. La diferencia entre tú y yo es que tú solías tener esperanzas al respecto. Créeme, el sexo es mucho mejor cuando no te importa lo más mínimo si la persona con la que te acuestas seguirá ahí por la mañana o no.

Eden no tenía nada en contra de la idea de Liberty, pero lo cierto era que no se creía capaz de tener una aventura de una sola noche. Hasta el momento, todas sus aventuras habían sido un fracaso.

—No importa —dijo encogiéndose de hombros—. Con Liam…

—Liam sólo es un bebé, no se entera de lo que haces. Por eso es el momento perfecto de que disfrutes de tu libido mientras puedas. Tu hijo no tiene por qué saberlo nunca. Te mereces un poco de buen sexo antes de que adoptes el celibato hasta que Liam se gradúe.

—Es muy complicado. Primero tendría que encontrar a alguien —negó con la cabeza con gesto pensativo—. No, es mejor que intente controlar las hormonas y así no sentiré la tentación de entrar cada vez que pase por un *sexshop*.

Eden levantó la cabeza para mirar a su amiga… y se encontró con los ojos llenos de sorpresa de L.J. Logan.

Capítulo 4

Lo vio bajar la mirada hasta la cabecita de Liam, junto a su pecho… generoso. Cuando se aclaró la garganta, Eden pensó que parecía tan incómodo como se sentía ella.

—Perdona. Yo… quería decirte que había puesto los vasos… los del té… en la… —señaló en la dirección correcta, pero no consiguió dar con la palabra.

—¿En la cocina? —dijo Liberty.

—Sí —respondió él, no sin antes pararse a pensarlo unos segundos—. Ahora sólo quería decir…

—¿Adiós? —volvió a apuntar Liberty.

—Sí. Adiós. Otra vez.

Eden cerró los ojos.

—Dígame una cosa más. ¿Me está mirando así porque estoy dando el pecho o porque ha oído lo que estábamos hablando? —mejor saber hasta qué punto debía avergonzarse.

—Pues yo diría que… por ambas cosas.

La vergüenza se apoderó de los tres, o de al menos de dos de ellos y se hizo un largo silencio hasta que Liberty echó a un lado el almohadón que tenía en las manos y se puso en pie.

—¡Bueno! Me parece que voy a ir a la cafetería a por un café bien grande —anunció mirando primero a Eden y luego a L.J.—. A lo mejor cuando vuelva seguís aquí —los observó unos segundos—. Y quizá incluso en la misma posición. ¿Queréis que os traiga algo? ¿Café? ¿Té? ¿No? Está bien —al llegar a la puerta, se acercó a L.J. y le susurró—. Tampoco es tan vergonzoso, deberíais reíros de ello cuando yo me vaya.

Unos segundos después, se oyó la puerta principal de la casa.

—No comprendo por qué no lo he oído entrar —murmuró Eden.

—Porque he intentado no hacer ruido —respondió L.J.—. Pensé que habías conseguido que el bebé volviera a quedarse dormido y no quería despertarlo.

La mirada de L.J. comenzó a bajar de nuevo hasta que la subió de golpe. Por algún motivo, parecía menos incómodo.

—¿Es la primera vez que ves a una mujer dando de mamar? —parecía imposible, pero sin embargo él se aflojó la corbata como si estuviera ahogándose.

—No es la primera vez que lo veo, pero sí la primera que observo.

Eden sintió que volvía a ruborizarse, luego se recordó que era una *doula*, todo lo relacionado con el cuerpo de una mujer y el embarazo era su trabajo. Dar de mamar era algo mucho más natural que la mayoría de las cosas que la gente hacía en

público. Había dado de mamar a su hijo en la consulta del médico, en un restaurante e incluso en un tranquilo rincón de la biblioteca pública.

Y ahora había llegado el momento de cambiar de pecho. Así que se hizo un cuestionario en el que se planteaban varias posibilidades:

Si un hombre guapo te observa mientras estás dando de mamar, tú:

a)Te tapas y le dices que se largue.

b)Continúas dando de mamar a tu hijo, pero te tapas con la mantita del niño, los pañales y, si puedes, hasta con una tienda de campaña.

c)Haces una pausa para llamar a La Liga de la Leche y pedirles consejo.

d) Te comportas como la mujer madura y moderna que eres y sigues actuando segura de ti misma.

Eden eligió la opción D.

Afortunadamente, tenía las manos bastante grandes para ser mujer, lo que le facilitó sujetar y cambiar de lado a Liam sin el menor riesgo.

Así pues, se quitó al pequeño del pecho izquierdo, se abrochó el sujetador y, después de darle un besito en el vientre a Liam, se desabrochó el otro lado del sujetador para que pudiera mamar del pecho derecho.

No necesitaba levantar la mirada para saber que L.J. observaba todos y cada uno de sus movimientos.

—Si estás pensando incluir esto en tu campaña, ya puedes olvidarlo.

Habló con voz tranquila para quitar algo de tensión a la situación. Al ver que él no decía nada, levantó la vista y se encontró con unos ojos que la observaban solemnemente. Sus miradas se encontraron y de pronto el silencio ya no le pareció tan incómodo.

Era sorprendente que un hombre que no quería tener hijos pensara que todo el mundo debía ver una escena así al menos una vez en su vida.

«Tengo que incluir esto en algún anuncio. Nadie pensaría en Robbie Logan ni en ningún escándalo al ver a Eden». Nunca en su vida había visto algo tan perfectamente natural, tan puro y tan femenino.

—¡Ay! —exclamó Eden apartándose al niño del pecho—. ¡No me muerdas! —siguió acunándolo, pero L.J. vio que se le habían llenado los ojos de lágrimas—. Le están saliendo los dientes —le explicó—, y parece que necesita experimentar con ellos.

L.J. puso cara de dolor al imaginarlo. Entonces, sin pararse a pensarlo, porque si lo hubiera pensado seguramente no lo habría hecho, se acercó a ella y agarró al pequeño.

—Me parece que tienes que aprender un par de cosas sobre cómo debes tratar a tu madre, amiguito.

Se le pasó por la cabeza que seguramente aquel movimiento podría haber desatado la furia de Liam, pero no fue así. En lugar de llorar, el bebé le agarró la nariz y sonrió. Tenía los ojos de su madre, pero el pelo era completamente diferente.

—¿Tú también tienes un lunar en el cuello? —le preguntó a Eden mientras observaba el cuerpecito del niño, pero lamentó haberlo dicho en el mismo momento en que las palabras salieron de su boca.

No le parecía apropiado hablar del anónimo padre, por eso sintió tanto alivio al ver que Eden respondía con normalidad.

—No, pero mi madre sí. Liam es igual que ella cuando sonríe.

—¿Tu madre vive en Portland?

—No, en Nuevo México —respondió mientras se colocaba la ropa—. Jamás habría pensado que estuvieras acostumbrado a tener niños en brazos.

—No lo estoy —de pronto se sintió incómodo.

Sujetar a un bebé era como andar en la cuerda floja: en cuanto uno miraba hacia abajo y se daba cuenta de lo que estaba haciendo, estaba perdido.

Eden debió adivinar lo que estaba pensando porque se echó a reír y, automáticamente, se acercó a quitarle el bebé.

Olía a lilas.

—Eres lo bastante guapa para ser la protagonista del anuncio.

No tenía en mente decir nada parecido. Jamás había coqueteado con una mujer con un bebé en brazos, pero seguramente siempre había una primera vez para todo. Entonces se hizo un silencio repleto de tensión, sexual, al menos por su parte. Eden abrazó al pequeño y después miró a L.J. con sus enormes ojos azules. Se dio cuenta de que había hecho que se sintiera incómoda, pero no se arrepintió de decir lo que había dicho. Claro que quizá no lo había hecho en el mejor momento ni en el mejor lugar. Quizá incluso tampoco se lo había dicho a la mujer adecuada.

«Está coqueteando conmigo».

El descubrimiento hizo que la vida de Eden se volviera un poco más complicada. Durante la reunión de aquella tarde, habría querido aplastarlo con sus críticas, pero ahora sus feromonas y su intensa mirada estaban volviéndola loca.

Y esas manos. Le habían parecido tan fuertes y seguras mientras sujetaban a Liam. De pronto se le pasó por la cabeza la peligrosa imagen de aquellas manos sujetándola también a ella y lo que sintió entonces fue algo completamente distinto.

Quizá L.J. y ella discreparan en todo lo relacionado con el trabajo, pero la atracción física era innegable. Él parecía un hombre con experiencia en relaciones

meramente físicas y ella era una mujer con la libido por las nubes. A lo mejor Liberty tenía razón y no era tan mala idea aprovechar la oportunidad de disfrutar un poco del sexo antes de que Liam fuera lo bastante mayor para enterarse de lo que hacía su mamá.

Decía que no le interesaban las aventuras de una sola noche, pero lo cierto era que todas sus relaciones pasadas habían sido tremendamente breves. Fuera cual fuera su intención al principio, ninguna de sus relaciones duraba demasiado y siempre acababa desilusionada. Eso hacía que le resultara aún más atrayente una aventura que a la fuerza tendría que ser corta. Después seguiría sin él tan feliz como siempre y no tendrían por qué volver a verse nunca más. No correrían el riesgo de encontrarse por casualidad.

Muy práctico. Y muy realista.

Había pensado en todo lo relacionado con una posible relación con él, incluyendo la ruptura, cuando L.J. dijo:

—Está dormido.

—Entonces será mejor que vuelva a acostarlo —susurró ella.

L.J. asintió, pero no se despidió, ni hizo el menor amago de ir a marcharse. Parecía tener tan pocas ganas de irse como ella de que lo hiciera.

—¿Sigues teniendo sed? —le preguntó.

Sus dotes de seducción estaban más oxidadas de lo que creía, pero a L.J. no parecía importarle.

—La verdad es que sí —dijo él con más entusiasmo del que merecía el té frío que le había dado antes.

—¿Te importa servirte tú mismo mientras yo acuesto a Liam?

—En absoluto —respondió, pero siguió sin moverse, sin apartar la mirada de ella.

Eden sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero.

—Ahora mismo voy al salón.

Por fin captó la indirecta y la dejó a solas en el dormitorio. Después de dejar a Liam en la cuna, se acercó a mirarse en el espejo del armario, a comprobar si su aspecto era el adecuado para una posible aventura.

Lo que vio en el espejo no le gustó nada. Llevaba unos pantalones anchos que se había comprado al comienzo del embarazo y una camiseta que en otro tiempo había usado para dormir, pero que ahora utilizaba durante el día porque escondía sus nuevas y generosas formas. A ambas prendas les habría ido bien un buen planchado.

Consideró la idea de cambiarse de ropa, pero le pareció que sería demasiado obvio.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —se dijo a sí misma negando con la cabeza.

Su abuela Vera, que Dios la tuviera en su gloria, le había dicho muchas veces que cuando una persona sabía con qué tenía tendencia a tropezar, debía evitar los obstáculos del camino. Eden siempre había tropezado con los hombres y con su deseo de ser la mujer ideal de alguien.

En sus primeras relaciones había sentido la terrible necesidad de convencerse de que el romance tendría un final feliz, pero ahora ya no estaba dispuesta a dejar que su deseo de amar y ser amada le hiciera perder la cabeza, que era lo que le había pasado siempre que alguien la había mirado y sonreído como si fuera la única mujer en el mundo. En esos momentos se había imaginado como la heroína de un cuento, a la espera de su príncipe azul.

Pero ese príncipe azul no había llegado y había aprendido a salvarse ella sola, sin ayuda de nadie. Ahora sabía que era lo mejor.

Si tenía una aventura con L.J. Logan, daría rienda suelta a su deseo sexual sin poner en peligro su corazón. Sería como tomar un último postre delicioso, y disfrutarlo al máximo, antes de comenzar una dieta tremendamente estricta.

En lugar de cambiarse de ropa, se conformó con soltarse la coleta, cepillarse un poco el pelo y volver a recogérselo con un poco más de estilo. Después se puso un poco de brillo en los labios, comprobó que Liam estaba plácidamente dormido y se dirigió al salón.

Encontró a L.J. de pie junto a la ventana, aprovechando la poca luz que entraba para echar un vistazo a una revista sobre el embarazo.

Se le aceleró el corazón al verlo levantar la mirada de la revista y sonreír.

—¿Qué demonios es un pezón invertido? —le preguntó, visiblemente alarmado—. ¿Es posible que haya visto alguno en mi vida?

Eden se echó a reír, liberando un poco de tensión.

—No creo. Si lo hubieras visto, lo sabrías.

L.J. bajó la revista y volvió a sonreír.

—Tiene que doler. Puede que no conozca a las mujeres tan bien como yo creía.

«Yo podría enseñarte unas cuantas cosas». El pensamiento surgió en su mente antes de que el sentido común pudiera censurarla.

Su querida abuela le habría dicho: «Nadie puede controlar todo lo que le pasa por la cabeza, pero sí que puede mantener la boquita cerrada».

Así que, en lugar de hablar, Eden fue a encender la lámpara que había en el extremo opuesto del sofá al que estaba L.J., así consiguió eliminar el tono íntimo que daba a la habitación la luz del atardecer.

L.J. cerró la revista y la tiró sobre la mesa de centro.

—Mi madre me inculcó que debía comportarme siempre con buenas maneras. Un hombre bien educado actuaría como si hubiera olvidado lo que dijiste en la habitación.

—¿Y tú lo eres?

—Mi madre se sentiría decepcionada —rodeó la mesa de centro para acercarse a Eden—. Entonces te sientes atraída por mí, pero no sales con muchos hombres.

Eden levantó una mano y dio un paso atrás.

—Solía hacerlo, por eso precisamente ya no lo hago.

—Interesante.

—Además me encuentro en una situación hormonal bastante vulnerable. Seguramente me sentiría atraída por cualquiera.

L.J. dio un paso más hacia ella.

—¿Sabes que cada vez que estamos a menos de un metro de distancia aparece una fina capa de sudor?

—Vaya, muchas gracias. Si hay algo que a cualquier mujer le gusta que le digan es que está sudando.

—¡Me refería a mí!

En sus labios volvió a aparecer esa increíble sonrisa que le daba aspecto de estar pensando un millón de cosas que no debía decir… y que la tentaban enormemente.

—Sólo estaré en la ciudad durante el tiempo que dure el proyecto —dijo como si pudiera leerle la mente.

—Ya lo había pensado —admitió ella.

Dios, odiaba mostrarse tan indecisa, pero lo cierto era que tenía la cabeza hecha un lío.

—Lo comprendo —dijo, aún con la sonrisa en los labios—. Puesto que queda descartado que tengamos una aventura, puedo decirte que oírte decir lo que dijiste —dijo señalando en dirección a su dormitorio—… es una de las cosas más halagadoras que me han pasado desde hace mucho.

Un momento. Eden parpadeó varias veces, tratando de comprender eso de que una aventura quedaba descartada. ¿Cuándo habían decidido eso?

Entonces comprendió que L.J. había deducido de su anterior comentario que no quería tener una relación con un hombre que iba a marcharse tan pronto.

—Para que lo sepas, tú también ejerces una tremenda influencia en mis hormonas, Eden Carter. Nunca me había excitado que una mujer hiciera pedazos una de mis campañas de promoción.

Ella lo había excitado.

Con el cabello color caoba, los ojos como un cielo de otoño y una sonrisa capaz de añadir un poco de picardía a cualquier situación… L.J. Logan era el hombre más atractivo que había visto en mucho tiempo.

Y lo tenía allí delante, al alcance de la mano. Y no se quedaría mucho. Tres grandes ventajas.

—Me alegro de que al menos uno de los dos pueda pensar con claridad —siguió diciendo él—. Ni tú ni yo podemos permitirnos más complicaciones en estos momentos. En otro momento y en otro lugar… seguramente no me habría rendido tan rápido.

Su voz estaba llena de promesas, pero Eden captó el mensaje con claridad. Estaba flirteando, nada más. No quería «complicaciones».

Eden se sorprendió ante la intensidad de la decepción que le provocaron sus palabras. Ya había oído antes aquella excusa. Otro tipo interesante para el que no sería más que una «complicación» no deseada.

Podría decirle que no le interesaba nada duradero, que de hecho se alegraba de que fuera a marcharse pronto, pero el recuerdo del dolor que había sentido en otras ocasiones la dejó sin habla.

—¿Sabes de algún sitio donde hagan buenas hamburguesas? —le preguntó él al ver que ella no decía nada.

—Soy vegetariana.

—Vaya —dijo con cierta sorpresa—. A mí me encanta la carne. Supongo que lo que no puede ser, no puede ser —comenzó a caminar hacia la puerta con una sonrisa arrebatadora—. ¿*Rock* clásico o música *country*?

—Música celta.

—¿De verdad? Un apartamento en la gran ciudad o una casa en el campo.

—Una casa a las afueras de la ciudad.

L.J. hizo una mueca de dolor.

—Buenas noches, señora Carter.

Eden hizo un esfuerzo por adoptar un aire despreocupado.

—Buenas noches, señor Logan.

Capítulo 5

Al día siguiente a la hora de comer, L.J. no se sentía nada bien. Algo le quemaba en el estómago y no sabía si era la hamburguesa que se había comido la noche anterior o la conversación que estaba teniendo con su tío, Terrence Logan.

—A mí me gustó la campaña cuando nos la enseñaste, L.J.. Creo que a todos nos gustó y no quiero que pienses que no aprecio el esfuerzo que has hecho — Terrence suspiró mientras miraba por la ventana del restaurante en el que había invitado a comer a su sobrino.

Por el momento, sólo habían pedido las bebidas.

L.J. siguió la mirada de Terrence. La cerveza fría que se estaba tomando no le estaba haciendo nada bien al estómago.

No era la primera vez que un cliente cuestionaba alguna de sus campañas; era parte del negocio. Lo que ocurría era que había trabajado como un animal para impresionar a su tío, había cruzado todo el país para hacerse cargo de aquel trabajo a pesar de estar ya inundado de tareas en la otra costa. No, aquél era un proyecto que no necesitaba.

Lo que necesitaba era una oportunidad para ganarse el favor de su tío.

Su padre, Lawrence padre, y su tío Terrence habían dejado de hablarse después de que Lawrence publicase un libro llamado *Lo más importante* que se había convertido en un superventas. En el libro, Lawrence presentaba como psicólogo una serie de argumentos por los que uno debía poner siempre la familia por delante del trabajo.

Después de años de competitividad entre ambos hermanos, Terrence había visto en las teorías de Lawrence un ataque directo a su adicción al trabajo y a su modo de vivir.

Justo entonces, la familia de Terrence se había visto golpeada por la tragedia. Robbie Logan, hijo de Terrence, había sido secuestrado a los seis años de edad. Según los hermanos de Robbie, Terrence había visto en el secuestro de su hijo una especie de castigo divino por haber dejado que el trabajo fuera lo prioritario en su vida. El padre de L.J. había intentado reconciliarse y ayudar a su hermano, pero Terrence no había querido ni oír hablar de él en un momento en que el dolor era demasiado intenso.

Ya de adulto, Robbie había encontrado a su familia, pero L.J. tenía la sensación de que el dolor de Terrence no había desaparecido, ni tampoco el de Lawrence.

L.J. adoraba a su padre, pero en muchos sentidos se parecía más a su tío. Terrence tenía mucho talento para los negocios y una gran determinación para llevar a cabo sus planes. El abuelo de L.J. les había inculcado que el deber de un hombre era asegurar unos buenos ingresos para su hogar, pero también y de manera involuntaria, había hecho surgir una batalla entre sus dos hijos, el empresario y el filósofo.

Ahora, dos décadas después de la publicación del libro de Lawrence, los dos hermanos seguían enzarzados en una guerra fría que seguía haciéndolos sufrir a ambos por igual.

Lawrence tenía los niveles de azúcar y de colesterol por las nubes y una hipertensión que no estaba respondiendo demasiado bien al tratamiento. El hermano de L.J., Jake, que era médico, había sugerido recientemente que quizá el estrés estuviera contribuyendo a empeorar la salud de su padre.

L.J., sus hermanos y sus primos querían poner fin a la separación entre Lawrence y Terrence y salvar Children's Connection, que era una de las grandes preocupaciones de su tío, sería la contribución de L.J.. Estaba convencido de que Terrence se mostraría más dispuesto a hablar del problema que tenía con su hermano cuando considerase que L.J. era digno de su confianza y cuando se diera cuenta de lo mucho que se parecían.

A veces L.J. tenía la impresión de que su padre se sentía culpable de que su hijo, que además llevaba su nombre, no hubiera aprendido la lección que él creía más importante: que los logros profesionales y el éxito económico no eran nada comparados con las alegrías de la vida familiar.

Ahora L.J. tenía la oportunidad, probablemente por primera y última vez, de que su padre lo admirase. Para ello tenía que acabar con una enemistad que ya había durado veinte años.

Por desgracia, había una rubia de gran carácter que se interponía en su camino.

—¿Cuántos miembros del consejo son de la misma opinión que la señora Carter? —preguntó L.J., haciendo salir al eficiente ejecutivo que llevaba dentro.

—No han dicho que sean de la misma opinión que Eden, pero les preocupa que pueda tener razón.

—En ese caso, deja que vuelva a hablar con ellos… sin la presencia de la señora Carter. Les explicaré algunos principios básicos del marketing y la publicidad que ella desconocía cuando intervino en la reunión.

Terrence comenzó a negar con la cabeza antes de que L.J. hubiese terminado.

—Pero todo el mundo recuerda lo que dijo. La junta conoce a Eden y confía en ella, ha ayudado a muchos de ellos en momentos de crisis. Debemos tener en cuenta su opinión porque también es…

—Sí, cliente de la organización —completó L.J.—. Lo sé.

¿Qué quería Terrence que hiciera? ¿Consultar sus planes con Eden? Aquello no era un proyecto universitario y, si lo hubiera sido, L.J. jamás habría elegido a Eden como compañera. De haber estudiado con ella, habría intentado seducirla, no trabajar con ella.

—Quiero fijar otra reunión con la junta. Hasta entonces, mi equipo de Nueva York preparará otro anuncio teniendo en cuenta la nueva perspectiva.

—Estupendo —Terrence parecía aliviado—. Supongo que estarás de acuerdo en que no podemos perder tiempo alguno, a tu tía Leslie y a mí se nos ha ocurrido una idea que creemos que tiene en cuenta todo eso.

L.J. sonrió educadamente. «Más ayuda. Justo lo que necesito».

—Cuéntame —dijo con todo el interés que pudo fingir por respeto a su tío.

Por primera vez en todo el día, desapareció por un momento la arruga que Terrence tenía entre las cejas.

—Me alegra poder ofrecerte una de las suites que tenemos en un magnífico hotel en Canon Beach. La habitación cuenta con un completo minibar y puedes ir a pie a cualquier restaurante. El servicio siempre es excelente.

L.J. empezaba a preguntarse si había alguien allí que tuviera la menor idea de lo que eran los negocios, incluyendo a Terrence.

—Tío Terrence, tengo mucho trabajo que hacer. No puedo tomarme vacaciones.

Terrence enarcó ambas cejas.

—¡No son vacaciones! Se trata de trabajo. Leslie cree que deberías disfrutar de la playa durante el fin de semana, pero tú decides si quieres relajarte o trabajar por tu cuenta sábado y domingo. En cualquier caso, creemos que eso te ayudará a estar preparado para la primera reunión el lunes por la mañana.

No habría creído que fuera posible, pero su ardor de estómago se hizo aún más intenso al oír aquello.

—Mi primera reunión —repitió a pesar de que una parte de sí mismo le decía que no iba a gustarle la respuesta—. ¿Con quién?

Eden se dijo a sí misma que había estado muy cerca, tremendamente cerca.

Ese día había hecho tres visitas a domicilio a tres mujeres a las que llevaba siguiendo desde el comienzo de sus embarazos. Dos de las recientes madres estaban perfectamente, pero la otra sufría depresión posparto. Eden le había recetado algunas hierbas medicinales y vitaminas, además de sugerirle que acudiese a un grupo de apoyo para madres solteras. El problema era que Kasey, la madre, tenía miedo de no volver a salir con ningún hombre.

«Bienvenida al club», habría querido decirle Eden, pero se había contenido de hacerlo. La soledad de Kasey y su deseo de tener un compañero habían hecho que Eden recapacitara sobre su propia vida y se alegrara de haber decidido, después del coqueteo con L.J., no intentar nada en ese momento. No necesitaba ninguna preocupación más.

De vuelta en su despacho de Children's Connection dio las gracias a su ángel de la guardia por haber cortado de raíz la atracción que había sentido hacia L.J..

Ya había superado… prácticamente por completo que la hubiera rechazado. Lo único que importaba ahora era su capacidad para crear una campaña publicitaria que sacara del bache a Children's Connection.

—Salva mi empleo, por favor —murmuró mientras abría la puerta de su querido despacho.

Bajo el cristal de la mesa tenía las fotografías de todos los bebés que había ayudado a traer al mundo desde que era *doula*. Algún día esperaba necesitar toda una pared para poder incluir a todas las madres a las que había preparado para el parto.

Años atrás, Eden había perdido la fe en la medicina alopática y en la psicoterapia tradicional, en cualquier modalidad que creyera tener todas las respuestas y no investigara nuevas maneras de ayudar a los pacientes.

Quedarse de brazos cruzados mientras alguien sufría y pedía ayuda sin obtenerla era algo que no podía soportar. Por eso estudiaba todos los días. Las paredes cubiertas de estanterías repletas de libros daban fe de sus ansias por aprender algo nuevo cada día. Homeopatía, hierbas, hipnosis, digitopuntura, todo le servía de ayuda y resultaba muy gratificante que lo que aprendía sirviera para hacer más fácil un embarazo o un parto complicados.

Sabía que era buena en su trabajo igual que sabía que Children's Connection era una buena organización, por eso no quería que se hundiera por culpa de la mala prensa.

No quería perder un empleo que le permitía criar sola a su hijo con la ayuda de un servicio de guardería y un seguro médico. Después de una adolescencia llena de miedo por no saber nunca qué le esperaba al día siguiente, anhelaba tener una vida estable.

No le importaba que la estabilidad llevara consigo algo de aburrimiento.

Se sentó a la mesa para ver los mensajes que le habían dado en recepción.

Ha llamado Gina Noonan, el té de jengibre no le está quitando las náuseas.

Eden agarró una libreta y tomó nota del caso para acordarse de llevar el equipo de digitopuntura la próxima vez que fuera a ver a Gina. Terrence Logan había dejado recado de que lo llamara, pero no había dicho que fuera urgente, por lo que siguió con el siguiente mensaje.

Bonnie Eames necesita una cita. Su hijo tiene cólicos y no se acuerda de cómo hacerle los masajes.

Tomó nota del título de un libro que iba a recomendarle a Bonnie y que le sería de gran ayuda. Siguiente mensaje…

Ven a verme a mi despacho en cuanto puedas. L.J. Logan.

¿Qué? Eden leyó el mensaje por segunda vez como si eso fuera a hacer que cambiara el contenido del mismo o su reacción hacia él. Aquellas palabras habían hecho que se sintiera como una niña que debía acudir al despacho del director.

Agarró un papel de la libreta y escribió: *Bésame el trasero* y después de pensarlo un momento, añadió: *en cuanto puedas*. Pero enseguida se dio cuenta de que era demasiado educada como para escribir algo así, así que agarró otra hoja y escribió: *Pídemelo con más amabilidad*, metió la nota en un sobre dirigido a L.J. y le pidió a la recepcionista que se lo hiciera llegar.

No tuvo que esperar mucho la respuesta porque, unos minutos después, L.J. apareció en su despacho tan guapo como el día anterior, pero sin esa picara sonrisa que tanto le gustaba a Eden. De hecho, estaba muy serio.

—Siento haber sido tan brusco en la nota. ¿Podrías, por favor, venir al despacho para hablar de la situación?

Eden enarcó una ceja. No había ni rastro del gesto seductor que la había hecho sentirse tan halagada el día anterior. Respondió sin dejarse llevar por la sensación de decepción:

—Disculpas aceptadas. ¿Qué tiene de malo mi despacho y qué situación?

Él cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en el umbral de la puerta para después observar detenidamente la habitación.

—No puedo mantener una conversación de negocios en condiciones en un lugar en el que hay mariposas de papel colgando del techo.

Eden miró las preciosas figuritas de colores.

—Son libélulas —corrigió—. A los niños les encantan y ayudan a que se sientan tranquilos cuando están aquí. ¿Por qué no te sientas a ver si también funcionan contigo? —añadió señalándole la silla que había frente a su mesa.

—¿No estás molesta por todo esto? —le preguntó él en cuanto hubo ocupado el asiento después de haber cerrado la puerta tras de sí—. Supongo que eso quiere decir que sigues creyendo que puedes crear una campaña de promoción mejor que un equipo de profesionales. Eso o quieres unas vacaciones gratis.

Eden lo observó detenidamente antes de hablar.

—Estoy segura de que hablamos el mismo idioma y sin embargo te prometo que no he comprendido una palabra de lo que acabas de decir —abrió el primer cajón de la mesa y sacó una bolsa—. ¿Tienes hambre? —le preguntó, ofreciéndole de la bolsita—. Yo aún no he podido comer.

L.J. agarró la bolsa, echó un vistazo al interior y frunció el ceño.

—¿Qué es esto? Parece comida para astronautas.

—Es fruta deshidratada. Está rica y no engorda.

—Ahora soy yo el que no comprende nada. ¿De dónde has sacado la idea de que tienes que adelgazar? Deberías comer comida de verdad, pero eso no viene al caso —después de devolverle la bolsa, se recostó sobre el respaldo de la silla y volvió a cruzarse de brazos—. No pienso pasarme una semana intentando explicar los principios básicos del marketing. Así que esa locura de que tú y yo trabajemos juntos es completamente inviable.

A Eden no se le daba bien resolver enigmas y con aquél estaba completamente perdida… hasta que se acordó de que Terrence le había pedido que lo llamara. Se llevó un trocito de fruta deshidratada a la boca y analizó la situación.

A L.J. no le gustaba nada la idea de trabajar con ella y Terrence quería una reunión. Por tanto, Terrence debía de haber pensado en lo que ella había dicho en la reunión y le había sugerido a L.J. que escuchara su opinión sobre la campaña.

—Desde luego no me extraña que no quieras «desperdiciar» una semana explicándome tu trabajo —le dijo tratando de que su voz pareciera neutral—. Yo también estoy muy ocupada para perder el tiempo explicándote en qué consiste el trabajo de nuestra institución y supongo que eres tú el que debería hacer tus deberes. Pero, ¿qué es eso de unas vacaciones gratis? Terrence me ha dejado un mensaje para que lo llame, pero tú has aparecido antes de que pudiera hacerlo.

—¿He aparecido antes? —L.J. parecía arrepentido y furioso al mismo tiempo—. ¿Quieres que vuelva a disculparme?

Eden se encogió de hombros.

—Está bien. Siento haberme precipitado; pensé que esto había sido también idea tuya y que Terrence y tú lo habíais decidido sin consultarme. En cualquier caso, no voy a trabajar contigo en la campaña, Eden.

Ella lo miró unos segundos antes de decir:

—¿Es que no has oído que yo tampoco quiero trabajar contigo, Junior?

Volvió a aparecer en sus labios la sonrisa irónica del día anterior.

—Sí que lo he oído y también he oído lo de hacer mis deberes, cosa que te aseguro que he hecho. Y nadie me llama Junior desde mil novecientos setenta y cinco, guapa.

Eden hizo una mueca.

—Está bien. Yo también te pido disculpas. Ahora explícame eso de las vacaciones pagadas.

L.J. frunció el ceño.

—A Terrence se le ha ocurrido la peregrina idea de mandarnos a Canon Beach para que trabajemos en un ambiente más relajado.

—¿Quiere que utilicemos las suites de la compañía? ¿Juntos?

—En habitaciones separadas.

De todas maneras, sería estar demasiado cerca.

—¿Y cuánto tiempo quiere que nos quedemos en la playa?

—Una semana.

—Dios mío.

L.J. asintió.

—Sí.

—Supongo que le aclaraste que no podía ser.

—Sí. No. Yo… pensé que ya lo había hablado contigo y que tú estabas de acuerdo.

Eden echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Bueno, lo llamaré y le diré que es imposible. Terrence es un encanto, pero a veces se le ocurren ideas disparatadas. No te preocupes —agregó al ver que él seguía con el entrecejo arrugado.

De pronto, L.J. se puso en pie, dio unos pasos por la habitación y se volvió a mirarla.

—¿Cuándo vas a llamarlo?

Eden empezaba a sospechar que el coqueteo del día anterior no había sido más que una estrategia para hacer que se echara atrás en sus opiniones sobre la campaña.

—Ahora mismo —dijo levantando el auricular del teléfono.

Mientras esperaba que respondieran, observó a L.J.. Era evidente que estaba deseando salir de allí. Aquello era muy típico de sus relaciones con los hombres; nunca había sabido distinguir a los buenos de los malos.

En cuanto oyó la voz de Terrence al otro lado de la línea, le explicó que había recibido la nota, que L.J. había acudido a su despacho a hablar de la situación y que ambos estaban de acuerdo en que no era buena idea.

Escuchó en silencio unos segundos y dijo:

—¿En serio? —prefirió no mirar siquiera a L.J. cuando se dio cuenta de que se había vuelto hacia ella—. Muy bien, ahora mismo vamos a tu despacho —entonces sí miró a L.J. y dijo—: Terrence dice que tú parecías encantado con la idea.

L.J. abrió la boca, pero no dijo nada durante varios segundos.

—Creía que tú ya habías dicho que sí.

—¿Y no querías quedar mal?

—Quería hablar contigo para hacer frente común y no habría estado bien que dijera que no me parecía bien si tú ya estabas haciendo las maletas.

—Logan —comenzó a decir Eden poniéndose en pie—, a mí me gustan las vacaciones pagadas tanto como a cualquiera, pero no estoy tan desesperada por hacer un viaje a la playa como para no seguir intentando hacerte cambiar de opinión respecto a esos anuncios —pasó junto a él con la cabeza bien alta—. Asegúrate de salvar la clínica sin mi ayuda porque me gusta mucho mi trabajo.

Lo que no sabía era lo que significaba para él el suyo, pensó L.J. mientras la seguía por el pasillo y se lamentaba de no haber tenido valor para rechazar la idea de su tío sin implicarla a ella.

Pero en cuanto entró en el despacho de Terrence se dio cuenta de que no sólo iban a tener que luchar contra él; su tía Leslie también estaba allí.

Eden se sentó frente a la mesa, sin duda dispuesta a rebatir la idea del viaje a la playa con todas sus fuerzas. L.J. sin embargo supo lo que ocurriría al ver que Leslie ocupaba la butaca principal; no les quedaba más remedio que hacer las maletas.

Capítulo 6

—No lo entiendo. ¿Por qué no podías negarte? No creo que hacer un viaje con el sobrino del jefe forme parte de tu trabajo.

Eden negó con la cabeza y metió su viejo pijama de algodón en la maleta ante la atenta mirada de Liberty.

—No voy a viajar con él, nos reuniremos en el hotel.

—No me refería a eso —dijo su amiga al tiempo que sacaba el pijama de la maleta—. No vas a trabajar en pijama, ¿verdad? ¿Por qué ponerte tan fea si tenéis habitaciones separadas? Porque tenéis habitaciones separadas, ¿no?

—Claro —volvió a agarrar el pijama—. Me gusta, es muy cómodo.

—Son verdes con caritas amarillas. En los ochenta ya eran feos, ahora son inaceptables.

Eden frunció el ceño y miró los pantalones de algodón.

—Tienes razón. Si L.J. siguiera pareciéndome atractivo, necesitaría algo que me recordara que es un viaje exclusivamente de negocios. Pero ahora que sé que sólo coqueteó conmigo para intentar ablandarme y que no me opusiera a sus ideas, no me acercaría a él por nada del mundo. Así que puedo llevarme el camisón.

—Sigo sin comprender por qué no podías decir que no.

—Lo hice. Les dije que L.J. tenía razón, que yo no tengo la menor idea de campañas publicitarias. Hasta me disculpé por haber criticado sus ideas públicamente.

—Vaya. Debió de alegrarse mucho de oírte decir eso.

—Sí que se alegró, pero luego tuvo que abrir su bocaza.

—¿Qué dijo?

—En palabras textuales, dijo: «Agradezco la franqueza de Eden. Es evidente que es muy buena en su trabajo», lo cual es una gran mentira porque nunca me ha visto con ninguna de mis pacientes. Después siguió diciendo: «Pero está claro que nuestros trabajos son muy distintos. Creo que ambos respetamos el punto de vista del otro en relación a Children's Connection».

—Bueno, al menos fue educado —opinó Liberty mientras echaba un vistazo a su armario.

—Sí, eso se le da muy bien —respondió Eden con ironía—. Pero después del discurso de Junior, Terrence dijo: «Dos puntos de vista diferentes, eso es exactamente lo que necesitamos en este proyecto». Dijo que la nueva campaña debía unir lo comercial con lo personal.

—Debo admitir que es interesante —Liberty sacó una falda rosa adornada con lentejuelas de diferentes colores—. ¿Por qué no te llevas esto? Si el hotel tiene servicio

de guardería, podrías salir a cenar alguna noche. En Canon Beach hay restaurantes estupendos.

Lo último en lo que podía pensar Eden en esos momentos era en salir a cenar, pero dijo con gesto serio:

—No necesito servicio de guardería. Voy a tener niñera.

—¿Te han contratado una niñera?

—No. Después de que Terrence dijera eso de que había que unir ambos puntos de vista, a Leslie se le ocurrió que podríamos aprovechar la oportunidad para intercambiar nuestros papeles.

Eso atrajo la atención de Liberty, apartándola de la ropa.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Según Leslie, yo puedo buscar ideas para la campaña mientras Junior cuida a Liam. Leslie cree que eso le ayudará a comprender las necesidades de nuestras clientas. Se supone que al final de la semana tendremos que hacer una puesta en común de lo que hemos aprendido y después hacer una presentación a la junta en cuanto volvamos —Eden esbozó una sonrisa de falso entusiasmo y miró a su amiga—. ¿No es genial? Si es que antes no nos hemos estrangulado el uno al otro, por supuesto.

Liberty estaba boquiabierta.

—Es como un *reality show*.

—Pero sin premio para el ganador.

—¿Y Junior estuvo de acuerdo en participar?

—Se limitó a sonreír, darle la mano a Terrence y un beso a Leslie y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de él.

—El que calla otorga, ¿no?

—Supongo —respondió Eden al tiempo que se tomaba un analgésico, después negó con la cabeza al ver el bikini que había sacado Liberty del armario—. Estamos en abril; no hace calor como para bañarse.

—Pero puedo que haya *jacuzzi*. A no ser que pienses bañarte desnuda.

—No pienso bañarme de ninguna manera. No puedo meter a Liam en un *jacuzzi*. Además ese bikini no me vale —le quitó la prenda y volvió a meterla en el cajón.

Liberty agarró un bañador más discreto y lo puso en la maleta.

—Lo peor es que por primera vez he visto lo preocupados que están Terrence y Leslie.

—¿Crees que temen que Children's Connection se vea obligada a cerrar?

—Sé que su principal preocupación es Robbie. Desde que publicaron aquel terrible artículo, está encerrado en sí mismo. Nancy también está muy preocupada, sobre todo desde que dimitió. Últimamente se la ve como distraída.

—¿Nancy es su mujer?

—Sí. Sabes más de mi trabajo de lo que te gustaría, ¿verdad?

Liberty se echó a reír.

—No. Es como un episodio de *Anatomía de Grey*. Me encanta.

—Sería mucho mejor si todo fuera menos dramático —dijo Eden con un suspiro—. Me siento fatal por Terrence y Leslie. Sé que no culpan a Robbie de nada, pero creo que tienen miedo de que el centro nunca pueda recuperarse de todo esto si no hacen algo de inmediato. Leslie insistió en que, cuando no estuviéramos trabajando, podríamos relajarnos junto al mar y que esperaba que Junior aprovechara la oportunidad para familiarizarse con los niños, puesto que también son nuestros clientes.

—¿Fue entonces cuando salió corriendo?

—Más o menos. No dejó de sonreír en ningún momento, pero creo que en realidad a esa altura ya no estaba haciendo mucho caso.

—Seguramente estaba en estado de *shock*.

—Seguramente. Cuando salimos de allí, me llamó señora Carter y dijo que me vería el lunes.

—¿Entonces tienes el fin de semana libre?

—Eso parece. Leslie dijo que aprovecháramos el fin de semana para descansar y que nos pusiéramos a trabajar el lunes. Según afirmó, no hay nada mejor para una mujer que acaba de ser madre que quedarse dormida con el ruido de las olas y dar un paseo por la playa por la mañana. Las habitaciones están reservadas desde esta noche.

—Eso te deja tres noches de tranquilidad antes de tener que enfrentarte a Junior.

En lugar del fin de semana de relajación que sus tíos habían previsto para él, L.J. decidió pasar todo su tiempo conectado a Internet o en la biblioteca, mirando libros y artículos con títulos como: *El estrés de las madres solteras, Cuando todo lo que deseabas en el mundo resulta ser más de lo que puedes afrontar* y *La concepción sin padre: nuevas alternativas de embarazo*. El último incluía entrevistas con mujeres que explicaban los motivos por los que habían utilizado clínicas como Children's Connection para llevar a cabo una «inseminación alternativa» en lugar de buscar a un hombre que hiciera el trabajo. A L.J. no le resultaba una lectura agradable, pues hacía que se sintiera como un objeto.

Dejó a un lado el libro y echó mano de la hamburguesa que había pretendido que fuera su cena, pero que se había quedado helada. Tenía algo más en la cocina del apartamento, pero en lugar de pensar en una alternativa a la hamburguesa, decidió que no tenía hambre.

Una vaga y desde luego injustificada sensación de culpabilidad le había quitado el apetito. Eden Carter le había lanzado una mirada de auténtico pánico cuando Leslie había sugerido que se intercambiaran los papeles y L.J. no había sabido si sentirse insultado o aliviado.

Finalmente había llegado a la conclusión de que debía sentir alivio. Si Eden no quería participar en el juego, tampoco se ofendería cuando él también se negara.

El problema era que tenía la sensación de que ella esperara que hiciera algo para sacarlos del lío en el que estaban metidos, lo cual le resultaba de lo más irónico, teniendo en cuenta que ella era el motivo que los había llevado a la situación en la que estaban.

De pronto recordó la primera impresión que se había llevado de Eden al verla entrar en la sala de reuniones con el plato de galletas caseras y le pareció curioso que se hubiera equivocado tanto.

Entonces le había parecido deliciosamente vulnerable.

Pero no había tardado en demostrar que no era así en absoluto, dejando ver que, bajo esa dulce fachada, se escondía una mujer de acero. Lo que había estado leyendo todo el fin de semana le confirmaba que la segunda impresión era más acertada que la primera.

Según aquellos libros, las mujeres que decidían criar solas y utilizaban un banco de esperma tenían que enfrentarse a las críticas y a menudo también a la desaprobación de sus familias y a veces incluso también de sus amigos. La sociedad en general seguía desconfiando de dicho proceso y el hecho de que se cometieran errores como los ocurridos en Children's Connection hacía unos años, sobre todo aquéllos en los que las mujeres recibían el esperma de un donante equivocado, no ayudaba a mejorar su imagen.

Una mujer debía de ser muy valiente y apasionada para tomar la decisión de intentar quedarse embarazada de esa manera a pesar de todas las variables posibles. Sin duda, Eden tenía ambas cosas en abundancia: valentía y pasión.

A medida que iba leyendo los testimonios de mujeres que habían elegido la inseminación artificial, L.J. iba comprendiendo mejor sus motivos. Muchas de ellas hablaban del deseo de tener familia y del temor de no poder realizar su sueño que finalmente las llevaba a decidir tomar cartas en el asunto y forjarse el futuro que querían.

Eso era algo con lo que L.J. se identificaba por completo.

Se levantó de la silla para hacer un descanso y se acercó a la ventana del apartamento. El salón daba al lago Oswego, cuyas aguas se mecían suavemente con la brisa de abril. Aparte de eso, todo solía estar muy tranquilo en esa parte de la ciudad. Había oído que había buenos colegios y que era un magnífico lugar para los

niños y las familias, aunque desde donde él se encontraba, no había demasiadas evidencias de ello, afortunadamente.

L.J. no tenía intención de ser padre, por lo que no le importaba saber dónde estaban los mejores colegios o los supermercados, siempre y cuando pudiera pedir comida a domicilio.

Sin embargo había crecido en un barrio parecido a aquél, quizá no tan rico, pero sí acomodado y agradable. En el jardín de la casa de sus padres había una enorme estructura de madera para jugar que daba cuenta de que la mayor prioridad allí eran los niños. Lisanne, la querida madre de L.J., ya fallecida, había insistido en colocarla en el jardín delantero para que pudieran jugar en ella todos los niños del barrio; incluso había celebrado una fiesta de inauguración con perritos calientes y helados para todos. L.J. recordaba aquel verano como uno de los mejores de su vida.

Siempre, incluso durante los años de instituto, la casa de los Logan había sido el punto de encuentro del vecindario. A Lisanne nunca le había importado poner un par de platos más en la mesa y su padre había arreglado pinchazos de bicicleta o averías de motos y de coches de los amigos de sus hijos.

Lisanne había muerto hacía ya diez años, tras lo cual Lawrence había vuelto a casarse con una mujer que ya tenía dos hijas. Increíblemente, el padre de L.J. había conseguido que su nueva familia acabara estando tan unida como lo estaba la que ya tenía; había adoptado a Suzie y a Janet para que fueran dos Logan más y había cancelado un contrato para escribir un nuevo libro porque para hacerlo habría tenido que pasar mucho tiempo a solas en el despacho que tenía en su casa.

A L.J. por el contrario le encantaba estar a solas en su despacho.

Para Lawrence padre nunca había demasiadas obligaciones familiares, ni nada que le hiciera olvidar sus valores.

L.J. jamás podría estar a la altura de tal predecesor.

Sólo con pensar en intentar formar una familia como la que su padre había descrito en su libro, como la que había conseguido formar en dos ocasiones, L.J. se sentía un fracasado.

El fracaso no era algo que L.J. tolerara bien, por eso había aceptado que sencillamente no era un hombre de familia y nunca lo sería. No lo deseaba lo bastante para cambiar toda su vida y, con franqueza, no tenía intención de pasarse años sintiéndose culpable por no hacer más de lo que hacía o por no dar más de lo que daba. Jamás podría vivir así.

Olvidándose por completo de la cena, se dirigió al dormitorio a cambiarse de ropa con la intención de salir a correr. En el pasillo, pasó junto a una mesita en la que estaba el teléfono inalámbrico y se detuvo. Se le ocurrió que quizá estaría bien hablar con alguien, pero sus hermanos estaban ocupados con sus propias vidas y las mujeres con las que salía no esperaban que llamara mientras estaba fuera. Eso habría generado ciertas expectativas. No, una llamada de ese tipo sentaría un precedente demasiado peligroso.

L.J., después de todo, tenía conciencia.

Con un suspiro de resignación, L.J. repasó las alternativas que tenía: salir a correr, llamar a alguien de la familia, ver una película o trabajar para estar lo más preparado posible el lunes por la mañana. L.J. eligió el trabajo.

A su padre no le habría parecido bien.

Pero a Lawrence padre le esperaba una sorpresa. En ese momento, todos sus esfuerzos profesionales estaban enfocados en recuperar la única relación que él no había podido arreglar.

Así pues, volvió al salón con renovada energía, echó a un lado la hamburguesa y volvió a sumergirse en los libros. El lunes por la mañana sabría tanto de madres solteras, concepción alternativa y adopción como Eden Carter.

L.J. tardó poco menos de hora y media en llegar a Canon Beach. La energía que le habían dado las ideas de la noche anterior y las horas de plácido sueño hacían que su buen humor pusiese algo de luz a un día bastante gris.

Tenía la certeza de estar por fin en el camino correcto para llevar a buen fin la campaña de Children's Connection. De hecho, las nuevas ideas superaban de tal forma las anteriores que casi se alegraba de que Eden las hubiese echado por tierra. Haría un par de llamadas de teléfono, investigaría un poco más y luego llamaría a su equipo de Nueva York para que dibujaran unos cuantos *storyboards* y se los mandaran lo antes posible.

De repente estaba deseando pasar esa semana en Canon Beach… buen marisco, salir a correr por la playa por las mañanas y mucho tiempo para trabajar, ya que a Eden le interesaba tan poco como a él ese disparate que se le había ocurrido a Leslie del cambio de papeles.

A eso del mediodía ya estaba instalado en una de las suites que el hotel reservaba para los ejecutivos de Children's Connection y estaba listo para empezar a trabajar, pero el estómago llevaba un buen rato rugiéndole y no tuvo más remedio que hacer algo al respecto. Se puso una sudadera y unas zapatillas de deporte, un atuendo demasiado informal para un día de trabajo normal, y se dirigió a un restaurante cercano que había visto al llegar.

Eligió una mesa junto a la chimenea y, acababa de pedir una cerveza bien fría y un sándwich cuando oyó el llanto de un bebé.

El instinto le decía que no mirara, pero de todos modos lo hizo.

En cuanto la vio ofreciéndole una galleta a su hijo con una mano mientras con la otra rebuscaba en un enorme bolso, L.J. supo que a Eden Carter le pasaba algo.

Ni una sola vez desde que la conocía la había mirado sin sentir una enorme atracción física. Sin embargo, en ese momento, habría sido una desconsideración desear a la hermosa, aunque visiblemente exhausta, madre soltera.

Llevaba el pelo recogido sin el menor estilo y en su rostro, a pesar de sus bellos rasgos, se reflejaba el cansancio.

L.J. intentó con todas sus fuerzas recordarse que no era asunto suyo. Pensó en la cerveza fría, el sándwich y el agradable paseo hasta el hotel que daría después de comer…

El pequeño Liam Carter lanzó un tremendo alarido. L.J. se fijó en que la pareja que ocupaba otra de las mesas del salón estaba mirando en dirección a Eden con gesto irritado. L.J. retiró la silla y se puso en pie.

«¡Maldita sea!» Incluso mientras se dirigía hacia ella, aceptando su destino, lamentó estar a punto de perder la tranquilidad de la tarde que había planeado.

Dio un paso más hacia ella y entonces se le pasó por la cabeza el aterrador pensamiento de que, si iba hasta Eden Carter en ese momento, tendría que preocuparse por algo más que una tarde.

—Está bien, cariño, enseguida nos vamos. En cuanto mamá pague la cuenta, podremos volver al hotel y echarnos una siesta.

Eden estaba a punto de echarse a llorar de cansancio. Liam llevaba inquieto desde su llegada allí el viernes por la noche y apenas había podido pegar ojo desde entonces.

—Toma una galleta, mi amor —le ofreció de nuevo mientras buscaba el monedero en la bolsa de los pañales en la que también llevaba sus cosas—. Mmm, qué rica. Tiene que estar aquí…

—¿Puedo ayudarte?

Aquella voz perfecta era inconfundible.

Eden se quedó helada a pesar de que sabía que tarde o temprano tendría que ver a L.J., el problema era que no había esperado verlo allí y en ese momento.

Como no lo había visto en todo el fin de semana, había empezado a preguntarse si pensaba aparecer o pretendía acaso mostrar su protesta no acudiendo.

—Hola —dijo al tiempo que se apoderaba de ella el nerviosismo que le provocaba la perspectiva de la semana que tenía por delante.

Estaba increíblemente guapo con aquella ropa tan deportiva y el pelo alborotado.

—¿Puedo ayudarte en algo? —insistió.

En los ocho meses que habían pasado desde el nacimiento de Liam, sólo había contado con la ayuda de Liberty cuando se había encontrado con el frecuente dilema de tener que hacer doce cosas al mismo tiempo teniendo sólo dos manos. Al principio lo miró sin saber qué responder, pero luego farfulló:

—Estoy buscando la cartera.

Pensó que L.J. le quitaría la galleta de la mano, aunque estaba ya un poco mojada después de que Liam hubiera llegado a metérsela en la boca una vez. Por eso

tardó en reaccionar al ver que agarraba la cuenta y después se llevaba la mano al bolsillo.

—No —dijo por fin—. Quiero decir, gracias, pero… no.

—No son ni diez dólares. Creo que puedo permitírmelo.

Diez dólares no era ninguna minucia en el presupuesto de una madre soltera.

—Pues yo no puedo permitirlo. No puedo dejar que me pagues la comida. Llevo manteniéndome sin ayuda de nadie desde los diecisiete años y no tengo intención de cambiar ahora.

L.J. frunció el ceño.

—A los diecisiete yo estaba en el instituto, preocupado por el béisbol, los exámenes y el grupo de debate. ¿Cómo es que vivías sola siendo tan joven?

—Yo no he dicho que viviera sola, he dicho que me mantenía —de hecho entonces ya llevaba mucho tiempo cuidando de su madre—. El caso es que yo pedí la comida y yo la pagaré —declaró tajantemente—. Pero puedes ayudarme sujetando la galleta.

L.J. miró la galleta con un asco que no pudo disimular.

—¿Qué te parece si pago yo y luego me lo devuelves?

—¿Aceptas Visa? Es que esta semana tengo que utilizar la tarjeta de crédito.

Él resopló con resignación.

—Nada va a ser fácil entre nosotros, ¿verdad?

Capítulo 7

Eden sabía que no era el momento de echarse atrás. Una mujer soltera no podía permitir que un hombre le pagara la comida sin un buen motivo porque… bueno, sencillamente porque no.

—No parece —dijo, respondiendo a su pregunta.

En lugar de quitarle la galleta que tenía en una mano, L.J. agarró el bolso que sujetaba en la otra, lo puso encima de la mesa y se puso a rebuscar entre pañales, biberones, toallitas y ropita de bebé hasta que por fin sacó una cartera negra y roja.

—¿Es esto lo que buscabas?

—Mi héroe —murmuró ella con sincero alivio—. Creo que tengo que pagar en la caja.

Él la esperó mientras levantaba a Liam de la trona, lo colocaba en la mochila portabebés y luego echaba mano de las chaquetas y de la enorme bolsa. Sin molestarse en preguntarle y con gesto de disgusto, L.J. le quitó la bolsa, se la colgó al hombro y agarró también las chaquetas. Cuando Eden iba a protestar, con motivo, según ella, la interrumpió diciendo:

—Necesitas ayuda.

—Puede ser —admitió ella y miró a la bolsa que colgaba ahora del hombro de L.J.—. Desde luego tengo que llevar menos cosas encima. El cochecito de Liam está en la puerta, así que podré llevarlo todo. Ya puedes volver a tu mesa.

L.J. lo pensó sólo un segundo.

—Te acompaño hasta la puerta.

Parecía realmente decidido a ayudar, aunque con cierto malhumor. Así pues, fueron los tres hacia la puerta.

—Ya está —le dijo Eden después de pagar.

Pero L.J. no hizo el menor amago de devolverle las cosas.

—¿Dónde está el cochecito?

Eden se lo indicó pensando que entonces le daría las cosas y volvería a su mesa, donde seguramente le estaría esperando su comida. Pero en lugar de eso, vio como sacaba el cochecito del rincón donde lo había dejado el camarero. Al darse cuenta de que no sabía cómo abrirlo, fue a hacerlo ella.

—Sólo dime cómo se hace, Carter —le pidió él tajantemente.

Una vez hubo colocado las chaquetas y la bolsa en la cesta de debajo de la sillita, Eden agarró el cochecito y dijo:

—Muchas gracias. De verdad. Vuelve a tu mesa y disfruta de la comida.

L.J. miró a Liam, que por fin se había relajado y se entretenía en morder las tiras de la mochila.

—¿No vas a ponerlo en la sillita?

—No, estará más tranquilo pegado a mí. En realidad traigo la sillita sobre todo para llevar las cosas. Se habrá quedado dormido antes de que lleguemos al hotel.

L.J. asintió, pero siguió sin moverse. Parecía estar pensando algo y, cuando acabó, levantó un dedo y le dijo:

—Espérame un segundo.

Volvió cuando Eden iba ya por el tercer bostezo, Liam empezaba a quedarse dormido con la cabecita apoyada en su hombro y ella a considerar la idea de escapar rápidamente. Cuando lo vio llegar con la comida envasada para llevar, supo que no había posibilidad de escape.

—Voy a pagar y vuelvo enseguida —le dijo antes de dirigirse a la caja.

—Pero, ¿no vas a comer? Es una tontería. No es necesario que te vayas sin comer.

—Puedo comer en la habitación. O en el patio. Tengo una vista magnífica de la playa. ¿Tú?

—Sí, pero…

—Voy a pagar, espérame aquí —se dio media vuelta, dejándola allí con la protesta en los labios.

Cuando volvió, L.J. se hizo con el cochecito y comenzaron a caminar hacia el hotel.

Eden se dio cuenta, y sin duda él también lo hizo, de que parecían una familia. Hacía casi veinte años que Eden no formaba parte de una familia típica, padre, madre e hijos y, cuando una mujer de unos setenta años les sonrió y les dijo: «Qué bonita familia», Eden sintió una extraña e intensa satisfacción. Sorprendida y preocupada de que eso hubiera hecho crecer su autoestima, bajó la cabeza y continuó caminando algo más deprisa.

En el trabajo, todos los días animaba a las mujeres a sentirse orgullosas de la decisión de de ser madres solteras. Ahora se recordó con vehemencia que si era madre soltera, había sido por decisión propia.

—No hablas.

Levantó la cabeza hacia L.J., que caminaba con ritmo relajado, pero pendiente de ella.

—Tú tampoco —respondió Eden—. ¿O es que has dicho algo?

Él la miró a los ojos y sonrió.

—Eres sorprendentemente sincera —la idea parecía divertirle—. Dijiste exactamente lo que pensabas en la reunión, cuando yo estaba presentando la campaña, y ahora mismo acabas de admitir que estás intentando ignorarme.

—No lo estoy intentando.

La respuesta hizo que L.J. se echara a reír.

—Te sale de manera natural, ¿no?

Eden esbozó una ligera sonrisa. Liam se había quedado dormido, lo cual era una lástima porque le habría venido bien poder jugar con él y distraerse con algo.

En realidad no era tan sincera como L.J. creía. Jamás podría decirle lo tentador que le resultaba fingir lo que había creído aquella señora, que formaba parte de una pareja… con él.

«Es un trauma de cuando jugaba con la Barbie», se dijo a sí misma. El típico «Tú eres el papá, yo la mamá y éste es nuestro hijo». Se le pasaría en cuanto se pusieran a trabajar y ambos dejaran bien claro lo poco que les apetecía trabajar juntos. Una conversación que tendrían muy pronto.

Eden Carter tenía muy mal aspecto.

La impresión que L.J. había tenido al verla en el restaurante, se vio confirmada por su forma de respirar mientras caminaban, por las ojeras que oscurecían su rostro y los cinco bostezos que había sido incapaz de contener desde que habían salido del restaurante.

Le preocupaba que estuviera mal.

Eso era lo que más miedo le daba. La vida de esa mujer no tenía absolutamente nada que ver con él y tenía muchas otras cosas en la cabeza; sin embargo deseaba preguntarle si había dormido bien, si necesitaba ayuda o si se había hecho análisis para comprobar que estaba bien.

«Malditos libros».

Todo lo que había leído durante el fin de semana había provocado en él un sentimiento de comprensión hacia aquéllos que criaban solos. O quizá fuera lástima. Ahora que sabía a todo lo que debían enfrentarse los padres y madres solteros, sabía que era tan probable que él tuviera un hijo solo como que se lanzara de un avión sin paracaídas.

Se suponía que Eden tendría que haber pasado el fin de semana descansando en la playa, pero en lugar de estar fresca y llena de energía gracias al aire del mar, parecía exhausta.

—El hotel está muy bien —comentó ella después de unos segundos de silencio—. ¿Has llegado esta mañana?

—Sí —de pronto se sintió culpable. Quizá debería haberla avisado de que no llegaría hasta el lunes—. He pasado el fin de semana en la biblioteca y en Internet, leyendo cosas sobre la maternidad y los bebés —eso era quedarse corto, pero no quería admitir que ahora sabía perfectamente lo que eran los pezones invertidos.

—Vaya —Eden lo miró con evidente sorpresa—. ¿Has estado… preparándote para la semana?

Para el intercambio de papeles. ¿Sería un buen momento para decirle que en realidad había estado preparándose para no tener que hacerlo? Que, de hecho, estaba seguro de que ahora podría idear una campaña que incluso ella aprobaría.

—En realidad —dijo ella antes de que pudiera responder—… no hace falta que me contestes. Sé que te apetece tan poco como a mí hacer lo que se les ocurrió a Terrence y a Leslie. Estoy segura de que has estado todo el fin de semana buscando la manera de no tener que hacerlo. Yo la he encontrado. Verás, creo que si me entrevistas a mí, ya sabes, me preguntas todo lo que se te ocurra sobre la maternidad y sobre la decisión de recurrir a una clínica de fertilidad, seguramente podrás recabar la información necesaria sin tener que pasar por eso.

Lo cierto era que eso era exactamente lo que él pretendía, pero al oírselo decir no le sonó nada bien.

—Funcionará, te lo aseguro —insistió ella al ver sus dudas—. Lo he pensado bien. Incluso he preparado un cuestionario. Si quieres, puedes utilizarlo con otras mujeres.

—¿Otras mujeres?

—Se me ha ocurrido que podrías hablar con más mujeres y con parejas que hayan utilizado los servicios del centro. Yo puedo ponerte en contacto con clientes que saben los problemas que ha tenido Children's Connection. Quizá puedas incluso hablar con Meredith Malone, aunque primero tendríamos que asegurarnos de que a Terrence le parece bien. Meredith es la mujer que recibió el esperma de un donante equivocado. Aunque como resultado de dicha inseminación, ahora tiene una niña preciosa y está casada con Justin Weber, el abogado de la clínica. Seguramente ella podría darte muy buenas ideas para hacer que la gente recupere la confianza en la clínica después de algo así.

L.J. se limitó a asentir sin comprometerse en nada, pero en realidad estaba pensando que Eden era muy inteligente.

Él también había pensado que sería buena idea hablar con otros clientes del centro y había decidido que podría hacerlo durante aquella semana, por teléfono o por correo electrónico.

Parecía que ella había estado trabajando tanto como él para evitar el intercambio de papeles.

Mientras miraba rápidamente al bebé que dormía sobre su hombro, no pudo evitar pensar que comprendía perfectamente que una madre se mostrara reticente a dejar a su hijo al cuidado de cualquiera. Era algo en lo que nunca se había parado a pensar, pero recordaba que sus padres siempre habían ido a todas partes con él y sus hermanos… a todas las cenas y siempre que se iban de vacaciones.

Eden lo miró y lo encontró con los ojos clavados en Liam… y frunciendo el ceño. Parecía preocupada, como si temiera que todos sus esfuerzos no fueran a servir de nada. Esa preocupación y el cansancio que se reflejaba en su rostro y en la caída de sus hombros impulsaron a L.J. a no rechazar su ofrecimiento de inmediato. Lo tenía todo bajo control, pero prefirió ser amable y no decírselo a ella.

—¿Entonces has hecho un cuestionario y todo? —preguntó, tratando de parecer contento con la idea.

—Sí. No es que no crea que no puedes hacerlo tú solo…

—Claro que no.

—… pero sé todo lo que tiene en cuenta una mujer que está pensando en acudir a una clínica de fertilidad.

—Será muy útil —querría preguntarle otra vez por qué había tomado ella tal decisión, pero no creía que fuera a revelarle más de lo que ya le había dicho. Eden Carter era una mujer sincera, pero no daba ningún tipo de información privada si no deseaba hacerlo—. ¿Es por eso por lo que no has dormido durante el fin de semana? ¿Por qué has estado trabajando?

—¿Quién dice que no he dormido?

—Tus ojos. Espero que no te hayas pasado las noches en vela.

L.J. se fijó en el modo en que Eden le sujetaba la cabecita al niño y le pareció que había mucho amor en aquel gesto.

—Apenas he pegado ojo —admitió ella con un suspiro—, pero no ha sido por el trabajo. Liam ha pasado algunas semanas sin dormir por culpa de los dientes y, aunque ahora está durmiendo bien, yo no. Es…

—Un hábito que se os queda a las madres. Lo sé.

Su respuesta llamó la atención de Eden. L.J. asintió.

—Seguramente llevas más de unos días o incluso semanas inmersa en ese ciclo de sueño, o más bien de falta de sueño, ¿verdad? Especialmente si no eres de los que se desahogan llorando y supongo que no lo eres. ¿Cuánto tiempo llevas sin dormir ocho horas seguidas? Seguro que por lo menos desde los últimos meses de embarazo.

—¿Con quién has estado hablando?

—Con nadie… por ahora. Pero está todo en los libros y en Internet. Se puede aprender todo lo necesario sobre la maternidad.

—No todo —se permitió ella discrepar.

Él sonrió, encantado con la sorpresa que reflejaba su rostro.

—Puede ser.

De pronto se le pasó por la cabeza que para Eden criar era un arte, no algo que se podía aprender en los libros.

—Debo reconocer que estoy impresionada —dijo—. No pensé que…

Cuando se detuvo de golpe, L.J. supo de inmediato lo que iba a decir y se felicitó a sí mismo por conocer tan bien sus reacciones.

—No pensabas que me importara lo bastante para molestarme en aprender —terminó la frase mirándola a los ojos fijamente—. Ya te dije que mi trabajo es muy importante para mí; es una de las prioridades de mi vida.

—¿Tienes muchas?

—Muy pocas. Por eso cuando me centro en algo… me centro de verdad —añadió con una sonrisa.

Siguieron allí de pie, mirándose a los ojos, hasta que ella empezó a sonrojarse, algo que no hacían sus compañeras de trabajo de Nueva York. En realidad, L.J. no creía haber salido nunca con una mujer que se sonrojase, o al menos nunca se había fijado en que lo hicieran.

Señaló al edificio que había al otro lado de la calle.

—Ahí está el hotel. Hogar dulce hogar.

—Voy a acostar a Liam para que duerma la siesta.

—¿Y tú no vas a hacerlo también?

—No me gusta dormir durante el día —le pasó la mano por la espalda a su hijo—. Además, Liam tiene una especie de sensor que lo avisa de cuándo me quedo dormida y entonces se despierta.

Ella lo contaba con total aceptación, pero a L.J. le pareció terrible. No por Liam, él no tenía la culpa, pero la falta de sueño era algo muy serio.

¿Dónde estaban los puntos de apoyo de Eden? ¿Dónde estaban los abuelos o los tíos del pequeño que pudieran ayudarla cuando necesitara un respiro?

Había visitado un foro en Internet en el que se hablaba de eso: de la necesidad de un entramado social que sirviera de apoyo a las madres, sobre todo en los primeros meses de vida del bebé.

—Seguro que tu comida se ha quedado fría y correosa. ¿Ves lo que te pasa por ser un buen samaritano? —le dijo ella moviendo la cabeza y con una sonrisa en los labios—. En serio, gracias por ayudarme, pero ya puedes irte a comer.

Eden puso las manos en el carrito, pero él no se movió. No pretendía ponerse difícil, pero estaba ocupado pensando.

—Si te parece bien —dijo ella—. En cuanto deje a Liam acostado, pasaré por tu habitación a dejarte el cuestionario para que veas si lo puedes utilizar.

—Se supone que esta semana tenemos que intercambiar nuestros papeles, no aprender a base de entrevistas —la vio abrir los ojos y la boca, pero no dijo ni palabra, así que agregó—: Terrence y Leslie fueron muy claros sobre lo que esperaban que hiciéramos. ¿No crees?

—Sí, pero… tú no quieres… quiero decir que… yo… —apretó los labios y después, evidentemente, decidió hablar sin rodeos—. Saliste corriendo de la reunión. Es obvio que te apetece tan poco como a mí que intercambiemos nuestros papeles. Si ni siquiera has aparecido por aquí en todo el fin de semana.

Él levantó el dedo en señal de protesta.

—Estaba en casa preparándome. Quería empezar la semana sabiendo todo lo necesario.

No le importó mentir; no se sintió culpable porque lo que estaba a punto de hacer no era algo del todo egoísta.

—Vine de buena fe, creyendo que estarías dispuesta a seguir el plan de Terrence y Leslie. Por mi parte, yo pienso hacer todo lo que sea necesario para que esta campaña sea un éxito y creía que tú también lo harías. De haber sabido que no era así, me habría quedado en Portland.

—Pero tú…

—¿Tienes idea de cuántos hombres y mujeres se verán afectados por nuestra decisión? Estoy seguro de que cuidar de Liam y conocer los aspectos prácticos de la paternidad me dará la perspectiva que necesito para lanzar esta campaña y hacer que funcione. Tú misma lo has dicho… no se puede aprender todo en los libros. Necesito experiencia práctica.

—¿Qué? El viernes en mi despacho dijiste que…

—Si no quieres que cuide de tu hijo, ni siquiera estando tú en el mismo hotel por si te necesito, lo comprendo. ¿Sabes que siete de cada diez madres se sienten culpables por dejar a sus hijos con alguien que los cuide, aunque sea alguien de la familia? Yo soy un completo desconocido, alguien de quién no te fías por completo.

—Eso no es lo que iba a…

—¿Por qué ibas a confiarme a tu hijo? Aunque tengo el título de socorrista y de primeros auxilios y estoy dispuesto a llevar siempre el teléfono encendido para que puedas localizarme.

—¿Qué? No quiero que…

—Lo comprendo perfectamente.

—¡Espera un momento! —Eden hizo una pausa durante la que sin duda consideró lo que iba a decir—. ¿Estás intentando hacer que diga que no quiero dejarte a Liam para que luego nadie pueda echarte la culpa por no haber querido hacer el cambio de papeles? —lo miró con los ojos abiertos de par en par—. ¡Madre mía! Es lo más rastrero que he oído en mi vida.

—Lo sería… si fuera cierto. Yo no me gustaría ni a mí mismo si fuera capaz de algo así. Pero me quiero mucho —admitió encogiéndose de hombros—. Me parece que mi mente no funciona de una manera tan maquiavélica como la tuya. Sólo pretendo hacer el trabajo que me he comprometido a hacer.

Eden se agachó con cuidado para no despertar a Liam y sacó la bolsa de la comida de L.J. de la cesta del cochecito. Después se la dio con mucha menos suavidad y continuó caminando hacia el hotel.

Dando por hecho que él la seguiría, volvió a hablar sin siquiera girarse a mirarlo.

—Acabo de recordar la conversación que tuvimos en mi despacho, en la que dejaste perfectamente claro que no querías venir aquí conmigo… y ahora pretendes hacerme creer que estás dispuesto a ser el niñero perfecto —cruzó la carretera y, al llegar al otro lado, subió el cochecito a la acera sin el menor problema—. ¿Quieres eres, Logan? ¿El doctor Jekyll, al que le encanta trabajar en equipo, o el señor Hide, que siempre tiene algo escondido en la manga?

Ya en la puerta del hotel, Eden se volvió a mirarlo. En sus ojos había una firmeza con la que sin duda le estaba pidiendo que le dijera la verdad.

L.J. decidió seguir mintiendo un poco más.

—Lo único que tengo en la manga es el brazo. Sólo quiero hacer lo que nos pidieron Terrence y Leslie —hizo una pausa y se encogió de hombros—. Si te soy sincero, he empezado a pensar que puede que todo el mundo tuviera razón; a lo mejor no sé lo suficiente sobre vuestros clientes… y sobre ti.

Dio un par de pasos hacia ella, lo bastante para ponerle la mano en la espalda a Liam.

—Puede que —siguió diciendo en voz más baja—… si te ayudo con el niño, luego me resulte más fácil conocer las preocupaciones y las necesidades de los clientes. Puede que me ayude a comprender por qué deseabas tanto tener uno de éstos, cosa que sin duda me servirá para crear una campaña más convincente. ¿No te parece?

Capítulo 8

Eden no habría sabido decir cómo ocurrió. Primero había accedido a que L.J. cuidara de Liam durante un rato bajo su supervisión, convencida, eso sí, de que Junior no aguantaría más de una hora. Estuvieron jugando en la biblioteca del hotel, L.J. y ella arrodillados en una alfombra frente a la chimenea mientras Liam gateaba alegremente.

Después L.J. se había quejado porque decía que la experiencia no era lo bastante realista y Eden había accedido a esperarlo en el vestíbulo del hotel mientras él iba a dar un paseo con Liam en el cochecito.

Al volver la había encontrado dormitando en una butaca y había insistido en que subiera a la habitación a echarse un rato mientras él se quedaba con el niño. Cuando ella le había dicho que no, L.J. le había dicho que hiciera lo que quisiera y, acto seguido, le había preguntado si alguna vez se sentía un fraude por decirles a otras madres que debían cuidarse cuando ella se mataba de cansancio, incluso aunque alguien le ofreciera ayuda.

Eso había provocado que Eden levantara la mirada.

Había ido a la habitación, seguida por L.J. con Liam en brazos, y le había cambiado el pañal a su hijo bajo la atenta mirada de su nuevo niñero. Después de explicarle bien cómo se cambiaba un pañal y qué debía de darle de comer si se quejaba, Eden había dejado el bien más preciado de toda su vida en brazos de un hombre que lo levantó en brazos y le dijo:

—Ven aquí, guapo, vamos a la ciudad a romper corazones.

De eso hacía ya dos horas. Había tardado más de cuarenta minutos en quedarse dormida, para lo que había tenido que hacer verdadera gimnasia mental, pero por fin había conseguido descansar durante toda una hora. Ahora, sentada al borde de la cama, con los pies descalzos y la espalda encorvada como si fuera una anciana, se preguntó si no debería haber aguantado el resto del día como hacía normalmente porque no sabía cómo iba a poder quitarse el aletargamiento que sentía.

Tenía que llamar a L.J. al móvil para ver dónde estaban Liam y él.

Antes de que pudiera reunir la fuerza suficiente para levantar un brazo que le pesaba como si fuera de plomo, oyó que se abría la puerta de la habitación. Le había dejado la segunda llave a L.J. para que pudiera entrar si necesitaba hacerlo aunque ella estuviera durmiendo.

La descarga de adrenalina la despertó de golpe.

Se puso en pie de un salto y fue corriendo a la puerta. Allí estaba L.J., con el niño dormido plácidamente en sus brazos.

—¿Qué haces levantada? —le preguntó, sorprendido.

—Habéis vuelto.

No pudo ocultar el alivio que sentía. Cuando Liam estaba en la guardería del centro, Eden siempre sabía dónde encontrarlo y sabía que estaba con expertos en cambiar pañales, tranquilizar bebés y darles de comer. La única persona que había cuidado de Liam al margen de eso había sido Liberty, pero sólo durante el tiempo necesario para que ella se diera una ducha o fuera al dentista.

Hizo un esfuerzo por parecer tranquila después de haber mostrado sorpresa ante el hecho de que hubiera conseguido volver con el niño sano y salvo.

—¿Cuánto tiempo lleva dormido?

—Pues parece que más de lo que has dormido tú —no parecía ofendido, pero sí algo exasperado—. ¿Has conseguido dormir algo?

—¡Sí! Demasiado. Estoy —hizo un gesto como para indicar que le daba vueltas la cabeza—… completamente grogui. Por eso es por lo que nunca me echo la siesta.

—No, por eso es por lo que necesitas dormir —sin esperar una invitación, L.J. entró en la habitación, dejó la bolsa de los pañales en el suelo y acostó a Liam con mucho cuidado en el centro de la cama.

«En el sitio perfecto», pensó ella.

Después colocó varios almohadones a cada lado del bebé y asintió, satisfecho del resultado.

—Aunque lo intente, no podrá caerse de la cama.

—Pareces muy cómodo con Liam —comentó Eden en lugar de echarse a reír—. Lo llevabas en brazos con mucha soltura.

—Es pan comido —dijo él, quitándole importancia—. Sólo se me ha caído un par de veces, pero echándole el pelo hacia la frente, no se le verá el chichón.

Eden miró a su hijo automáticamente.

—Es broma L.J. no esperó a que despertara al bebé para comprobar que no tenía ninguna contusión o preguntara dónde estaba el hospital—. Todo ha ido bien —aseguró—. Sólo he vuelto porque me he quedado sin batería en el teléfono y he pensado que te asustarías si llamabas y lo encontrabas apagado. He entrado directamente por si estabas dormida. Pero me gustaría volver a llevarme a Liam y que tú durmieras un poco más, pero supongo que no me dejarás.

—Ya lo has tenido suficiente… y te lo agradezco mucho. La verdad es que estoy impresionada. Es… genial que estés dispuesto a hacer este experimento por tus tíos.

—¿Genial?

—Sí.

—Me gusta hacer algo genial —dijo, considerando la idea—. Y me gusta que estés impresionada —sus ojos azules brillaban con orgullo masculino y evidente satisfacción—. Pero no tienes por qué agradecérmelo, ya te he dicho que lo estoy haciendo por mí.

Estaban a sólo unos pasos el uno del otro, pero él redujo la distancia con una zancada.

—¿Cuándo puedo volver a llevármelo?

¿Lo decía en serio?

—L.J.…

—Le caigo bien. De verdad. A lo mejor es porque le señalo dónde están las chicas guapas —dio otro paso más hacia ella y bajó la voz—. Espero que no te enfades con él, pero me ha dicho que en la guardería a veces se aburre y que le viene bien un poco de compañía masculina. Pero no te ofendas, tú sigues siendo su gran amor.

Capítulo 9

¿Dónde estaba el verdadero L.J. Logan?

Eden miró a su atractivo compañero de trabajo a la cara. «En los viejos tiempos, me habría acostado con él después de la primera cita», pensó, pero enseguida se corrigió: se habría acostado con él antes de que acabara la primera cita.

En aquella época había buscado hombres que le hicieran olvidar la soledad, el miedo. Hombres que aliviaran la carga de tener que cuidar de una madre tan enferma que había estado incapacitada mentalmente durante años.

L.J. podría haber sido perfectamente uno de esos hombres con los que había imaginado tener un final feliz. Los hombros anchos, la espontánea masculinidad y esa sorprendente amabilidad y sentido del humor… todo ello la atraía como la resaca lo llevaba a uno mar adentro.

—Ahora me toca a mí hacer algo en relación a la campaña —dijo en un intento de volver a la realidad y al presente, de recordar por qué estaba allí—. Si vamos a intercambiar nuestros papeles, tenemos que hacerlo los dos. No quiero que Terrence y Leslie piensen que eres el único que ha cumplido.

Los hermosos labios de L.J. se curvaron suavemente.

—Tienes toda la semana para eso. Mientras paseaba con Liam he oído hablar de un restaurante italiano. ¿Qué te parece si me paso por aquí dentro de un par de horas y vamos a ver qué tal está? Podemos ir caminando.

—¿Quieres que salgamos juntos a cenar? —preguntó ella.

—Es más divertido que comer solo. Espera —inclinó la cabeza a un lado y se quedó mirándola unos segundos—, vas a decir algo así como: «Me encantaría, pero aún estoy llena de la cena» y entonces yo tendré que reconocer que no he comido mucho porque tenías razón, la comida fría, especialmente las ostras, pierden mucho cuando están frías. Después te acordarás de que nos pusimos a discutir sobre si debíamos hacer lo que nos han pedido Terrence y Leslie, lo que hizo que me fuera completamente imposible comerme el sándwich frío y las patatas correosas —se cruzó los brazos y continuó hablando sin apartar la mirada de sus ojos—. Entonces empezarás a sentirte culpable, no lo niegues porque se te nota en la cara, pero yo te diré: «No te preocupes, no fue culpa tuya», pero accederás a salir a cenar sólo por culpabilidad. Pero ésa, querida compañera y amiga, no es manera de disfrutar de un plato de pasta. Porque eso es lo que vamos a cenar, deliciosa pasta fresca.

Eden negó con la cabeza.

—Ha sido magistral —Eden notó que L.J. intentó disimular su satisfacción, pero no pudo evitar sonreír. Ella suspiró—. Pero no quiero pasta.

—Una lástima.

Eden sintió la agitación de su propia voz y los latidos acelerados del corazón, pero no iba a permitir parecer débil, por eso cuando volvió a hablar lo hizo con fuerza.

—Tomaré berenjenas a la parmesana —aseguró—. Y, para que lo sepas, no voy a cenar contigo porque me sienta culpable. Voy porque quiero.

Dos días después habían hecho una excursión por el parque Ecola State, habían caminado por la playa para luego ver cómo las olas hacían desaparecer sus huellas en la arena y habían hecho que Liam escuchara por vez primera el sonido del mar en una caracola.

En lugar de trabajar durante el día, L.J. se quedaba despierto por la noche. De todas maneras, de nada habría servido que intentara dormir. Lo único en lo que podía pensar cuando miraba la enorme cama de su habitación era en Eden.

Cuando estaba con ella se comportaba como una persona normal, un caballero y compañero de trabajo, pero en el fondo estaba agitado como un adolescente víctima de una atracción tan fuerte que parecía amor. Una atracción que hacía que fantaseara con algo más que con sexo, aunque ésa era la primera de sus fantasías diurnas. Y también de las nocturnas.

Había recordado su comentario una y otra vez.

«No voy a cenar contigo porque me sienta culpable. Voy porque quiero».

Apoyó la cabeza en las manos y miró los papeles que cubrían la mesa del salón de su suite.

Allí había notas e ideas que tenía que pulir y dar forma, pero era más de medianoche y aún no había conseguido ponerse a trabajar realmente. Eden había hecho pedazos su concentración.

Debía admitir que el cuidar de Liam la primera tarde había supuesto una verdadera lección. Sobre la frustración, la confusión y la humildad. Justo cuando L.J. había empezado a creer que el paseo sería perfecto, el pequeño había comenzado a llorar. A aullar y gemir como un alma en pena. ¿Por qué parecía que lloraba más alto cuando era él el responsable de calmarlo?

Sólo habían estado fuera quince minutos y él no había querido volver al hotel porque eso habría supuesto admitir que un bebé de ocho meses había podido con él en un cuarto de hora. Sin saber qué hacer, L.J. lo había levantado en brazos, pero entonces el pequeño se había puesto rojo y había gritado aún con más fuerza. Su siguiente intento había sido hablarle como si él también fuera un niño. Un puño diminuto se había estrellado en su nariz. L.J. había seguido caminando por las calles de Canon Beach empujando un cochecito con una mano mientras con la otra sujetaba a un bebé hasta que había divisado una pastelería y había entrado.

—Deme cualquier cosa que pueda comer un bebé —le pidió a la mujer que había al otro lado del mostrador en lugar de saludarla.

La mujer debía de tener hijos porque había sonreído comprensivamente y le había dado una galleta enorme.

—Invita la casa.

L.J. le acercó la galleta a Liam mientras cruzaba los dedos mentalmente esperando lo mejor. Unos segundos después el pequeño había empezado a babear sobre la ropa de L.J. mientras disfrutaba de aquella delicia. A L.J. nunca le había importado menos su aspecto.

—¡Funciona! —gritó tan entusiasmado como si hubiera descubierto la penicilina—. Deme todas las galletas como ésa que tenga —le pidió a la dependienta.

Ahora siempre llevaba una de esas galletas encima y Liam sonreía cada vez que lo veía aparecer.

L.J. empezaba a acostumbrarse a la presencia del bebé e incluso, a veces, llegaba a gustarle.

Le gustaba cuando veía sonreír a Eden mientras él le decía tonterías al pequeño.

Le gustaba que ella se refiriera a Liam y a él como «los chicos». Quizá se hubiera vuelto loco, pero le gustaba distraer al bebé mientras ella le cambiaba el pañal. En realidad, disfrutaba simplemente de estar con ellos. Sí, definitivamente había perdido la concentración para trabajar.

Siempre que estaban juntos, Eden se comportaba con total corrección, pero eso no impedía que entre ellos siguieran saltando chispas.

L.J. nunca había dejado que esas «chispas» se interpusieran en su trabajo y tampoco iba a dejar que lo hicieran ahora.

Levantó la cabeza, estiró la espalda y agarró el lápiz con la determinación de ponerse manos a la obra.

Casi de manera inmediata, volvió a soltarlo encima del *storyboard* que ilustraba el anuncio que estaba preparando. Aún no había enviado nada a Nueva York para que le dieran forma porque cada vez que se sentaba a trabajar se daba cuenta de que no estaba satisfecho con lo que había hecho la noche anterior.

Estaba claro que la paternidad no era el lecho de rosas que su equipo y él habían reflejado en el primer anuncio. Ahora que lo pensaba, ninguno de los integrantes de dicho equipo tenía hijos, así que, por el momento, él era el que tenía un conocimiento más real del tema. Si alguien le preguntara, no sabría cómo definir la experiencia de cuidar de un bebé de diez kilos de llantos y risas que no dejaba de hacer pis y siempre necesitaba algo.

El tiempo que pasaba con Liam hacía que se sintiera tan confuso como lo estaba respecto a la mamá de Liam.

L.J. había creído que cuidar de un niño sería una tarea más bien impersonal; cambiar pañales, pasear al pequeño, darle de comer e intentar que los llantos no le molestaran demasiado.

El primer día que había estado con él, había ido a la librería del pueblo y había pedido el mejor libro sobre bebés que tuvieran. Había leído en él que a veces los bebés lloraban sin motivo y que uno no debía sentirse mal si no conseguía resolver el problema. Seguramente era un libro escrito para mujeres.

Como hombre que era, el llanto era para él un problema que había que solucionar. La primera vez que Liam había comenzado a llorar sin motivo, L.J. se había plantado delante de él y se había vuelto loco hasta que se había puesto a hacer muecas. Eso le había valido una gran recompensa: una sonrisa y una risilla encantadora que le habían sabido a triunfo, un triunfo tan importante como cuando había abierto su propio negocio.

Aunque eso era algo que jamás admitiría ante nadie.

Con un suspiro, consideró la idea de salir en busca de un café bien fuerte, pero algo le hizo cambiar de opinión. Un alarido procedente de la habitación contigua.

Liam.

L.J. no se detuvo a pensar. Se puso en pie de un salto y, un segundo después, estaba llamando a la puerta de Eden.

Ella tardó unos segundos en abrir y, cuando lo hizo, apareció con el niño en brazos, llorando y babeando en su hombro. Eden empezó a hablar antes incluso de haber podido ver quién era.

—Lo siento mucho. Sé que es muy tarde. Intentaré…

—No te disculpes y no abras la puerta a estas horas de la noche sin al menos preguntar quién es.

Eden abrió los ojos de par en par.

—L.J. —dijo con evidente alivio antes de asomarse a ver si había alguna otra puerta abierta en el pasillo. Lo agarró de la muñeca y tiró de él hacia el interior de la habitación antes de que saliera alguien.

La suite olía aún a gel de baño y colonia de bebé. Eden estaba descalza, vestida con un fino camisón de algodón que le llegaba por la mitad del muslo. Unos muslos firmes y suaves.

«Magníficas piernas».

Ahora ya sabía el aspecto que tenían de pantorrilla para arriba. Aunque más le valía apartar la imagen de su mente para siempre.

—Dios, no sabes cuánto me alegro de que seas tú.

Acompañó sus palabras de una sonrisa, pero sin dejar de acunar a Liam en sus brazos. El sutil aroma que siempre le hacía pensar en miel y galletas era esa noche algo más intenso.

—La mujer de la habitación de enfrente sufre de migrañas. Le he dado aceite de menta para que se frote las sienes, pero no creo que le haga nada con estos llantos. Tranquilo, mi amor —le susurró a su hijo—. Mamá está aquí. No pasa nada.

L.J. miró a Liam, que se aferraba al camisón de su madre. De pronto adivinó un pecho que parecía pintado por Botticelli.

Ésa era una imagen que no podría olvidar.

—Eden —se aclaró la garganta antes de volver a intentar hablar—. Eden, no importa quién creyeras que llamaba a la puerta, la mujer de la migraña…

—Pensé que sería su marido.

—¡Peor me lo pones! No abras sin preguntar quién es. No… —se corrigió a sí mismo—. ¡Simplemente no abras la puerta en mitad de la noche! —¿y si alguien llamaba a la puerta de su casa a medianoche?—. Necesitas un perro.

—No tengo tiempo para encargarme de un perro. No sería justo. Pero tienes razón, normalmente soy más prudente —volvió a sonreír hasta que el llanto de Liam aumentó de volumen.

L.J. no podía apartar la mirada de sus pechos.

Si él estuviera tan cerca de ella como lo estaba Liam, no se quejaría por nada.

—¿Qué le pasa? ¿Ha tenido una pesadilla?

—Creo que sí, pero no lo sé. Estaba durmiendo plácidamente y de pronto se puso a llorar. No está mojado ni tiene hambre. He intentado darle de mamar.

Eso era algo que prefería no imaginar.

—¿Puedo sostenerlo? —le preguntó sólo para defenderse de tal imagen.

Eden se lo dejó, pero con evidente sorpresa.

«¿Y ahora qué vas a hacer?» le dijo una vocecilla, pero si no conseguía calmar a Liam, al menos se calmaría a sí mismo. Levantó al bebé y lo miró a los ojos.

—Es tarde —le dijo—. De hombre a hombre, ésta no es manera de hacer amigos.

Liam respondió agitando los brazos y llorando aún más fuerte.

—A lo mejor debería… —comenzó a decir Eden, pero L.J. creía haber llegado a un acuerdo con el bebé y quería seguir intentándolo.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos? —le preguntó con la mirada clavada en sus ojos azules y llenos de lágrimas—. Si dejas dormir a tu madre, yo mismo te daré tu primera galleta Oreo en cuanto lleguemos a Portland.

—¡De eso nada!

—Calla. Está funcionando. O más o menos.

Eden se controló y dejó que L.J. siguiera con su técnica, que consistía en mirarlo a los ojos y seguir hablando con una voz tranquila y tan masculina que Eden pensó que sería más eficaz con las mujeres que con los niños. Pero lo cierto fue que el llanto de Liam no tardó en amainar y convertirse en hipo.

Llevaba días resistiéndose a los encantos de L.J., pero se alegraba de que Liam no hiciera lo mismo. Al ver que el niño se tranquilizaba, sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero.

«Liam no lo recordará, pero yo no podré olvidarlo nunca».

Esa semana le había visto tratar a su hijo como si fuera suyo. Los sentimientos que le provocaba L.J. le harían un verdadero lío si se descuidaba, por eso no pensaba pararse a analizarlos. Cuando acabara la semana no quería hacerse ningún tipo de preguntas.

Una vez en casa, no quería sentarse en la mecedora de casa por las noches y preguntarse si había tomado las decisiones adecuadas… no con respecto a tener a Liam, sino a su empeño de no darle un padre. Ver cómo un hombre agarraba a su hijo con sus fuertes manos le provocaba una extraña sensación en el corazón, un deseo que hacía que se preguntara si no estaría siendo injusta con la carne de su carne.

Su madre había permanecido soltera después de que su padre se fuera, hasta que había vuelto a casarse cuando ella tenía ocho años. Juntas habían disfrutado de dos, exactamente dos, años de felicidad familiar hasta que su padrastro se había ido también. A partir de entonces la enfermedad mental de su madre no había hecho más que empeorar y, sólo unos meses después de la marcha de su padrastro, Eden se había convertido en la madre y Gwen en la hija.

De los diez a los diecisiete años, Eden había cuidado de su madre y de sí misma. El recuerdo de aquellos «buenos años» al principio había sido un consuelo, pero había acabado convirtiéndose en un tormento. Quizá todo habría sido más fácil de no haber sabido lo que se estaba perdiendo.

Había tardado bastantes años en tener la certeza de que podría ser una buena madre, alguien que siempre estaría ahí cuando su hijo la necesitara. Había confiado en que podría crear su propia familia con la ayuda de sus amigos.

Pero ver a L.J. con Liam hacía que esa confianza se tambaleara. Hacía que deseara algo más…

Padre e hijo…

Hombre, mujer, hijo…

Hombre y mujer.

Cualquiera de esas combinaciones sería el paraíso si incluía a L.J..

Su voz la bañó, transmitiéndole la misma calma que había conseguido infundirle a Liam.

—Así, pequeño, tranquilo como el aire. Relájate, amigo. Para eso está la noche.

«Pero no sólo para eso».

—¿Estás listo para volver a la cama? —le susurró antes de volverse a mirar a Eden—. ¿Por qué no dejas encendida sólo la lamparita del escritorio? Creo que está a punto de quedarse dormido.

Increíble. «Si alguien me hubiera dicho la semana pasada que L.J. Logan conseguiría calmar a mi hijo en mitad de la noche, me habría muerto de la risa».

L.J. se acercó a la cama, donde Eden fue a relevarlo para terminar de dormir al pequeño. El cambio del niño de brazos a brazos fue sorprendentemente suave. «Como si lleváramos meses haciéndolo». Se sintió ligeramente cohibida al recostarse en la cama con Liam, pero no incómoda. Ni siquiera se molestó en pedirle a L.J. que se fuera. Habría sido absurdo a esas alturas.

De pronto le pasó por la cabeza que L.J. y ella habían creado juntos una comodidad que sólo se veía algo alterada por la atracción mutua que existía entre ambos.

Claro que él no parecía nada alterado. O estaba acostumbrado a cierto nivel de excitación o lo que ella le inspiraba no era tan fuerte.

Eden suspiró mientras esperaba que L.J. centrara su atención en otra cosa para colocarse a Liam en el pecho. Le había dado de mamar varias veces a lo largo de la semana, pero él no había vuelto a mirarla como lo había hecho la primera vez.

Con una corrección intachable, L.J. se acercó al escritorio y se puso a mirar los papeles de trabajo que ella había dejado encima.

Eden sintió que se le aceleraba el corazón. Inspirada por la mejor siesta que había disfrutado desde que era madre, había empezado a trabajar en la campaña de Children's Connection. Había llamado a la gente de la que le había hablado a L.J., había esbozado algunas ideas para la promoción. Lo cierto era que todo aquel trabajo le había resultado más complicado de lo que había sospechado y, al ver que L.J. lo miraba, tuvo miedo de que sus esfuerzos parecieran ridículos a los ojos de un profesional como él.

Movió los papeles, levantó un par de ellos. Los estudió detenidamente.

Liam no tardó en quedarse dormido, por lo que Eden pudo levantarse. L.J. se volvió a mirarla al oír que se acercaba.

—Veo que has estado trabajando en tu parte del trato.

—Es lo justo. Llamé a una amiga que trabaja en publicidad y me explicó cómo se hacen los *storyboards*, pero no sé si lo he hecho bien.

—En esta fase del trabajo, lo más importante es la idea y no tanto la ejecución.

Parecía estar dándole apoyo, pero lo hizo farfullando las palabras y sin levantar la mirada de los papeles.

—Estás pensando en utilizar a los clientes reales —por fin la miró.

—He pensado que podría funcionar hacer anuncios con entrevistas.

—Yo también lo había pensado, pero utilizando actores. Actores que parecieran gente de la calle —agregó rápidamente, seguramente para que no creyera que iba a cometer el error del primer anuncio—. Me parece arriesgado utilizar clientes que podrían tener motivos para seguir molestos con la clínica.

—Lo sé, pero… —titubeó unos segundos, preguntándose si no se habría excedido en su parte del trato—. La verdad es que ya he llamado a un par de ellos. Los diálogos que ves ahí están basados en las conversaciones que he tenido con ellos. Todos ellos serán sinceros, pero mostrando su apoyo. Creo que te sorprenderías.

L.J. se echó a reír y Eden no supo qué pensar.

—Después de esta semana, nada podría sorprenderme —volvió a mirar las páginas que tenía en la mano y luego a ella—. Parece que el trabajo que teníamos que hacer aquí está prácticamente terminado.

—Aún nos quedan tres días —le recordó Eden, algo desconcertada por tan brusco comentario.

Entonces apareció de nuevo la encantadora sonrisa de L.J., aunque parecía algo forzada.

—No necesitamos más tiempo. Parece que ya hemos resuelto el problema. Con su permiso, señora Carter, voy a mandar esto por fax a mi equipo y les diré que se pongan manos a la obra.

—¿Te gustan mis ideas?

—Desde luego se puede trabajar con ellas —dijo sin comprometerse, pero agarró unas cuantas hojas más y dejó otras—. Me llevo éstas para enviarlas, ¿te parece bien?

—Sí, claro.

—Será mejor que descanses un poco —echó un vistazo a la cama, donde Liam dormía profundamente—. Estoy seguro de que a Terrence y a Leslie les parecerá bien que te tomes el resto de la semana de descanso. Una vez cumplido con nuestro cometido, será mejor que yo vuelva mañana por la mañana.

Capítulo 10

L.J. había cambiado radicalmente en sólo unos minutos. Eden no comprendía cómo había pasado de don Maravilloso al ejecutivo agresivo que tenía delante en aquel momento.

Se fijó en que llevaba unos pantalones que perfectamente podían ser del pijama y una sencilla camiseta gris. Ella iba en camisón. Por tanto, aquellos modales de oficina estaban completamente fuera de lugar.

—Si te vas tú, me iré yo también —replicó obstinadamente—. No pienso quedarme aquí haciendo el vago mientras tú vuelves al trabajo.

—La definición de madre trabajadora es una madre que siempre está trabajando, ¿verdad? Así que no creo que nadie vaya a acusarte de estar haciendo el vago.

—¿Y por qué no te quedas a descansar tú también?

—Yo estoy en Oregón por trabajo, Eden. Vivo en Nueva York y paso las vacaciones en los Hamptons o en Martha's Vineyard, normalmente solo. Así es como me gusta descansar.

Eso sí que era dar un mazazo a alguien sólo para explicar lo que quería decir.

Toda la atracción que había sentido por él se convirtió de pronto en vergüenza. No podría haberla apartado más ni aunque le hubiera dado un manotazo.

Durante toda la semana, Ella había tenido mucho cuidado de no coquetear con él, de no mostrar su interés a pesar de que estaba bastante segura de que era correspondido. ¿Por qué ahora sentiría él la necesidad de distanciarse de ese modo?

—Sabes, doctor Jekyll —dijo, sin importarle si se daba cuenta de lo dolida que estaba—. Esta semana has llegado a gustarme mucho. Resultaba divertido estar contigo y te has tomado muchas molestias para que yo pudiera descansar. Además te has portado genial con Liam.

—Era parte del trabajo.

—¡Pues ahora estás siendo tan amable como un puercoespín! —y su último comentario no había hecho más que enfadarla un poco más—. No sé qué demonios te pasa…

«A lo mejor sólo teme que te hayas llevado una impresión equivocada y está intentando ser amable».

De todos modos, Eden dejó salir parte de la ira que sentía. Sólo parte.

Recordó las palabras de Liberty cuando la había acusado de carecer de habilidades interpersonales en lo que se refería a las relaciones con los hombres, pero sabía que si no decía nada y dejaba que L.J. se marchara así, la próxima vez que lo viera se vería invadida por el resentimiento. No podría evitar soltarle algún comentario hiriente, o simplemente tendría que huir de su presencia y de su mirada.

En cualquier caso, acabaría quitándole importancia a lo que había sucedido allí aquella semana.

Se habían hecho amigos y Eden había tenido la oportunidad de ver a su hijo encariñarse con una figura paterna.

«Tengo que conseguir otro para Liam», pensó. «Un amigo que pueda servirle de figura paterna». Era una lástima que no se pudieran encargar en una tienda de juguetes.

Mientras, tenía muchas cosas que decirle.

Miró a Lawrence Logan Junior a los ojos, respiró hondo y se lanzó al vacío.

—Puedes decirme, incluso decírtelo a ti mismo, que esta semana no ha sido para ti nada más que trabajo, pero nadie puede fingir tan bien. Te gusta Liam. Es evidente que tienes miedo de que nos encariñemos demasiado a ti o algo así y sé que has notado que me siento atraída por ti… sólo un poco. Verás, L.J., estás bien, pero tampoco eres John Corbett. Puedes quedarte tranquilo porque no quiero que seas mi marido ni el papá de Liam, así que no hace falta que te pongas tan distante. Podemos despedirnos amablemente.

—¿Quién es John Corbett?

No era ésa la respuesta que Eden esperaba, pero bueno.

—Es el actor de *Mi gran boda griega*. También canta *country* y sale con Bo Derek, una mujer de su edad. Increíblemente *sexy*.

—¿Y yo no soy tan atractivo como él?

Eden nunca había visto a John Corbett en persona, pero tenía la impresión de que, aunque era muy guapo, al lado de L.J. no lo parecería tanto.

Pero no fue eso lo que respondió.

—No. Lo siento.

—Ya —aparentemente, eso le hizo pensar—. Si John estuviera aquí, ¿qué haría ahora?

—Pues sería… más agradable.

Los ojos de L.J. parecían de pronto el cielo de la costa durante una tormenta cuando dio un paso hacia ella. O eso le dio la impresión porque de repente estaba más cerca.

—¿Más agradable?

De hecho estaba muy, muy cerca y la habitación parecía más pequeña y el aire más caliente. Eden ya no pudo concentrarse en estar ofendida.

L.J. le dio un segundo para rechazar el beso si quería hacerlo, un instante antes de ponerle la mano en la espalda y tirar de ella hacia sí.

Eden se sintió como si estuviera en lo alto de una montaña rusa, a punto de caer en picado hacia lo desconocido. En un momento así era imposible parar o dar

marcha atrás, por eso cuando L.J. bajó la cabeza, ella le echó los brazos al cuello y levantó la cara hacia él.

El roce de sus labios la lanzó definitivamente por aquella montaña rusa.

L.J., sin embargo, era el que llevaba el control.

La saboreó como si de una copa de vino se tratara. Cuando aumentó la presión de sus labios, ella se dejó llevar por el impulso de abrir la boca y se sumergió en la sensación que recorría su vientre. Una sensación tan increíble como había imaginado al fantasear sobre ello.

Entonces una de las manos de L.J. pasó de su espalda al pecho y Eden pensó, «Mejor. Mucho mejor que cualquier fantasía».

Parecía saber muy bien cómo tocarla, cómo acariciarle el pecho con la palma de la mano sin dejar de besarla.

Cuando sintió que su lengua se apoderaba de su boca, Eden tuvo dudas de si las rodillas podrían seguir sujetándola.

Aún con la situación bajo control, L.J. siguió moviéndose a su antojo y acariciándola con placer. Eden se dio cuenta de que él estaba disfrutando tanto como ella, dando rienda suelta a su deseo y gozando con sus cinco sentidos. En ese momento sintió su mano en el trasero y la excitación creció todavía más cuando él aprovechó esa mano para apretarla contra su cuerpo.

L.J. debió de darse cuenta de hasta dónde podía llegar antes de que ya no hubiera marcha atrás y, evidentemente, había llegado a ese punto.

Con una mezcla de frustración, lástima y el alivio que le daba su carácter realista, Eden dejó que se apartara de ella. Unos segundos después, cuando la cabeza dejó de darle vueltas, se fijó en que ambos tenían la respiración acelerada.

—¿Eso te parece lo bastante agradable? —le preguntó.

—Sí —Eden respiró hondo—. Pero me refería a que fueras amable.

Él se echó a reír.

—Lo sé.

Sus carcajadas se unieron, aunque no con demasiada fuerza para no despertar a Liam.

—¿Quieres hablar de lo que acaba de pasar? —quiso saber él una vez se hubieron calmado un poco.

—No, la verdad es que no.

—¿Quieres que salgamos alguna noche juntos cuando estemos en Portland?

Eden dejó que respondiera su corazón.

—Sí.

—Estupendo —parecía casi sorprendido. Pero también contento—. Busca una niñera.

* * *

Llevaban en Portland cuatro días cuando Eden volvió a ver a L.J..

Había convocado una reunión la junta directiva a la que podían asistir los trabajadores de Children's Connection que lo deseasen, más o menos la misma gente que había acudido a la primera. Eden consideró la idea de quedarse al margen y no repetir el caos que había ocasionado su presencia la vez anterior. Además, no había visto a L.J. desde «el beso» y no quería hacerlo por primera vez en público. Había tenido tiempo de pensar sobre la cita que se habían prometido y de estudiar todas las posibles consecuencias.

Una niñera no era lo único que necesitaba para dicha cita.

Llevaba siglos sin pensar en anticonceptivos. Su ginecóloga trabajaba en el mismo hospital en el que se encontraba Children's Connection, por lo que se encontraba a menudo con ella, pero, aunque pareciera algo infantil y ridículo, tenía la sensación de que en el momento que le preguntara sobre anticonceptivos, todos y cada uno de los trabajadores del hospital, incluyendo los de Children's Connection y los tíos de L.J., sabrían que estaba pensando en acostarse con él.

Así pues, prefería confirmar la cita antes de pensar en métodos anticonceptivos.

Otro de los motivos por los que había pensado buscarse algo que hacer en otra parte mientras se estuviese celebrando la reunión, pero entonces L.J. le había mandado una nota en la que le pedía que estuviera puntal, llevara más galletas y se sentara en la parte de delante de la sala.

Por supuesto, no mencionaba nada de que se le acelerara el pulso cada vez que pensaba en ella, pero Eden esperaba que fuera así. Desde luego era lo que le pasaba a ella.

Resultaba excitante, y también aterrador, sentir aquella atracción y tanta impaciencia, como si tuviera que asegurarse de que pasara algo entre ellos antes de que alguno de los dos cambiara de opinión.

«Yo no quiero cambiar de opinión», pensó. «Quiero saber qué ocurre cuando se siente un deseo tan fuerte».

Sentada ya en la parte de la sala de reuniones donde él le había pedido, Eden se dio cuenta de que nunca antes había sentido una atracción como aquélla, que además no surgía de su deseo juvenil de que alguien la sacara de su vida real y la llevara a un lugar en el que todos los días serían un paraíso lleno de amor. Como si eso existiera.

Antes de quedarse embarazada, había estado un año yendo a terapia dos días por semana para estar segura al cien por cien de que podría vivir libre de los temores del pasado. Y de las fantasías.

L.J. Logan no era su caballero andante.

Era un placer que disfrutaría como una especie de recompensa.

Cuando por fin apareció él en la sala, habían volado casi la mitad de las galletas y los asistentes estaban impacientes, pero relajados.

Todos levantaron la mirada hacia él y lo siguieron con la vista hasta que llegó al frente de la sala. Sin embargo, Eden tenía la certeza de que a ninguno de ellos les latía el corazón con tanta fuerza como a ella, una fuerza que aumentó aún más cuando L.J. la miró.

Buscó un mensaje oculto en el modo de saludarla con un simple movimiento de cabeza, algo que lo diferenciara de cómo había saludado a los demás. Tuvo que admitir que había sido exactamente igual que los demás.

Sin embargo, cuando lo sintió cerca, sus cinco sentidos despertaron de golpe. Como de costumbre, le encantó ver la seguridad con la que se movía, sentir el aroma que la volvía loca y escuchar el timbre de su voz.

Quizá fuera ridículo, pero le gustó que lo primero que dijera fuera sobre ella.

—Me alegra ver que volvemos a disfrutar de las deliciosas galletas de la señora Carter —tenía una sonrisa tan llena de encanto y de bondad que Eden tuvo la certeza de que los asistentes aceptarían cualquier plan que les propusiese, sobre todo si ella mantenía la boca cerrada—. Espero que me dejen alguna —añadió con picardía—. Parece que el talento de la señora Carter no se limita a la repostería ni a ser una estupenda *doula* —continuó diciendo—. También tiene una habilidad especial para la publicidad.

Aquél no era el discurso que Eden esperaba, por lo que no pudo evitar levantar la mirada con sorpresa. Terrence y Leslie la miraron con una enorme sonrisa en los labios.

—La última vez que nos reunimos aquí, la señora Carter sugirió que la campaña que habíamos preparado mi equipo y yo carecía de realismo. En su opinión, debíamos ser sinceros con los clientes de Children's Connection si queríamos que volvieran a confiar en el centro. Yo no estaba de acuerdo.

L.J. hablaba con agradable tranquilidad, pero Eden empezaba a preguntarse adonde quería llegar con todo eso. Echó un rápido vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que las miradas de la audiencia se dividían entre ella y él. No le gustaba nada ser el centro de atención y no le gustaba no saber qué iba a pasar.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por las ganas de excusarse con los presentes y salir corriendo.

—Pero no quiero extenderme más —estaba diciendo L.J.—. Me gustaría enseñarles los *storyboards* de un nuevo anuncio. En realidad de una serie de anuncios que compondrían la nueva campaña.

Frente a ellos extendió un enorme cartel en el que había dibujada una cuadrícula que ilustraba las escenas de un *spot* publicitario.

—He estado varios días revisando el formato —explicó L.J.—. Pensé que, en lugar de las atractivas imágenes una madre y su hijo, podríamos mostrar entrevistas con estilo de documental en las que podríamos hacer a los entrevistados las mismas preguntas que se hace el público. Quería hacer ver a la gente que, incluso en los momentos de crisis, la clínica ha seguido trabajando con el objetivo de crear familias

felices. Como cualquier familia, tenemos nuestros problemas, pero nos esforzamos por resolverlos.

Los asistentes primero lo miraron con sorpresa, pero enseguida comenzaron a asentir. Eden vio a Leslie agarrar la mano de Terrence y se fijó en que en el rostro del tío de L.J. había una expresión sombría, pero no tuvo tiempo de preguntarse el motivo porque L.J. seguía hablando:

—Mi intención era hacerlo utilizando actores profesionales que pudieran transmitir esos sentimientos. Una vez más, la señora Carter no estuvo de acuerdo conmigo.

Todas las miradas se centraron entonces en Eden, que deseó defenderse y explicar que en ningún momento había dicho nada sobre el nuevo anuncio. Recordó cómo se había distanciado L.J. después de ver las ideas en las que ella había estado trabajando. ¿Acaso iba a castigarla públicamente por haber intervenido en su campaña?

¿Sería capaz de algo así el hombre que protagonizaba sus sueños más eróticos? La mera posibilidad de que fuera así le heló la sangre.

—Eden —L.J. pasó a referirse a ella por su nombre—… tuvo la iniciativa de hablar con algunos clientes de la clínica, pero no como *doula*, sino publicista. Basándose en las respuestas de un cuestionario que ella misma había ideado, creó su propio *storyboard*.

Por primera vez desde que había empezado con la exposición, miró a Eden, pero en sus ojos seguía habiendo una expresión puramente profesional.

—He de confesar que nada más ver sus ideas me sentí desconcertado. Había utilizado el mismo concepto que yo, dar respuesta a las preguntas más difíciles y dejar que el público supiera cómo es realmente Children's Connection. Pero, afortunadamente para todos, Eden fue un paso más allá. Elaboró un espacio publicitario en el que no sólo había preguntas reales, sino que las respuestas las daban personas reales; clientes de Children's Connection. Ellos son los entrevistados, en lugar de dar el texto a unos actores que lo lean de manera convincente. Ellos podrán hablar sinceramente de diversos temas, incluidos aquéllos que están afectando a la opinión pública. Hablamos de anuncios de entre treinta y sesenta segundos de duración gracias a los cuales podremos llegar al público.

Después se giró hacia los *storyboards* que tenía detrás y fue explicando con todo detalle cómo sería el anuncio ideado por Eden. Su equipo de Nueva York había incluido el diálogo que sin duda L.J. había sacado de alguna conversación con algunos de los posibles contactos que ella le había dado.

También había utilizado su cuestionario.

Había dejado a un lado su ego y no había tenido reparo en utilizar las ideas de otra persona, que además no era una profesional.

Sus ideas.

Mientras explicaba las diferentes cuadrículas que componían el *storyboard*, empezaron a verse sonrisas de aprobación en la sala y el ambiente se fue relajando.

Al final de la exposición, los presentes felicitaron a Eden con la misma efusividad que a L.J..

Él se aseguró de que todo el mundo reconociera el esfuerzo de su «compañera», pero se esforzó en no mostrarlo él de una manera demasiado personal.

O al menos Eden esperaba que le supusiera un esfuerzo. Por su parte, ella apenas pudo esperar a que casi todo el mundo se hubiera ido para acercarse a él porque no podía pensar en otra cosa que en el hombre que todavía no le había dicho ni una palabra.

Era un hombre íntegro y lo bastante humilde como para aprender de alguien y reconocerlo ante los demás.

Tenía sentido del humor, se portaba muy bien con Liam, besaba como un verdadero maestro y, si pudiera embotellar sus feromonas y olerlas de vez en cuando, Eden estaba segura de que pasaría el resto de su vida excitada.

Por el momento lo único que sabía era que iba a tener un romance con L.J. Logan.

Lo sabía con la misma certeza con la que sabía que sería algo de duración e intensidad limitadas porque ninguno de los dos se comprometería emocionalmente.

L.J. siempre se guardaba algo para sí; jamás bajaba la guardia del todo. Pero a Eden no le importaba porque tampoco ella iba a bajar la suya.

Esa costumbre de L.J. de mantenerse a cierta distancia le recordaría en todo momento que aquella aventura era temporal, un recuerdo que rememoraría en los años venideros.

No habló con él hasta que se acercó, acompañado de Terrence y Leslie.

—Eden, no sabemos cómo darte las gracias por participar en nuestro experimento —le dijo Terrence—. Espero que la estancia en la playa fuera tan placentera para ti como beneficiosa para el negocio.

Eden miró a L.J.. Seguía llevando puesta la máscara de profesional.

—Desde luego que lo fue —respondió dirigiéndose a Terrence con una sonrisa—. De hecho, a mitad de semana hubo un momento en que olvidé por completo que estábamos trabajando.

Volvió a mirar rápidamente a aquellos ojos azules y esa vez los encontró llenos de chispas. «Eso está mejor».

—He convencido a estos dos caballeros para ir a tomar un café a un sitio nuevo —dijo Leslie—. Se supone que está muy bien. ¿Podría convencerte a ti de que vengas con nosotros?

—Gracias, pero tengo que ir a buscar a Liam y volver a casa. Esta noche tengo una cita —confesó—. Es la primera desde hace siglos y quiero arreglarme con tiempo. Mi acompañante pasará a buscarme a las seis —entonces miró a L.J. a los ojos—. En punto.

Capítulo 11

A eso de las cinco y media, Edén estaba convencida de que L.J. no había comprendido que él era su cita.

Se había puesto una falda color melocotón, un *top* sin mangas y unas sandalias que se ataban al tobillo. En realidad no hacía el calor suficiente para tal indumentaria, pero su termostato corporal estaba por las nubes.

Liberty había salido a hacer la compra con Liam, pues se había ofrecido a quedarse con él en el mismo instante en que Eden le había confesado que había cometido la locura de sugerirle aquella cita a L.J.. Su generosa compañera de piso le había dicho que volviera a la hora que quisiera y no se preocupara por nada.

Mientras esperaba a L.J., Eden no podía dejar de caminar frente a la ventana, mordiéndose los labios y preguntándose si habría captado su mensaje o habría cambiado de opinión respecto a salir con ella.

Estaba en el baño reponiendo el brillo de labios que se había comido cuando por fin sonó el timbre de la puerta.

El pintalabios se le cayó de las manos y tuvo que recogerlo del suelo antes de salir corriendo hacia el salón, donde se detuvo a respirar hondo antes de abrir. Pero antes echó un vistazo por la mirilla.

Allí estaba su superhéroe.

Por fin le abrió la puerta a L.J., posiblemente el primer y único hombre con el que había querido hacer el amor sin hacerse ningún tipo de fantasías sobre el futuro.

Vestido con un impecable traje azul y el pelo aún mojado después de una ducha que, sin duda, debía de haber sido rápida, parecía algo serio.

Eden suponía que su deber como anfitriona e instigadora de aquella cita era decir algo, pero estaba demasiado nerviosa como para encontrar las palabras necesarias para hacerlo.

Así que fue él el que habló.

—Estás guapísima. Espero haberte entendido bien porque como aparezca otro tipo, voy a tener que echarlo de una patada.

Eden había reservado una mesa en un restaurante del centro cercano al apartamento de L.J., pero llamaron por teléfono para cancelar la reserva.

Sólo de pasada, se recordó a sí misma que ya antes se había apresurado en irse a la cama con alguien y había acabado con el corazón roto, pero no sirvió para que se resistiera a L.J..

Habían decidido salir juntos para hacer el amor. Ambos los sabían. Ninguno de los dos tenía hambre y salir a cenar antes para aumentar su impaciencia habría sido como echar un vaso de agua al océano Pacífico: algo del todo innecesario.

Evitaron rozarse siquiera mientras estuvieron en el coche, también al entrar en el edificio y subir al ascensor, pero cuando se abrieron las puertas, L.J. le puso la mano en la espalda para dejar que saliera antes. No fue necesario nada más.

Un segundo después sus bocas estaban fundidas en un apasionado beso y las puertas del ascensor aún no se habían cerrado.

Para Eden fue como volver a casa después de un largo camino. Con el primer roce de sus labios tuvo la sensación de que él era el blanco en el que llevaba intentando acertar desde que había descubierto a los chicos.

Liberty aseguraba que el sexo era mucho mejor cuando no se esperaba una relación duradera. Quizá tuviera razón. Mientras L.J. movía los labios y las manos con audacia, directos al grano, Eden supo que nunca… jamás había sentido algo así, una excitación que llenaba su cuerpo por completo.

En la adolescencia y en la juventud, ni siquiera cuando la necesidad de sentirse protegida había hecho que buscara alguien con quien estar, Eden jamás había ansiado hacer el amor. Se había dado cuenta de que podía sentirse igual de sola después de un acto tan íntimo como antes de hacerlo. El resultado de acostarse con alguien con la esperanza de recibir un poco de cariño y promesas que jamás se cumplirían era siempre la decepción.

L.J. no le ofrecía promesa alguna y ella no se las pedía. Él quería hacer el amor tanto como cualquiera de los hombres que Eden había conocido en su vida, pero L.J. la deseaba a ella… no sólo el sexo. La palpable intensidad de ese deseo despertaba en ella una imprudencia y una curiosidad por saber cómo sería estar con él que no había sentido en su vida.

Se separaron sólo lo necesario para poder llegar hasta el apartamento y L.J. se echó a reír al ver que Eden se tambaleaba como si las piernas no le respondieran. Tampoco su mente estaba muy despejada porque en cuanto estuvieron en el dormitorio, no habría sabido decir cómo era el salón o cómo habían llegado hasta allí.

Cuanto más se acercaban a la cama, más vueltas le daba la cabeza.

Después de lamentar no haber hablado con su ginecóloga sobre los anticonceptivos, había decidido comprar una caja de preservativos, pero ahora no sabía si decírselo a L.J. o simplemente darle uno.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que L.J. ya había comenzado a quitarse la ropa. Ella hizo lo mismo, pero acabaron quitándosela el uno al otro. Se desnudaron con la velocidad con la que lo habrían hecho dos niños que quisieran bañarse desnudos en un río. La diferencia era que L.J. no se parecía en nada a un niño. Ni se comportaba como tal.

Acarició los pechos de Eden con la lengua y se arrodilló junto a ella para liberarla de la única prenda que le quedaba puesta… después la besó tan íntimamente… que la dejó sin aliento. Quizá su primera intención fuera acariciarla

sólo un momento como parte del juego, pero a Eden se le escapó un gemido de placer que debió de impulsarlo a quedarse donde estaba, a agarrarla de las caderas y obrar un verdadero milagro con su boca hasta que Eden se encontró al borde de un precipicio, sin otro lugar al que ir excepto al vacío.

Se quedó boquiabierta tanto por el placer como por la sorpresa de experimentarlo. No era el primer hombre que exploraba su cuerpo tan íntimamente, pero ninguno antes había hecho que se sintiera lo bastante cómoda para perder el control y dejarse llevar. L.J. era increíble. Sencillamente increíble.

Y aún no había terminado. Ni mucho menos.

Se puso en pie y, sin esperar un momento, la levantó en brazos y la llevó a la cama, donde se tumbó sobre ella y la miró a los ojos.

—No puedo parar —le advirtió con una voz tan tensa como su cuerpo.

Eden aún no había recuperado el aliento suficiente para responder con palabras, por lo que se limitó a asentir, dándole la aprobación que él buscaba, tras lo cual L.J. le separó las piernas suavemente. Volvió a mirarla unos segundos, como si estuviera preguntándose qué le costaba controlarse un poco, pero el precio debía de ser demasiado alto. Ella levantó las piernas y las caderas, apremiándolo para que diera el siguiente paso… él obedeció. Se sumergió en ella y los arrastró a ambos a la locura, al paraíso.

L.J. se debatía entre la rabia y la euforia. Acababa de disfrutar, sin el menor género de dudas, del mejor encuentro sexual de su vida y creía que Eden también lo había pasado bien, pero se había comportado como un adolescente desaforado. Por el amor de Dios, tenía treinta y siete años y la experiencia suficiente como para saber cómo comportarse. Sin embargo no lo había demostrado.

Se preguntó si, bajo las sábanas de una cama que aún sería suya durante el resto del mes, Eden estaría deseando darle un tortazo. No la había dejado cenar, la había llevado a su apartamento y había saltado sobre ella como un animal en celo.

¿Por qué lo habría aguantado?

Se volvió hacia ella y observó a la mujer que descansaba a su lado, tapada hasta los hombros con la sábana.

—Puedes mandarme a paseo.

Ella enarcó las cejas.

—Vete a paseo.

L.J. sintió que se le encogía el estómago. ¿Qué iba a hacer ahora? Aún se lo estaba preguntando, cuando Eden se volvió a mirarlo de frente, iluminada únicamente por la suave luz de la lamparita de noche.

—¿Y se puede saber por qué tengo que mandarte a paseo exactamente? Quiero decir, no me importa hacer lo que me pidas después de todo lo que has hecho tú por

mí, pero me parece un poco grosero decirle algo así al hombre que acaba de regalarme un fabuloso encuentro sexual.

L.J. se incorporó en la cama de un salto, sin importarle si la sábana que hasta ese momento le llegaba a las caderas se le bajaba un poco más.

—¿Te ha parecido fabuloso?

Eden apretó los labios, aún enrojecidos por los besos, y consideró la respuesta.

—Está bien, puede que la palabra no sea lo suficientemente descriptiva. Ha sido increíble, una locura… El tipo de encuentro del que una desea alardear con sus amigas… Ay, Dios —se incorporó a su lado, pero ella sí se ocupó de taparse con la sábana—. No me lo digas. A ti no te ha parecido fabuloso y ahora me voy a morir de vergüenza mientras encuentro una manera discreta de ponerme la ropa y salir de aquí sin cenar y sin que parezca que estoy destrozada.

L.J. le pasó la mano por aquella melena tan densa y tan rubia que le recordaba a los helados de vainilla que tanto le habían gustado de niño. «El pelo siempre tendría que ser de este color», decidió en ese momento.

—Claro que me ha parecido fabuloso y no quiero que te marches sin cenar.

Tiró de ella hacia sí y la besó en los labios suavemente. Su boca era más deliciosa que nada que pudieran encontrar para cenar. Tuvo cuidado de besarla despacio, con delicadeza, utilizando el autocontrol que antes le había fallado. Ella merecía…

Sintió un hormigueo en el estómago.

… lo mejor.

Siguió besándola en el cuello, en la clavícula, sin acercarse a ninguna zona remotamente sexual.

—Pero sobre todo, no quiero que te pongas la ropa —le dijo, acompañando cada palabra de un tierno beso—. No quiero que vayas a ninguna parte. Todavía no.

Comenzó a acariciarle la espalda y pudo sentir el escalofrío que estremeció su piel, vio cómo se le ponía el vello de punta.

—Dame la oportunidad de hacer bien las cosas —murmuró.

—¿Es que no fue bien la primera vez?

—Quiero hacerlo perfectamente bien —recorrió su brazo con la yema de los dedos—. A menos que tengas mucha hambre y quieras cenar. Hemos perdido la reserva, pero ¿hay algún otro restaurante al que quieras ir?

Eden abrió la boca con deleite al sentir su lengua en el cuello.

—*Pizza* —dijo casi sin aliento.

L.J. levantó la cabeza para mirarla.

—¿*Pizza*? Voy a llevarte a algún sitio donde sirvan caviar, champán y trufas de chocolate blanco.

—*Pizza* —repitió al tiempo que sumergía los dedos en su pelo para tirar de él hacia sí.

Pero L.J. se resistió y la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué te parece si vamos a Higgins? Siempre tienen muy buen marisco.

Como él se negaba a acercarse, fue ella la que se alzó y comenzó a darle besos en los labios mientras repetía entre uno y otro:

—*Pizza… pizza… pizza*.

—Eden…

En un rápido movimiento que lo tomó por sorpresa, Eden lo hizo rodar por el colchón y se puso a horcajadas sobre él. Entonces sonrió y lo besó una vez más.

—*Pizza*. Hacen entrega a domicilio.

—Cuando hablaste de almorzar, me imaginé una tortilla de tres huevos y tostadas, no un sándwich de ensalada —protestó Ryan Logan ante su hermano mayor, Jake.

—Desde luego, esto es una m… —apuntó Scott Logan mirando el sándwich de máquina que se estaba comiendo con total desgana.

—¡Ya está bien! —los reprendió Jake, mirando de reojo a sus hermanos pequeños.

L.J. miró a Max, el niño de dos años que su hermano iba a adoptar junto a su hermana melliza.

—Lo oyen todo —advirtió Jake—. Sobre todo cuando uno está seguro de que no están escuchando —miró al niño y a la niña que ya consideraba sus hijos—. Lo que quería decir el tío Scott es que está deseando ir con nosotros a pintarse la cara. ¿Quién quiere ser el primero en dibujarle algo en la cara?

—Yo —se apresuró a decir Ryan.

Scott, en opinión de L.J., el más serio de sus tres hermanos, lanzó una mirada de furia a Ryan y luego se dirigió a Jake.

—Creo que paso de lo de la pintura, gracias.

—De eso nada —protestó Ryan—. Yo he tenido que jugar a que íbamos al supermercado.

L.J. recordó las risas de los mellizos mientras llenaban sus cestas de juguete con productos de plástico y Ryan hacía de cajero. No pudo evitar imaginarse a sí mismo jugando algún día con Liam.

No se había parado a pensar en ello cuando Jake había sugerido que se reunieran en el Museo Infantil de Portland. Desde su boda con Stacey Handley, Jake

había aceptado a sus hijos como suyos y se había convertido en todo un padrazo. Aquel día se había quedado con los mellizos para que Stacey pudiese descansar.

Igual que había hecho él con Eden, pensó L.J.. La diferencia era que ellos no estaban casados, ni siquiera eran novios, sólo serían un recuerdo muy agradable el uno para el otro. Nada más. Jake, sin embargo, llevaba enamorado de Stacey desde el instituto. Y ella de él.

La cita del viernes había sido todo lo que ella había dicho… increíble, fabulosa, el tipo de noche del que uno quería alardear. Ella se había referido al sexo, pero L.J. pensaba que había habido otros factores que la habían convertido en una experiencia estelar.

Nunca se había sentido tan… cerca de nadie en toda su vida.

Tumbados en la cama y luego mientras comían *pizza* en el sofá, Eden le había contado su sueño de vivir cerca de alguna ciudad, pero en un lugar en el que Liam pudiera correr por el campo y ver el cambio de las estaciones… y L.J. se había imaginado a sí mismo como parte de ese sueño.

No había sido algo intencionado, por supuesto. Él siempre había sido un hombre que vivía en el presente, especialmente en lo relativo a las relaciones sentimentales, y siempre se había imaginado viviendo en el corazón de una gran ciudad.

Pero Eden había abierto la puerta a un futuro completamente diferente, un futuro imaginado en una cama de matrimonio por dos personas que entrelazaban sus manos y miraban al techo como si allí pudieran ver dibujado el mapa de sus sueños.

Eso le asustaba, aunque no tanto como debería haberlo hecho. No lo suficiente para hacer que saliera corriendo.

El sábado por la mañana se había despertado sin ella a su lado, pues la había llevado a su casa la noche anterior. Siempre había estado con mujeres con vidas muy ajetreadas, por lo que no debería haberle sorprendido que Eden le dijera que ya tenía planes para el fin de semana. Él también tenía mucho que hacer. Sin embargo, el sábado por la mañana se había despertado con ganas de preparar gofres.

¡Gofres, por el amor de Dios!

—¿Qué demonios te pasa? —Ryan se fijó en que su hermano estaba frunciendo el ceño—. Pareces molesto. Mira que te advertí que no eligieras el de carne asada, tiene un color muy raro. ¿Quieres que te cambie una mitad por una mitad del mío?

Scott respondió en nombre de L.J..

—¿Por qué lo quieres si tiene un color tan raro?

Ryan se llevó una mano al corazón en un gesto cómicamente dramático.

—Es mi hermano. Estoy dispuesto a sacrificarme por él.

—De eso nada —aseguró Scott—. Sólo estás intentando probar todos los sándwiches, igual que hacías cuando estábamos en el colegio.

—Es que estoy creciendo y necesito alimentarme.

Jake, el médico de la familia, se echó a reír.

—Sí que vas a crecer si sigues comiendo tanto dulce —le dijo señalando la enorme variedad de galletas que había comprado junto con el sándwich—. Eres una mala influencia para mis hijos.

Justo en ese momento apareció la pequeña Elle y, levantando los bracitos, le pidió a Jake que la agarrara. Él, por supuesto, no pudo resistirse. L.J. jamás había visto a su hermano sonreír de ese modo.

¿Por qué algo tan sencillo le provocaba esa sensación de presión en el pecho? La pequeña se acurrucó en el pecho de Jake mientras su hermanito daba cuenta de un sándwich de mantequilla de cacahuete. L.J. se fijó en que Ryan se había apartado del pequeño por miedo a que le manchara la ropa, sin embargo a él le fascinaba la concentración con la que se comía aquel manjar. Podía imaginarse a Liam haciendo lo mismo dentro de un par de años.

Ahí estaba otra vez la presión del pecho.

—No es fácil cuidar a un niño, ¿verdad? —le preguntó a Jake, a quien pareció sorprenderle la intensidad de la pregunta—. Quiero decir que es una gran responsabilidad, ¿no? —explicó L.J.—. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana… es mucho trabajo.

Jake lo miró como si de un extraterrestre se tratara.

—La comida, por ejemplo —insistió L.J.—. ¿Cómo se hace para educar a los niños para que coman bien? ¿Sabías que nunca había habido tantos niños obesos en Estados Unidos como los que hay ahora? Se pasan el día viendo vídeos y jugando con el ordenador en lugar de hacer ejercicio. La diabetes infantil es prácticamente una epidemia —empezó a sudar al enumerar todos aquellos datos tan alarmantes.

Scott y Ryan miraron a su hermano mayor como si le hubieran salido antenas.

L.J. tomó un sorbo de agua. Muy bien, la noche anterior había vuelto a conectarse a Internet. Pero era cierto que tener hijos era el trabajo más duro del mundo. Jake era el único que tenía cierta experiencia en el tema porque, a pesar de ser hijos del padre más entregado del mundo, los hermanos Logan seguían libres y sin compromisos a sus treinta y tantos años.

Bueno, Scott tenía sólo treinta, una edad a la que aún era normal seguir soltero y sin hijos. Ryan, sin embargo, tenía treinta y seis. Jake había aguantado hasta los treinta y cinco y él…

Se llevó la mano a los ojos y se apretó los párpados. Con sus treinta y siete años, L.J. era el peor de todos… cerca ya de los cuarenta y nunca se había comprometido con ninguna mujer y mucho menos había considerado la idea de tener hijos.

Siempre había creído que la decisión de seguir soltero era tan respetable como cualquier otra. ¿Por qué entonces de pronto hacía que se sintiese insignificante y superficial? Miró a los mellizos y sintió ganas de hacerle mil preguntas a Jake. Deseó preguntarle si alguna vez le preocupaba que fueran hijos de otro hombre.

Después vio a su hermano besándole la cabecita a Elle y tuvo la total certeza de que Jake jamás haría la menor diferencia entre los mellizos y un hijo que fuera suyo biológicamente. Jake quería a Stacey y los niños eran suyos, por tanto los quería también con todo su corazón.

—¿Estás bien? —le preguntó Scott—. L.J., ¿qué te pasa, hermano? ¿Te duele la cabeza o es que estás en trance?

—L.J. sólo entraría en trance viendo jugar a los Blazers —bromeó Ryan—. Seguro que tiene migraña. Jake, dale un analgésico.

Jake levantó la cabeza y, después de mirar a L.J. a los ojos, sonrió.

—Está distraído y hace preguntas sobre niños… Está perfectamente. Simplemente está enamorado.

Más que verlo, L.J. sintió como los ojos de Ryan y de Scott se clavaban en él. Como si lo hubieran sorprendido escondiendo fotos de Heather Locklear debajo del colchón, a L.J. le empezó a arder la cara.

—Madre mía. Es cierto —confirmó Jake al ver su reacción—. Sé muy bien lo que sientes —le dijo con voz más suave y comprensiva—. ¿Vas a contárnoslo?

L.J. siempre había mantenido sus asuntos privados… en privado, pero lo cierto era que necesitaba hablar. Habría preferido esperar a que Jake estuviese solo, pero eso podría llevarle varios días y no podría aguantar tanto tiempo con el nudo que tenía en la boca del estómago.

Como no sabía por dónde empezar, lo hizo de golpe.

—Anoche me acosté con una mujer y cuando me he despertado esta mañana me apetecía preparar gofres.

Ryan y Scott intercambiaron una mirada de perplejidad.

—Los gofres están muy ricos —comentó Scott.

—Sobre todo los belgas —convino Ryan.

—¡Quería preparárselos a ella! —exclamó L.J. casi gritando, como si eso explicase su dilema—. Llevo toda la mañana pensando en ella.

—¿Mientras estabas con nosotros? —preguntó Scott en tono acusador.

—Sí.

—Eso no está bien —aseguró Ryan.

—Nada bien —añadió Scott.

—A ver, par de tontos, ¿por qué no contáis las galletas de chocolate mientras Jake y yo mantenemos una conversación de adultos?

L.J. se dirigió a Jake, un médico respetado, un hombre que había viajado por el mundo y había descubierto que su futuro estaba en su ciudad natal, y habló con total sinceridad.

—Ayúdame, por favor, porque me estoy volviendo loco. Esto es exactamente lo que yo no quería en mi vida y sin embargo ahora tengo la sensación de no poder vivir sin ello. El problema es que tiene un hijo, ¿y si luego resulta que para mí es algo pasajero? No quiero hacerle daño —hizo una pausa y sintió que le ardía el estómago—. Me odiaría a mí mismo si hiciera sufrir a Liam, así es como se llama su hijo —movió la cabeza con frustración—. Sé que es sólo un bebé, pero tendrías que verlo; tiene mucha personalidad y un sentido del humor impresionante. Y Eden, ése es su nombre, Eden es… —se le había acelerado el corazón. Quizá estaba sufriendo un ataque de pánico, o un infarto—. Es inteligente, comprensiva… También es guapísima, pero cuando la conoces te das cuenta de que es mucho más que eso.

Scott y Ryan habían dejado de bromear y lo miraban con la boca y los ojos abiertos de par en par. Jake sonrió tiernamente, sin duda se sentía identificado con su hermano.

—Es como ver el mar por primera vez, ¿verdad? —le preguntó abrazando a Elle con fuerza—. Hermoso. Aterrador. Y completamente incontrolable —le ofreció una sonrisa con la que sin duda pretendía transmitirle tranquilidad y confianza—. No tengas miedo de lanzarte, el agua es genial.

Capítulo 12

El lunes por la mañana, Eden dejó a Liam en la guardería y después hizo tres visitas a domicilio antes de volver a la clínica. Tener pacientes a los que atender era una auténtica bendición, excepto una mujer, una futura madre de cuarenta y dos años que había estado casi diez años intentando quedarse embarazada. Ahora que por fin lo había conseguido, su marido y ella estaban entusiasmados, pero también muy nerviosos. El marido programaba su trabajo de manera que le permitiera estar presente durante las visitas de Eden y así poder darle todo el apoyo del mundo a su mujer.

Normalmente a Eden le encantaba trabajar con la compenetrada pareja, sin embargo, aquel día, cuando el marido le había tomado la mano a su mujer y le había pedido a Eden algo que le aliviara las náuseas porque ella era demasiado buena para quejarse, Eden se había puesto a sudar de una manera incomprensible. Había sido tan evidente, que tanto marido como mujer le habían ofrecido encender el aire acondicionado o llamar a una ambulancia.

Después de asegurar que estaba bien, que simplemente debía de haberle sentado mal el desayuno, Eden había hecho todo lo posible para escapar de allí lo antes posible.

Había pasado todo el fin de semana con Liam, acurrucada en la cama viendo vídeos infantiles y comiendo galletas orgánicas que aliviaban el dolor de las encías de los bebés. El sábado por la noche, L.J. había empezado a llamar y a dejar mensajes en el contestador.

El viernes por la noche cuando la había llevado a casa, Eden había sabido que no podría verlo durante el fin de semana. Después de hacer el amor dos veces, habían cenado *pizza* en el salón. L.J. le había hablado un poco de lo que era crecer con tantos hermanos; le había contado que su familia pedía cuatro *pizzas* en lugar de una, que sus hermanos y él solían agitar los refrescos antes de abrirlos y que una vez habían puesto un gusano muerto en una porción de *pizza* y le habían dicho a una niñera que nos les caía bien que era una anchoa. La muchacha había dado un mordisco al gusano y había dejado el trabajo aquella misma noche.

Al final de la noche, Eden quería conocer a sus padres y a todos sus hermanos. Ya conocía a Jake, pues estaba casado con Stacey Handley Logan, una trabajadora social de la clínica. Eden no lo conocía demasiado, pero desde el viernes por la noche, su imaginación no había dejado de volar, evocando en su mente divertidas reuniones familiares.

Le daba miedo descubrir que su fachada de mujer moderna a independiente que abogaba por las madres solteras era en realidad un fraude. Por eso había sabido que no podría volver a ver a L.J. hasta que ordenase un poco sus pensamientos. Le dijo que el sábado durante el día estaría ocupada, por la noche no hizo caso de sus llamadas y el domingo pasó el día en la isla de Zabulle viendo flores y verduras orgánicas para no tener que escuchar los mensajes del contestador.

Liberty creía que estaba exagerando, pero dado que ella siempre tenía mucho cuidado de guardar las distancias en sus relaciones, accedió a no responder al teléfono si llamaba L.J.. Eden había conseguido de esa forma pasar todo el fin de semana sin hablar con él con la esperanza de que eso le diera un poco de perspectiva sobre lo ocurrido.

Se dijo a sí misma una y otra vez que L.J. y ella no habían hecho el amor, había sido sólo sexo. Que no la llamaba porque quisiera pasar el día con ella; no tenía interés en compartir su vida con ella, lo que ocurría era que el mencionado encuentro sexual había sido placentero y él era un hombre, por lo que era lógico que quisiera volver a verla. Pero cuando volviera a Nueva York, la sustituiría por una mujer nueva, o quizá por alguna que ya conocía.

Al sentarse en su despacho el lunes por la mañana se dio cuenta de que no podía seguir dándole vueltas a todo aquello y se alegró mucho de haber comprado los preservativos porque…

¡Dios!

Los preservativos.

Había comprado aquella caja porque había creído que debía estar preparada al margen de que él lo estuviera también.

Una decisión madura y responsable.

Lástima que después hubiera olvidado por completo dar el siguiente paso y utilizar los preservativos. L.J. tampoco había dicho ni palabra al respecto; seguramente había dado por hecho que, trabajando en lo que trabajaba, ella lo tendría todo bajo control.

Definitivamente, había hecho bien en alejarse de L.J. durante el fin de semana y seguir adelante con su vida de madre soltera porque la atracción que sentía por él la dejaba atontada. El viernes por la noche había habido un momento en el que L.J. la había abrazado por la espalda y se había apretado a ella al tiempo que suspiraba como si el cariño le resultara tan satisfactorio como el sexo. No era de extrañar que se hubiera olvidado de los preservativos. Cuando estaba entre sus brazos se olvidaba de todo. Los muros defensivos que durante los últimos años la habían protegido de que le rompieran el corazón empezaban a derrumbarse.

Después de dos días alejada de la tentación, se daba cuenta de que había cometido un peligroso error al poner fin a su abstinencia en las relaciones.

Tenía que dejar de pensar en él.

Cinco segundos.

Sólo cinco miserables segundos.

Sacó del bolso una chocolatina y se la llevó a los labios, pero se detuvo al sentir el aroma del chocolate.

«L.J. huele mejor que el chocolate. Huele como… la chimenea en un día lluvioso… como el sol por la mañana… como la luz de la luna a media noche… como los olmos en otoño y…»

—Por esto es por lo que tengo que poner fin a la aventura —se dijo con determinación después de dar un mordisco a la chocolatina. El chocolate se derritió en su boca y la tensión de su cuerpo comenzó a ceder al dulzor—. Está decidido, se acabó la aventura. Hoy es una chocolatina, mañana será un pastel… ¿y luego qué? Si sigo viéndolo, acabaré como un globo.

—Entonces podrás venir volando a visitarme y ahorrarte el billete de avión —L.J. estaba apoyado en el umbral de la puerta, observándola con interés—. Supongo que la aventura con la que quieres acabar es la nuestra —dijo con aparente calma—. Aunque no veo qué tiene eso que ver con el chocolate. ¿Podrías explicármelo?

Nunca un trozo de chocolatina le había sabido a vergüenza. Se recordó a sí misma: «Tienes que cerrar esa maldita puerta siempre que vayas a ahogar tus penas en el chocolate».

Tragó lo que tenía en la boca con gran esfuerzo y, mientras masticaba, decidió que de ninguna manera podría admitir que estaba devorando aquella chocolatina para intentar dejar de pensar en él.

—Ningún hombre comprende la relación que tenemos las mujeres con el chocolate.

L.J. la miró a la espera de una explicación más detallada. Su mirada no parecía tan relajada como su sonrisa. Finalmente se encogió de hombros y fue hacia ella. Mantuvo una mano en la espalda hasta que estuvo cerca de ella, entonces sacó un precioso ramo de flores silvestres.

Eden abrió los ojos de par en par de manera involuntaria. Eran unas flores preciosas.

Dulces y salvajes al mismo tiempo, como…

Como hacer el amor con él.

Extendió la mano, pero la apartó antes de rozar el ramo.

—Se me pasó por la cabeza comprarte una caja de bombones, pero al final cambié de opinión —le dijo él al tiempo que la miraba con curiosidad—. Lo último que deseo en el mundo es ser el culpable de que pierdas tu excelente figura —ella no se movió—. Vamos, Eden, no te van a morder.

—No puedo aceptarlas —dijo por fin con voz temblorosa—. Tenemos que hablar.

L.J. suspiró con resignación.

—¿Te importa que me siente? ¿No? Gracias —se sentó frente a ella y se dejó el ramo sobre las piernas—. Dispara.

Eden no había previsto mantener aquella conversación en el trabajo. Y mucho menos con la puerta abierta.

Se levantó a cerrarla. Podía sentir la mirada de L.J. siguiendo sus movimientos, lo que hizo que Eden fuera exageradamente consciente de la anchura de unas caderas que consideraba tener demasiado grandes desde el embarazo. Sin embargo,

el viernes por la noche, L.J. le había dicho que le encantaban sus curvas, que le recordaban a las sirenas de las películas. Eden nunca se había sentido tan *sexy*.

Ni tan admirada.

Ni tan llena de deseo.

Y ése era precisamente el problema porque cuando alguien sentía un deseo tan irrefrenable, era muy probable que acabara con el corazón roto.

Volvió a su silla tratando de actuar como si aquello fuera una reunión de negocios; se sentó con la espalda muy recta, puso ambas manos sobre la mesa y lo miró a los ojos. Sin titubear.

L.J. recibió aquella actitud con sorpresa, pero no tardó en adaptarse. Dejó las flores a un lado, se echó hacia delante en la silla y puso también las manos sobre la mesa.

Eden se dio cuenta de que intentaba tomarse la situación con sentido del humor. Seguramente las conversaciones serias le ponían nervioso. Lógico; un hombre soltero de treinta y siete años y con miedo al compromiso sin duda prefería que su relación con las mujeres fuera siempre algo superficial.

—Tenemos un problema —anunció Eden a pesar de la tentación de dejarlo para otro momento—. Es por lo del viernes.

—Lo suponía. ¿De qué problema se trata?

—Dejé de tomar anticonceptivos bastante antes de quedarme embarazada de Liam y desde entonces no he necesitado hacerlo.

El gesto de L.J. cambió de golpe. Ya tenía toda su atención.

—Empecé a pensar en algún tipo de prevención el viernes después de proponerte la cita —eso hizo que se relajara un poco—. Y compré una caja de preservativos.

L.J. asintió a modo de aprobación… y luego comprendió cuál era el problema.

—No utilizamos…

—No —confirmó ella—. Ni siquiera había vuelto a pensarlo hasta este fin de semana. Sé que soy la gran responsable porque supongo que diste por hecho que estaba tomando algo, pero al menos deberíamos haber hablado de ello. No nos paramos a pensar en las enfermedades…

—¡Yo no tengo ninguna enfermedad!

—¡Yo tampoco! Pero deberíamos haberlo hablado —ahora él parecía tan molesto como ella—. Estarás de acuerdo en que fuimos unos irresponsables.

L.J. asintió.

—Y en que no puede volver a pasar.

—Desde luego. Me fío de tu palabra y si quieres, me haré un análisis de sangre para que no tengas nada de que preocuparte. Por suerte, estamos en un hospital y uno de mis hermanos es médico, así que no tardaremos nada.

—¿Qué?¡No!

—¿No?

—No. Si dices que no tienes nada… No importa. De lo que yo quería hablarte no era de las enfermedades de transmisión sexual. Lo que ocurre es que no pensamos… nos dejamos llevar como dos adolescentes con las hormonas alteradas.

L.J. apretó los labios.

—Piensas mucho en las hormonas. Supongo que es lógico dedicándote a lo que te dedicas. En cualquier caso, te aseguro que lo que ocurrió el viernes no fue sólo una cuestión de hormonas.

La intensa expresión de sus ojos sólo sirvió para que Eden perdiera el hilo de lo que quería decir y estuvo a punto de hacer que se lanzara sobre él para revivir lo ocurrido el viernes. Pero se esforzó en recordar por qué había comenzado aquella conversación.

—A lo que me refiero es a que… yo… —meneó la cabeza con desesperación—. Estaba hablando de que podría haberme quedado embarazada.

L.J. irguió la espalda.

—No se me había pasado por la cabeza —de pronto no parecía tener tanta impaciencia por acabar con la conversación, pero arrugó el entrecejo mientras pensaba en ello—. Un bebé. Sería muy duro para ti volver a quedarte embarazada tan pronto, ¿no? ¿Tuviste algún problema con el primer embarazo?

Aquella respuesta no era en absoluto lo que Eden había esperado.

—¿Qué tiene que ver mi primer embarazo con todo esto? —preguntó, perpleja—. De lo que se trata es de que tú y yo no podemos… Somos dos barcos que se cruzan. Fuegos artificiales que explotan y luego… —separó las manos en el aire—. ¡Puff!

—¿Puff?

—Se apagan. Las parejas que van a acabar apagándose no deberían tener relaciones sin protección —lo miró fijamente con expresión sombría—. No pensamos en nada porque nos sentimos demasiado atraídos el uno por el otro.

—A ver si te sigo. Crees que el hecho de que nos sintamos demasiado atraídos el uno por el otro hizo que tuviéramos relaciones sin protección y eso demuestra que… —frunció el ceño—. Ahí es donde me pierdo.

—Demuestra que nos hemos conocido en el momento equivocado. O que somos las personas equivocadas el uno para el otro… —ahora era ella la que fruncía el ceño, mostrando su confusión—. Son las dos cosas, somos la persona equivocada para el otro y nos hemos conocido en el momento equivocado. Está todo mal. No podemos volver a acostarnos. Sería un desastre. No creo que me haya quedado embarazada, pero el estar dando de mamar no es un método infalible ni mucho menos.

—Yo he leído que funciona como anticonceptivo.

—No siempre.

—Me gustaría saber más del tema.

—¿Es que te has dado un golpe en la cabeza? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? No utilizamos ningún tipo de protección. Imagínate que dentro de nueve meses tienes un hijo.

Esperó a ver su reacción, pero él se quedó impasible. Seguramente ni siquiera alcanzaba a comprenderlo; si lo hiciera, se quedaría en estado de *shock*. Claro que quizá estaría bien que fuera así porque debía entender la gravedad de lo que habían hecho. Nadie debía arriesgarse a quedarse embarazado si no estaba preparado para aceptar las consecuencias. Un hijo era para siempre y cuando alguien no se daba cuenta de eso, el resultado era terrible.

Y sin embargo cuando L.J. volvió a hablar, dijo:

—Eso no me preocupa.

«Mentiroso».

—¿Entonces cómo es que estás sudando?

L.J. se pasó la mano por la frente y la sintió húmeda.

—Está bien —dijo, torciendo los labios con esa expresión tan encantadora que a Eden le recordaba a Harrison Ford o a George Clooney—. Sí que me preocupa un poco. Tú, sin embargo, pareces muy alterada, así que centrémonos en intentar que te tranquilices.

Acto seguido se puso en pie y fue junto a ella para ponerle las manos en los hombros y darle un ligero masaje. Eden se puso en pie de un respingo como si sus manos la quemaran en lugar de estar transmitiéndole la cálida sensación con la que llevaba soñando todo el fin de semana.

—¿Quién eres y qué has hecho con el verdadero L.J. Logan? —le preguntó, casi asustada.

Aquél no era el hombre con el que había empezado una aventura sin ataduras y sin futuro, el hombre que hacía dos semanas no sabía absolutamente nada de niños y tampoco le había importado lo más mínimo. No parecía el hombre que, a sus treinta y siete años, nunca había estado casado porque nunca había deseado estarlo.

L.J. dio un paso hacia ella con una ligera sonrisa en los labios, pero mirándola con tal intensidad que casi parecía peligroso.

—¿Crees que huiría de una responsabilidad tan importante, Eden? ¿Te parezco el tipo de hombre que no piensa las cosas antes de hacerlas?

Seguía avanzando hacia ella y ella retrocediendo.

—Admito que cometimos un tremendo error al no utilizar anticonceptivos —continuó hablando con voz tranquila y firme—. Pero no es ninguna tragedia. Si estás embarazada, estaré a tu lado —ya estaba a su lado y le puso la mano en la nuca para volver a intentar aflojar la tensión de sus músculos—. Corrijo lo dicho, estaría contigo. ¿Tan terrible sería que estuviéramos juntos, Liam, tú y yo?

Muy bien, ya sabía lo que ocurría: debía de haberse dado un golpe en la cabeza y aquella conversación era en realidad un producto de su imaginación. Debía de ser parte de una fantasía en la que L.J. le prometía fidelidad y juraba que estaría con Liam y con ella para siempre jamás, amén. Iba a ser horrible despertar y darse cuenta de que su Príncipe Azul era en realidad un hombre como fobia al compromiso.

«No te engañes, Eden. No creas en fantasías…»

—¿Podrías contarme qué está pasando por esa preciosa cabecita tuya?

Le retiró la mano de su cuello para ver si eso la ayudaba a pensar con más claridad.

—Háblame —insistió él—. Hemos hecho el amor, no debería ser tan difícil mantener una conversación sincera.

Aquellas palabras la tensaron aún más. No debería decir que habían hecho el amor, ¡había sido sólo sexo! Sexo sin sentimiento.

—Está bien, voy a ser directa. El viernes por la noche los dos sabíamos que lo que hubiera entre nosotros tendría una duración muy limitada —comenzó a decir—. Para empezar, tú vives en Nueva York y yo en Oregón. Tú no vas a mudarte y yo tampoco. Sólo eso ya hace que sea imposible mantener una relación.

—Nada es imposible —respondió él sin perder la calma ni la seguridad, como si ya hubiera pensado en ello—. A mí me gusta Nueva York y mi trabajo está allí, pero no es el único lugar en el que se necesitan expertos en relaciones públicas. De hecho, ahora estoy trabajando en Portland, ¿verdad?

En cuanto una ligera veta de esperanza se abrió camino en su mente, Eden la aplastó sin dudarlo.

De pronto se le ocurrió una explicación plausible para aquella transformación.

—Últimamente has pasado mucho tiempo hablando de familias con hijos y leyendo sobre mujeres que desean tener un bebé más que nada en el mundo. También has estado con Liam el tiempo suficiente para apreciar las cosas maravillosas de un niño sin tener que sufrir las noches en vela y los llantos interminables. Simplemente estás fascinado con el mundo de los niños.

—Estoy fascinado, pero no con los niños.

L.J. había llegado al borde de la mesa mientras ella había seguido retrocediendo hasta acabar con la espalda pegada a la pared. Por fin se detuvo y se limitó a observarla detenidamente.

—Mi hermano Jake era un soltero empedernido. Nadie pensaba que fuera a casarse jamás. Ahora está casado con Stacey, va a adoptar a sus hijos y es más feliz que nunca. Puede que incluso sea la primera vez en su vida que es realmente feliz.

Eden sintió la lengua como si alguien le hubiera pasado una aspiradora por encima y el corazón amenazaba con escapársele del pecho.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quieres ser como Jake?

—No, quiero ser como soy. Pero contigo. Lo que ocurrió el viernes no es nada habitual. Y no me refiero al sexo, sino a lo que ocurrió después.

—¿Qué ocurrió después? Comimos *pizza*.

L.J. se quedó callado y la miró esbozando una sonrisa.

—No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad? Te estoy hablando de la mañana siguiente. Quería estar contigo —se apartó de la mesa y se puso bien recto, quizá para demostrar que hablaba completamente en serio—. Quería desayunar contigo. Me he pasado todo el fin de semana pensando en ti —dio un paso hacia ella con el brazo estirado como si con eso pretendiera tranquilizarla y evitar que se asustara—. ¿Tú has pensado en mí?

Eden tragó saliva con dificultad, asintió y luego levantó las manos al ver que él hacía amago de acariciarle la cara.

—No me toques, por favor. Necesito pensar con claridad.

Su mirada le dijo que comprendía lo que le estaba pidiendo: no podía pensar si él estaba cerca. Él bajó la mano y Eden se lanzó a hablar antes de perder el valor.

—Claro que he pensado en ti. He imaginado cómo sería el futuro si hubiera algo entre nosotros y no me gustó pensar en ello. L.J., tomé la decisión de ser madre soltera porque… —le tembló la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sigue hablando.

Eden no habría sabido decir si realmente había hablado o había oído aquella voz en su imaginación… una voz suave, tranquilizadora.

—Desde los diez a los diecisiete años mi vida fue un auténtico desastre. Y todo porque mi madre se bloqueó por completo después de que un hombre nos abandonara.

—¿Tu padre?

—Mi padrastro. Mi padre no estuvo con nosotras el tiempo suficiente para que lo recuerde. No me mires así.

—¿Cómo?

—Como si de pronto lo comprendieras todo. Estuve yendo a terapia y he leído muchos libros, así que conozco los síndromes de abandono. No es eso.

—¿Qué es entonces?

—Las rupturas afectan mucho a los niños. Es así y no quiero hacerle eso a Liam —cada palabra que decía la ayudaba a convencerse un poco más—. Tú y yo apenas nos conocemos. Tú nunca has estado casado y, si no me equivoco, nunca has querido estarlo. No hay manera de saber si querrás ser padre a largo plazo, especialmente tratándose del hijo de otra persona. Separarse de alguien si las cosas no funcionan es muy distinto a separarse de un niño.

L.J. la escuchó atentamente y no habló hasta unos segundos después.

—¿Crees que no tendría en cuenta los sentimientos de Liam?

—No lo sé. Lo que sí sé es que yo sí los tendré presentes. Siempre —respiró hondo antes de dar el golpe final—. Por el bien de Liam, no puedo correr el riesgo de empezar algo contigo.

La expresión del rostro de L.J. cambió de manera radical, se endureció y se llenó de tensión. No intentó volver a tocarla, pero cuando volvió a hablar, la dureza había desaparecido y en su cara había ahora una sonrisa de resignación.

—Tienes razón. Mis padres me inculcaron que no hay nada más importante que la familia y supongo que por eso aún sigo soltero. Nunca he querido correr el riesgo de empezar algo que pudiera salir mal. Liam todavía es un bebé; aún tenemos tiempo para ver si tengo lo que tiene que tener un buen padre o si tú quieres que yo cumpla ese papel en su vida. ¿Quién sabe? Quizá resulte que nos apagamos antes de llegar al «hasta que la muerte os separe».

Quizá eso hubiera tenido sentido para cualquier otra mujer o en otras circunstancias, pero Eden sintió un gran temor dentro de sí, algo que nunca había compartido con nadie y en lo que apenas podía pensar. Así que hizo caso omiso de la voz que le imploraba que le dijera que sí y obedeció a la que le gritaba que saliera corriendo.

Se aferró a la única razón que tenía sentido. Al menos para ella.

—Te estás olvidando de lo más grave. Ya nos hemos dejado llevar una vez por culpa de una atracción física demasiado fuerte. Nos encontramos en terreno pantanoso y cuanto más tiempo estemos aquí, más difícil será todo. A mí no se me dan bien las cosas superficiales, L.J.. Nunca he podido tener una relación así, aunque de vez en cuando lo haya intentado. Cometí un error al creer que podría tener una aventura contigo sin dejarme llevar. Esto no puede funcionar.

L.J. la miró durante un largo rato sin decir nada.

—No hay nada que yo pueda decir para hacerte cambiar de opinión.

—Siento haberte transmitido una idea equivocada.

—No lo has hecho. De verdad —se volvió a agarrar las flores, las miró y se encogió de hombros—. Puede que tengas razón. A lo mejor la atracción que sentimos el uno por el otro nos ha impedido ver otras cosas más importantes —le dio el ramo—. Quédatelas, por favor. Son silvestres. Te van muy bien.

Con la mirada clavada en las flores, Eden agarró el ramo y se lo llevó a la nariz con la esperanza de poder ocultar así las lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

—Así es como quiero recordarte —dijo él con una voz quebradiza y llena de emoción—. Bella y sincera. Y lo bastante fuerte para hacer lo que crees que es mejor.

Sincera y fuerte. Eden sintió vergüenza porque sabía que no era ninguna de aquellas cosas.

—¿No estás enfadado?

—¿Cómo podría estarlo? Estás protegiendo a tu hijo.

Eden sintió que se le encogía el estómago. «Pero no lo protejo de ti», habría deseado confesarle.

L.J. se acercó a la puerta y puso una mano en el picaporte.

—Supongo que a partir de ahora seremos sólo amigos y espero que también buenos compañeros de trabajo.

—Sí —apenas podía hablar—. Por supuesto.

—Eres una mujer sensata —se dio media vuelta, pero antes de salir, volvió a mirarla de nuevo—. Una última cosa, Eden. Avísame en cuanto sepas si estás o no embarazada, por favor.

Capítulo 13

Esa misma tarde a las cinco de la tarde, L.J. apareció en la guardería del centro justo después de que Eden hubiera llegado a buscar a Liam.

Stacey Handley Logan también estaba allí esperando a sus mellizos, Elle y Max.

—¿Qué tal está mi cuñada preferida?

L.J. le dio un abrazo a la guapa esposa de su hermano mientras Eden se concentraba en escribir su nombre en la hoja en la que todo el mundo debía apuntar a qué hora recogía a los niños.

—¿Es ahora cuando debo recordarte que soy la única cuñada que tienes? —respondió Stacey con los ojos chispeantes.

Eden se fijó en que ahora, Stacey siempre tenía una mirada llena de alegría. Desde luego parecía que el matrimonio con Jake tenía un efecto muy positivo en ella. Al menos por el momento.

L.J. siguió hablando con su cuñada sin dar la menor muestra de la incomodidad que sentía ella. Había pasado un día muy ajetreado, sin apenas tiempo para pensar en él. Claro que la falta de tiempo no le había impedido hacerlo de todos modos. Desde el momento en que había salido de su despacho, no había podido dejar de pensar en su petición de que lo avisara de si estaba embarazada.

Estaba segura de haberse acostado con él durante el periodo menos arriesgado del ciclo, pero como ya le había dicho a él, nada era del todo seguro, especialmente cuando las hormonas de una mujer eran menos fiables que nunca.

Eden había estado toda la tarde imaginándose de nuevo embarazada y teniéndoselo que decir a L.J., obligándolo a decidir entre salir corriendo a Nueva York o «cumplir con su deber» y ofrecerse a seguir con ella sólo por el bien del niño. Cualquiera de las dos alternativas le revolvía el estómago más que cualquier náusea matutina.

Claro que también había imaginado otra posibilidad en la que le decía a L.J. que estaba embarazada y él se ponía a dar saltos de alegría, se arrodillaba frente a ella y sacaba un anillo que había estado guardando a la espera de una oportunidad para dárselo.

En alguna que otra ocasión durante el día, prácticamente cada cinco minutos, no había podido resistir la tentación de sumergirse en esa fantasía. De hecho era eso lo que había estado haciendo cuando L.J. había aparecido en la guardería.

Ahora intentó, sin conseguirlo, no mirarlo mientras saludaba al hijo de Stacey.

—Hola, Max. Me alegro de volver a verte.

El niño lo miró y sonrió de inmediato.

—¿Dónde está tu bigote? —le preguntó el pequeño—. ¿Lo has borrado?

Stacey se echó a reír.

—Cariño, el tío L.J. no tiene bigote.

—Sí que tiene —protestó Max.

—Tiene razón —confirmó L.J.—. El sábado lo tenía. Me lo dejé en el Museo Infantil. Bueno, en realidad me lo dejó Elle. ¿Verdad, Max?

—Elle lo dibujó.

L.J. le guiñó un ojo al pequeño y luego volvió la mirada hacia Eden y sonrió también para ella.

—Me pintó un bonito bigote rosa.

Stacey soltó otra carcajada.

—¿Has venido para aceptar una invitación a cenar? —le preguntó a su cuñado—. ¿Te ha dicho Jake que voy a hacer un pastel de postre?

—No, ahora que lo sé voy a tener que presentarme en tu casa aunque no me invitéis.

—No es necesario. Estás invitado.

—Estupendo.

¿Estupendo? ¿L.J. había pasado el sábado en el Museo Infantil y ahora le parecía estupendo cenar con dos niños de dos años? Eden intentó entender cómo encajaba todo aquello con la imagen que aún recordaba de L.J. el día en que se habían conocido.

Mientras los oía ultimar los detalles de la cena, Eden sintió con horror que se le estaban llenando los ojos de lágrimas y tuvo que alejarse de allí tan rápido como le fue posible. Salió unos minutos después, ya con su hijo en brazos y habiendo admitido, al menos ante sí misma, que sentía envidia de Stacey. La guapa trabajadora social había abierto su vida a un nuevo amor y ahora tenía toda una familia.

Eden sabía que el concepto de familia nada tenía que ver con el número de integrantes que la componían, pero lo cierto era que a veces resultaba difícil sentirse en familia cuando sólo estaban Liam y ella.

—Eh, ¿adónde vas? —L.J. la alcanzó cuando ya casi estaba en la puerta—. En realidad no he venido aquí para ver a Stacey —confesó—. Quería hablar algo contigo. ¡Hola, caballero! —sin dudarlo un segundo, le tendió los brazos a Liam y éste se lanzó a ellos alegremente.

—Tengo un poco de prisa —dijo Eden con una falsa sonrisa—. Tenemos planes para la cena —sí, *pizza* congelada para ella y puré de verduras para Liam—. Y tú vas a cenar con dos niños. Nada que ver con lo que deben de ser tus noches en Nueva York. ¿Te parece bien?

—Más que bien —aseguró sin dudarlo—. Stacey es la primera cuñada que tengo. Hasta ahora, cualquier cena con mis hermanos consistía en *pizza* y cerveza o en salir a algún restaurante y la verdad es que ya estoy cansado de restaurantes.

—Ah —fue todo lo que pudo decir Eden.

L.J. la observó unos segundos.

—¿Estás bien?

—¿Yo? Sí —¿realmente le apetecía cenar con dos niños que aún no tenían edad para saber cómo comportarse en la mesa? Era increíble. L.J. parecía empeñado en no dejarse clasificar de ningún modo.

—Nunca te lo he preguntado —dijo él—. ¿Tú cocinas?

—Una vez asistí a una clase de cocina y aprendí a hacer *sushi*, pero desde entonces no he tenido demasiado tiempo para preparar nada demasiado elaborado. ¿Y tú?

—No sé ni freír un huevo. Es una suerte que hayamos decidido no seguir juntos, nos habríamos muerto de hambre.

Parecía haber aceptado la situación y estar tranquilo con ello, no como ella.

—Sí, es una suerte —murmuró Eden.

Aún con Liam en brazos, L.J. sugirió:

—Si vas hacia el coche, te acompaño y así podremos hablar por el camino. Tengo una propuesta profesional que hacerte.

Eden accedió, no sin sorpresa, y L.J. no tardó en comenzar a contarle lo que quería proponerle.

—Tu plan de utilizar clientes reales en la campaña ha sido todo un éxito entre los miembros de la junta.

—Me alegro.

—Si te dedicaras a esto, no tardarían en llamarte de alguna agencia importante. En Nueva York, mi equipo está trabajando ya basándose en tu idea. La semana que viene deberíamos empezar a rodar los anuncios.

—¿Tan pronto? Vaya, te mueves muy rápido.

L.J. la miró a los ojos.

—Eso no es malo, al menos en el mundo de los negocios.

La timidez con la que se justificó le llegó al alma a Eden.

—Yo también fui muy rápido. Fue algo mutuo. Obviamente.

—Me gusta oír que no me culpas, Eden.

—¡No! Lo que quiero decir es que no hay nada de lo que culparte.

L.J. asintió.

—Me alegro —las puertas del ascensor se abrieron, dando paso al aparcamiento del edificio—. Bueno, volvamos a los negocios —sugirió con aparente tranquilidad—. La junta ha pedido, y yo estoy de acuerdo con ellos, que tú seas la primera entrevistada de la campaña.

—¿Qué? ¿Quieres que aparezca en un anuncio? L.J., yo no soy actriz.

—Precisamente. ¿No fue ésa tu idea desde el primer momento? Desde el principio insististe en que la campaña debía mostrar a personas reales, no actrices. Si tienes miedo de ponerte nerviosa, no tienes por qué preocuparte. El ambiente de los anuncios será muy relajado y vamos a trabajar con un equipo muy reducido. Sin presión alguna.

—Pero tengo mucho trabajo. Incluso aunque quisiera, que no quiero, no tendría tiempo para hacerlo.

—Tú misma podrás fijar el horario de rodaje dependiendo de tu trabajo. Además, Terrence se ha comprometido a dar todas las facilidades posibles. Leslie y él han insistido en que estarán mucho más tranquilos si saben que tú eres la primera clienta que aparece. Saben que tu franqueza y tu naturalidad resultarán muy atractivas para el público.

—Quizá te lo resulten a ti —dijo antes de darse cuenta de cómo iba a sonar y entonces se ruborizó.

—Eso por descontado —asintió L.J.—. Piénsalo durante la noche, Eden, pero tampoco le des muchas vueltas porque te aseguro que es menos intimidante de lo que parece y no te ocupará más que medio día—. L.J. se detuvo a mirar a su alrededor—. ¿Dónde tienes el coche?

—Justo en el otro extremo del aparcamiento.

—Es demasiado lejos para que vayas sola de noche. ¿Dónde están los guardias de seguridad?

—Siempre hay dos que están muy atentos. Jamás he tenido miedo.

L.J. volvió a mirar a su alrededor hasta que vio a uno de los guardias.

—¿Vives en Nueva York y te preocupas por un aparcamiento de Portland en el que hay dos guardias?

—Me preocupo por ti —matizó sin mirarla. Al llegar al coche, L.J. esperó a que Eden abriera y luego colocó a Liam en su sillita sin necesidad de ayuda.

—Se me da bien —dijo después con orgullo.

—Sí —admitió Eden, tratando de ocultar la inquietud que sentía—. Lo malo de estas cosas, es que aprendes a utilizarlas bien cuando ya no las necesitas más.

—Puede que tú sí vuelvas a necesitarlas. A lo mejor tienes otro hijo.

Era evidente que no se refería a la posibilidad de que se hubiera quedado embarazada, pero fue eso lo que ambos pensaron de inmediato.

—Algún día —añadió enseguida.

—Sí, quizás algún día.

—Hasta entonces y mientras aún tienes tiempo libre —bromeó para dejar bien claro que sabía lo ajustado de su horario de madre soltera y trabajadora—, ¿qué te parece rodar un anuncio?

—No, de verdad…

—Children's Connection te necesita, Eden. Créeme cuando te digo que tu belleza sería muy beneficiosa para la campaña. Ahora estamos de acuerdo en que habría sido un error utilizar actores, pero conozco este negocio y sé que una mujer preciosa capta la atención de la audiencia. Es un hecho y, afortunadamente, tenemos la oportunidad de aprovecharlo.

Eden sabía con seguridad que no era una mujer bella. Quizá resultara atractiva, pero nunca nadie la había descrito como preciosa. No le importaba serlo o no, lo que sí le importaba era que L.J. hubiera utilizado esa palabra. No era objetivo. Era encantadoramente subjetivo.

—Yo ya no puedo hacer mucho más por la clínica —dijo él—. Ahora ya todo depende de la campaña.

No fue el sentimiento de culpa, aunque también ayudó, lo que finalmente hizo que Eden accediese a participar en el anuncio. Fue el deseo de estar a la altura de lo que L.J. esperaba de ella.

El día del rodaje del anuncio, Eden ni siquiera estaba segura de que L.J. siguiera en la ciudad. No lo había visto en la clínica en los últimos dos días y sabía que su trabajo allí estaba casi acabado.

Empezó a ponerse nerviosa en cuanto entró al «plato», que en realidad era el salón de una preciosa casa que habían alquilado en una zona residencial de Portland. Tenía el estómago muy revuelto para desayunar nada de lo que había en una de las habitaciones. Como bien le había dicho L.J., el equipo de rodaje no se componía de demasiada gente; delante de la cámara sólo estarían ella y el entrevistador que le haría las preguntas que debía responder con total sinceridad. Pero el entrevistador no aparecería en imagen, sólo se la vería a ella y sólo se oirían sus respuestas.

La ayudante de producción fue la primera en ofrecerle algo de comer y, después de que Eden rechazara el desayuno, la condujo hasta la habitación de vestuario, tras lo cual pasaría a maquillaje.

Después de que el responsable de vestuario se decidiese por una falda marrón y una blusa rosa pálido, una mujer de mediana edad llamada Kim hizo que Eden se sintiese tremendamente mimada mientras la peinaba y maquillaba.

—Me da miedo hasta respirar —reconoció Eden cuando el proceso llegó a su fin y vio el resultado en el espejo—. Soy yo, pero mejor. Mucho mejor.

Kim se echó a reír.

—Me pidieron que te preparara para la cámara, pero no ocultara tu belleza natural —se agachó hasta poner la cara junto a la de Eden—. Creo que nos ha quedado bastante bien.

Eden vio que se le ruborizaban las mejillas bajo el maquillaje. Habría querido preguntarle si había sido L.J. el que le había dado tal indicación, pero no se atrevió. No sabía si estaba en la ciudad o si volvería a verlo siquiera. Había puesto fin a la

relación tan deprisa, que no tendría motivo de quejarse si decidía marcharse sin despedirse.

Sus nervios aumentaron al conocer al director, pero, al igual que los demás, Jeff Kasey parecía dispuesto a hacer todo lo que estuviera en su mano para hacer que se sintiera a gusto. La entrevista se iba a rodar en el despacho de la casa, una acogedora habitación con las paredes cubiertas de libros y una gran chimenea.

El director la invitó a sentarse en el sofá y a relajarse mientras el equipo comprobaba la luz y el sonido. Le resultó imposible relajarse sabiendo que era el centro de tanta atención, pero el tiempo le sirvió para arrepentirse de haber dicho que sí y de no haberle pedido a Liberty que la acompañara para, al menos, no haber estado sola. Necesitaba un poco de apoyo moral, alguien que la quisiera aunque le temblara la voz o respondiera tartamudeando.

—Bueno. Estamos listos para empezar —anunció Jeff, frotándose las manos. Se sentó junto a ella en el sofá y le dio algunos consejos—: Cuando respondas a las preguntas, hazlo con naturalidad, no pienses en si lo que digas resultará útil para el anuncio. Nosotros luego nos encargaremos de editar todo lo que se haya grabado y dejarlo en un anuncio de sesenta segundos y otro de treinta —al ver que ella levantaba ambas cejas, añadió—: Ahora no pienses en eso. Responde con sinceridad y olvídate de los resultados —apartó la mirada de ella y se dirigió al resto del equipo—. Muy bien. ¿Quién va a ser el entrevistador?

—Espero que no hayáis empezado sin mí.

Tanto Eden como Jeff levantaron la mirada al oír la voz jovial de L.J. Logan, pero Jeff no mostró sorpresa alguna.

—No podríamos —dijo Jeff, poniéndose en pie para saludarlo—. Eres el jefe.

L.J. se echó a reír y le dio unas palmaditas en la espalda.

—No lo olvides —después se dirigió a Eden—. ¿Te están tratando bien?

Eden estaba tan contenta de verlo, que sólo pudo asentir.

—¿Has comido algo?

Negó con la cabeza.

L.J. reprendió con la mirada a Jeff cómicamente.

—Me lo imaginaba. Los adictos al trabajo sois el motivo de que los sindicatos sean tan necesarios.

Jeff respondió, imperturbable.

—Que yo sepa, tú eres el más adicto al trabajo que puede haber.

—Pero al menos doy de comer a la gente.

—Por eso nunca llegarás tan alto como yo.

—Me han ofrecido muchas cosas de comer —intervino Eden—. Tanto Jeff como la ayudante de producción y la decoradora. Lo que ocurre es que estoy un poco nerviosa para comer.

Jeff cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Lo ves? Le caigo bien.

—Es el hambre que la hace delirar —replicó L.J. tendiéndole una mano a Eden para ayudarla a levantarse—. Te sentirás mejor si no tienes el estómago vacío.

—No te preocupes por mí —dijo irónicamente Jeff—. Yo ya he desayunado.

L.J. se alejó de allí riéndose y llevándose a Eden suavemente agarrada del brazo.

—De verdad que no tengo hambre —insistió ella camino del patio, donde había otra mesa con comida—. Y te prometo que Jeff me ha ofrecido que desayunara antes de empezar a rodar.

—Lo sé. Confío en él, por eso está aquí.

Mientras él estudiaba la comida, Eden se permitió observarlo detenidamente. Estaba tan guapo como siempre con uno de sus impecables trajes, pero no era ése el motivo por el que se le había acelerado el corazón. Sólo unos minutos antes había deseado tener un amigo cerca, alguien que se preocupara por ella, y allí estaba él.

—Así que eres el jefe —comentó mientras él agarraba un plátano y una barrita de cereales.

—El jefe es Children's Connection. Supongo que se podría decir que represento al jefe.

—Pero conocías a Jeff de antes, ¿no?

—Es un viejo amigo del instituto. Solíamos hacer películas juntos.

—¿Tú hacías películas?

—Vídeos de aficionado, aunque participamos en un par de festivales y no nos fue mal del todo. Pero a mí no me gustaba tanto como a Jeff. Él continuó y ha tenido mucho éxito en publicidad y haciendo vídeos musicales —explicó ofreciéndole una magdalena.

—No puedo comer nada. Apenas me he podido tomar el té esta mañana.

—¿Tan nerviosa estás?

—Me temo que sí.

—Vamos —L.J. la agarró de la mano y se la llevó a un banco de piedra que había entre los árboles del jardín.

La sentó suavemente y comenzó a masajearle los hombros.

—Todo el mundo me está esperando —protestó Eden.

—Tranquila. Diez minutos de espera no matan a nadie. Yo te metí en esto y yo te ayudaré a hacerlo —siguió moviendo las manos, aflojando poco a poco la tensión de los músculos—. Es una casa preciosa, ¿verdad?

—Sí —Eden movió la cabeza de un lado a otro, obedeciendo a las indicaciones de sus manos.

—Me gusta esta zona de la ciudad. Está cerca del parque Washington, del zoo, del Museo Infantil.

—Vas mucho a esos sitios, ¿no? Cuando estás en la ciudad, quiero decir.

Eden había hecho la pregunta en tono jocoso, pero él respondió con sinceridad.

—Lo haré ahora que tengo dos sobrinos pequeños y estoy seguro de que pronto habrá más porque Stacey y Jake ya están hablando de aumentar la familia. Mi hermano era un soltero empedernido antes de venir a Portland y ahora va encaminado a ser el padre del año.

—Pareces sorprendido.

—Lo estoy. No sabía que pudiera ocurrir así… de manera tan repentina y al mismo tiempo tan profunda. Mis padres están entusiasmados; les encantan los niños y tenían miedo de que ninguno les diéramos nietos a los que malcriar.

—Bueno, ahora que ya lo ha hecho Jake, los demás podéis relajaros.

—Sí —movió las manos con más fuerza—. Tienes que cuidarte más —le dijo—. Estás muy tensa, no comes… acabarás poniéndote mala. ¿Y quién cuidará entonces de Liam?

Esa era una pregunta que a menudo la atormentaba y para la que aún no tenía una respuesta.

—¿Dónde vive tu madre? —le preguntó L.J., interrumpiendo sus pensamientos y haciendo que volvieran a tensársele los músculos de golpe—. ¿No es un buen tema?

—No, no te preocupes. Mi madre vive en Santa Fe, pero no tiene espíritu de abuela.

—¿Está más centrada en su trabajo?

Eden hizo un sonido que no decía ni que sí ni que no. En realidad ella veía la pintura de su madre, que era a lo que se dedicaba, como algo terapéutico más que profesional. La maniacodepresión que había sembrado el caos en la vida de Eden cuando era niña estaba ahora bajo control gracias a la medicina alternativa a la que Gwen se había entregado en cuerpo y alma. Eden admiraba a su madre por haber salido de una enfermedad que la medicina tradicional había dado por perdida y contra la que había luchado con gran empeño.

—¿Echas de menos tener familia cerca? —le preguntó L.J..

Gwen hablaba de su enfermedad abiertamente, incluso daba charlas a personas que estaban en la misma situación. Sin embargo, Eden nunca había conseguido hacer desaparecer por completo el dolor de aquella época que le había robado la infancia y la había llenado de miedos.

No quería hablar de ello, así que respondió sin profundizar.

—Un poco. ¿Y tú?

L.J. la miró y no quiso insistir pues era evidente que no quería hablar de su vida.

—Llevo muchos años viviendo lejos de mi familia y siempre me ha bastado con las visitas, pero últimamente empiezo a dudarlo.

—¿Qué es lo que dudas?

—Si un tío puede servir de algo a tantos kilómetros de distancia.

Sorprendida, Eden se volvió para mirarlo.

—¿Y eso te preocupa… el no estar aquí para tus sobrinos?

—Sí. Sé por experiencia que las relaciones no esperan.

Eden lo miró con curiosidad. En la universidad, movida por su interés en la Psicología y en todo lo relacionado con la familia, había leído el libro de su padre.

—Ni siquiera él ha alcanzado del todo su ideal, Eden. Quizá sí lo haya hecho con sus hijos, pero Terrence y él tuvieron un problema y llevan años sin hablarse. Él ha intentado ponerse en contacto con Terrence en un par de ocasiones, pero nunca ha querido presionarle. Mi padre tiene miedo de morir, o que muera Terrence, sin haberse reconciliado.

Eden sintió un escalofrío al oír tal confesión.

—Es terrible. Si un hombre que sabe tanto de relaciones no ha conseguido solucionar algo así, ¿qué esperanza tenemos los demás?

—Mucha, si aprendemos de sus errores.

—No me extraña que la mayoría de los matrimonios fracasen —se lamentó ella.

—Qué cínica.

—¡No soy cínica! Soy realista. Tú mismo lo has dicho… los ideales de tu padre se esfumaron en el momento en que tuvo un problema con su hermano.

—Es humano y aún no está muerto —arguyó con tristeza—. Aún puede cambiar.

—¿De verdad lo crees? ¿Después de tantos años?

L.J. meneó la cabeza con un repentino desagrado.

—¿Por qué confías tan poco en la gente? ¿Cómo vas a poder avanzar si siempre estás mirando a un lado y a otro?

Buena pregunta.

—Sólo me protejo.

Antes de volver a hablar, L.J. se colocó frente a ella. Eden sabía que le estaba pidiendo que le diera otra oportunidad a lo suyo, que se arriesgara a ver qué tal iban las cosas en lugar de buscar garantías. Era lógico, él había crecido en un hogar estable, no tenía ni idea de lo peligroso que era arriesgarse sin hacer caso de la evidencia.

—L.J. —le dijo suavemente—, ¿con cuánta gente te has comprometido a algo y lo has cumplido? Al margen de tu familia.

Vio como apretaba la mandíbula antes de hablar.

—Con nadie.

Eden asintió, agradecida por su sinceridad, una sinceridad que la impulsó a hablarle de su madre. La mejor manera de que comprendiera por qué no podía arriesgarse a estar con él era explicarle cómo había sido su infancia.

—Cuando yo tenía diez años, mi madre comenzó a sufrir un trastorno bipolar. Por eso se fue mi padrastro. Aquello era más de lo que podía soportar y, claro, yo no era hija suya, así que se fue y prácticamente no volví a verlo —apartó la mirada de él para poder seguir—. Mi madre era una artista bastante conocida, pero a partir de entonces no pudo concentrarse en el trabajo, ni en cuidar de una niña. No había nadie más que lo hiciera.

—¿Y quién se encargó de ti?

—Yo. Cuidaba de mí misma y de ella. Así que te puedes imaginar que me he preguntado muchas veces qué pasaría si, por algún motivo, yo no podía cuidar a Liam. No quiero que mis decisiones o mis problemas sean nunca una carga para mi hijo.

—No todos los hombres salen corriendo cuando surge un problema —parecía dolido y enfadado.

—Puede ser, pero no hay ninguna garantía.

—Por supuesto que no la hay. ¿Acaso los donantes de esperma vienen con garantía? —en el momento que pronunció aquellas palabras lamentó haberlo hecho. No obstante, ella respondió.

—No. Eso es a lo que me refiero. Por eso tengo que basar mis decisiones en la experiencia y en la certeza de que me conozco a mí misma y sé lo que puedo y lo que no puedo tolerar. Tú vives en Nueva York, L.J.. No voy a volar miles de kilómetros con mi hijo de ocho meses sólo para cenar juntos una vez a la semana y ver si aún somos compatibles. ¿Vas a hacerlo tú? No, ¡no me respondas! Verse los fines de semana no es suficiente para que dos personas se conozcan como pareja.

—No, no para una mujer que busca garantías —la necesidad de decir algo más hizo que L.J. mirara al cielo con frustración—. ¿Quieres un sándwich? Lo único que puedo garantizarte es que lamentarás no haber comido antes de empezar a rodar.

Eden tardó varios segundos en darse cuenta de que realmente había cambiado de tema.

—Está bien.

Volvieron al interior de la casa poco después y, una vez en el estudio, L.J. se sentó frente a ella y comenzó a hacerle las preguntas que debía contestar con sinceridad. Jeff paró el rodaje en tres ocasiones para pedirle que respondiera con un poco más de energía.

Pero Eden se había quedado sin fuerzas por el miedo que le provocaba la idea de intentarlo con L.J. y por el cansancio de sentirse culpable. No sabía si estaba siendo sensata o cobarde.

Cuando por fin terminó el rodaje, L.J. dio las gracias a todo el mundo amablemente y se marchó sin apenas despedirse de ella. Eden fue a buscar a Liam a la guardería y se marchó a casa, una casa que parecía desolada a pesar de que Liberty estaba en el salón hablando de los partos naturales con tres compañeros de clase.

Eden se subió al dormitorio con Liam y jugó con él hasta que se quedó dormido. Ella se esforzó en leer un poco, tratando de no pensar, pero resultaba más fácil no hacer caso de la sensación de soledad cuando no se tenía nada con que comparar.

Capítulo 14

L.J. volvió a Nueva York cuatro días después del rodaje. Había dejado la campaña en buenas manos y había hecho todo lo que había podido por su tío. Había pasado algún tiempo con sus hermanos y con sus sobrinos. Desde luego la estancia en Portland había sido productiva.

Incluso se había enamorado. O al menos eso creía. En su primer día libre no podía dejar de caminar de un lado a otro de su apartamento preguntándose cómo demonios sabía uno si estaba enamorado. ¿Cómo podía distinguir si lo que sentía era amor o sólo deseo, o necesidad?

Eden le había dejado muy claro que una relación temporal la haría sufrir y él no quería hacerla sufrir por nada del mundo. No podía permitirse ningún error.

La primera vez que le había dicho que tenía que poner fin a la aventura, él había fingido aceptarlo, pero lo había hecho con la intención de volver a conquistarla.

Sin embargo, el día del rodaje había percibido mucho dolor en su voz. Alguien o algo, su padrastro, los problemas de su madre o quizá algún exnovio, le había hecho tanto daño que el siguiente hombre que entrara en su vida tendría que hacerlo para quedarse. L.J. no estaba del todo seguro de poder ser ese hombre. Eden había dicho algo que era muy cierto: nunca se había comprometido con nadie a la larga.

Harto de dar vueltas a la cabeza, fue a la estantería con la esperanza de encontrar algún libro que pudiera distraerlo un poco, pero en cuanto empezó a leer los títulos se dio cuenta de que necesitaba algo que le diera una respuesta al dilema en el que se encontraba. Justo cuando estaba a punto de darse media vuelta, su vista se detuvo en «*Lo más importante*». El primer libro de su padre.

Hacía años que no lo leía. De hecho no había vuelto a hacerlo desde la primera vez, cuando había hecho que se sintiera tan inútil.

«No tienes lo que hay que tener para formar una familia».

De pronto se dio cuenta de que su padre nunca había dicho aquellas palabras, al menos en voz alta; pero lo que había escrito lo había marcado para siempre.

Después de aquella primera lectura, L.J. había intentado tomarse a risa los consejos que daba su padre en el libro sobre el trabajo, la familia y los valores que debía tener un hombre de principios. Había sido entonces cuando se había convertido en un soltero empedernido, profundamente convencido.

«No quería fracasar y decepcionar a mi padre, así que ni siquiera lo intenté». Pronunció aquellas palabras con cierta perplejidad, sintiendo una especie de lástima por el muchacho que había sido, un muchacho que sin duda había estado demasiado enfadado, confuso y asustado.

Quizá Terrence había sentido algo parecido; esa mezcla de vergüenza y de necesidad de desligarse de las ideas de Lawrence Logan.

L.J. tenía la certeza de que su padre no había pretendido juzgar a nadie, pero era lógico que unas opiniones tan fuertes causaran un efecto igual de fuerte.

Con verdadera curiosidad, L.J. agarró el libro, se sentó en un sillón y lo abrió por la primera página, donde estaba la dedicatoria: *A mi mujer y a mis hijos, el sentido de mi vida. Vosotros sois lo más importante para mí.*

En lugar de la presión y del complejo de inferioridad de siempre, le sorprendió sentir algo más suave al leer aquello. Quizá cierta envidia.

El primer capítulo comenzaba con una cita: *El que no asume ningún riesgo, está arriesgándolo todo.* Una cita que de pronto comprendió a la perfección. No recordaba aquel capítulo en el que su padre hablaba de la presión de volver a la universidad a estudiar Psicología sin dejar de lado a su mujer y a sus hijos. Era cierto que su padre siempre había estado allí para ellos, ni un solo día se había saltado el desayuno o la cena en familia, aunque para ello tuviera que levantarse al amanecer para estudiar antes de irse a trabajar.

Mientras leía se dio cuenta por primera vez de que su padre nunca había dicho que hubiera que dejar a un lado el trabajo por la familia; más bien advertía de que no se debía permitir que la familia sufriera por motivo alguno.

Trabajarás el doble y te preguntarás cómo vas a soportar otra noche sin dormir. Después unos bracitos se agarrarán a tu cuello, el salón de tu casa se convertirá en un hospital para muñecos de peluche y tú serás el doctor. Con valentía y sensatez, te darás cuenta de que curar a ese osito de peluche será lo más importante y te levantarás un día más, cansado pero dispuesto a superar el desafío.

L.J. sintió que se le humedecían los ojos. Recordó el hospital de peluches y lo comprendió de golpe: Lawrence también había sentido miedo.

El saber que su padre había sido en realidad como cualquier otro padre o madre trabajador le quitó un tremendo peso de encima. Pero entonces sintió una nueva presión, esa vez en el pecho. El decidir que quería tener una familia no era lo más difícil, el problema era que la familia que quería estaba aún fuera de su alcance.

Con una repentina certeza, L.J. se levantó del sillón y fue directo al despacho que tenía en casa. Había llegado el momento de hablar con el hombre que le había dado la vida y que desde entonces intentaba enseñarle cómo vivirla. Él se había resistido durante demasiado tiempo, pero lo que sentía por Eden le había hecho ser más humilde. ¿Podría ser lo bastante generoso para ser un buen marido y un buen padre? Lawrence Logan padre se lo diría de inmediato, pensó mientras marcaba el número de teléfono.

—No sé si lo has notado, pero llevo días intentando averiguar qué te pasa —le dijo Liberty al ver la furia con la que Eden batía los huevos y la arruga que se le había

formado en la frente—. Si quieres que me calle y me meta en mis asuntos, sólo tienes que decírmelo. Pero, por favor, deja de actuar como si no estuviera aquí.

Eden era consciente de que llevaba unos días bastante retraída. No había preparado ni una sola comida decente y apenas tenía energía para ir a trabajar, sin embargo había hecho cuatro bandejas de galletas, dos pasteles de albaricoques y treinta y seis minimagdalenas. Al principio había bromeado consigo misma diciéndose que tenía un desorden bipolar repostero, pero ahora ya no le parecía divertido el caos en el que se había convertido su existencia. Llevaba noches sin poder pegar ojo porque no podía dejar de pensar. Por las mañanas se levantaba inquieta y se preguntaba si no habría cometido un terrible error.

Durante toda su vida de adulta había tenido la duda de si algún día perdería la cabeza del modo que lo había hecho su madre. Si unas cuantas semanas con L.J. podían hacerla reaccionar así, seguramente ya tenía una respuesta a la pregunta.

—Estoy bien —mintió porque no estaba preparada para hablar de algo que la aterraba hasta el punto de bloquearla por completo.

—Muy bien, yo me largo —dijo Liberty, exasperada y salió de la cocina justo en el momento en que sonó el timbre—. Yo abro.

Aguantó el ruido de las voces procedentes del salón hasta que por fin se apagaron y pudo seguir con la repostería… hasta que se dio cuenta de que había alguien en la puerta de la cocina.

—Te he dejado cuatro mensajes esta semana. ¿Qué tiene que hacer una madre para poder hablar con su única hija?

Eden se volvió con la sensación de estar moviéndose a cámara lenta y se encontró frente a frente con Gwen Carter.

—¿Mamá?

Gwen se acercó a ella y le tendió los brazos.

—Yo sé cuándo a mi niña le pasa algo. Liberty me llamó… está preocupada por ti. Deja que te dé un abrazo y dime que es eso tan horrible que ni siquiera puedes contestar al teléfono.

Tenía intención de decirle que no pasaba nada, que estaba bien, pero entonces se encontró entre los brazos de su madre y todas las lágrimas que había estado conteniendo empezaron a desbordarse irremediablemente.

—Siento mucho que hayas tenido que venir hasta aquí, mamá. Debería haberte llamado, pero…

Gwen le puso la mano en el brazo y la arrulló con su voz suave, haciendo que los nervios de su hija se calmaran un poco.

—¿Es que crees que me molesta haber venido? Soy tu madre, Eden. Cuando Liberty me llamó y me dijo que estabas mal por un hombre, me di cuenta de que había llegado el momento de tener la conversación que siempre hemos evitado.

Eden no sabía que la inquietaba más, si el hecho de que Liberty le hubiera contado a su madre lo que le ocurría o el modo en que Gwen había dicho «la conversación».

—¿Qué conversación?

Gwen se sirvió un té como el que le había preparado a Eden y se sentó a su lado a la mesa de la cocina.

—Recuerdo la primera vez que te enamoraste. Estabas en la universidad y me dijiste que ibas a venir a pasar las Navidades con tu novio. Después apareciste sola y no me contaste nada de lo que había pasado. Tenías dieciocho años y hacía mucho tiempo que yo no había sido una madre para ti; yo no sabía qué hacer, así que no hice nada —admitió con profundo dolor—. Vi cómo sufrías y cómo te esforzabas en aparentar que no era así. Cuando volviste en verano supe que estabas saliendo con demasiados chicos con la esperanza de que eso hiciera desaparecer el dolor. No sabes cuánto deseé decirte que no tuvieras miedo.

Eden miró a su madre con sorpresa y tristeza.

—No tienes por qué sentirte culpable. Lo hiciste bien.

—Sé cómo fue, Eden —agarró el rostro de su hija con ambas manos y la miró a los ojos—. Sé que mi depresión hizo que sintieras miedo de estar triste, que te aterraba sentir algo con intensidad. Supongo que ahora estás igual de asustada porque, según me ha dicho Liberty, entre ese hombre y tú saltan chispas. No tengas miedo, mi amor —le susurró con profunda compasión—. Siente todo lo que tengas que sentir. El amor no va a volverte loca, sin embargo el miedo sí puede hacerte perder la cabeza.

Un profundo dolor golpeó a Eden como un rayo. Su madre había acertado de lleno y sin embargo su consejo no le servía de ayuda.

—¿Cómo puedes decir eso, mamá? La marcha de John nos destrozó la vida. Lo que sentías por él te volvió…

—¿Loca? —añadió Gwen con una sonrisa—. Cariño, yo estaba loca mucho antes de que John decidiera marcharse. Esa fue una de las cosas que nos separaron.

—¡Tú no estabas loca! —exclamó al tiempo que se ponía en pie—. Todo iba bien hasta que él se fue.

—No, mi amor. Cuando me casé con John ya tenía síntomas, pero no hicimos caso. Supongo que pensamos que si tenía algo que me distrajera, todo iría bien.

—Yo no recuerdo que nada fuera mal antes de eso —insistió Eden—. John y tú erais felices.

—Tú eras muy pequeña y John se esforzó mucho porque no te dieras cuenta… y yo acabé odiándolo. Fui yo la que le pedí que se fuera, mi amor. Tienes que entenderlo, John no me abandonó. Yo le dije que se fuera.

No comprendía nada.

—John mintió, mamá —insistió sin poder dejar de llorar—. Me dijo que estaría fuera un tiempo y que volvería. Pero se marchó y no volvió jamás…

No podía seguir hablando. Gwen tenía también los ojos llenos de lágrimas, pero las suyas eran por la niña que había crecido convencida de que el amor era una especie de bomba de relojería. Se puso en pie y la agarró de ambas manos.

—Ese hombre del que me ha hablado Liberty… ¿Lo quieres?

—Mamá, por favor…

—Eden Carter, te he hecho una pregunta muy importante y espero una respuesta. ¿Lo quieres?

—Creo que sí —farfulló mirando hacia otro lado.

—No quiero que creas, dilo con seguridad.

Eden la miró por fin, respiró hondo y admitió:

—Cuando estamos con él, Liam y yo, todo parece… perfecto. Me olvido del miedo —negó con la cabeza—. Me olvido de todo, mamá y eso…

—Para ahí, Eden. Escúchame atentamente. Yo siempre supe que estaba enferma, desde la adolescencia. No sabía lo que era y no sabía cómo pedir ayuda, así que fingí que todo el mundo estaba loco y yo estaba perfectamente. Cuando tú eras adolescente y tenías que cuidar de mí, me aterraba pensar que tú también pudieras estar enferma. Te observaba con un halcón…

—No lo sabía —admitió Eden con un nudo en la garganta.

—¡Claro que no podía añadirte otra carga! Te lo digo ahora porque quiero que me escuches, Edie… cariño, tú estás perfectamente. No tienes ningún problema que no pueda curarse con un poco de valor. Sólo necesitas deshacerte de todo ese miedo y pensar que todo va a ir bien. El corazón se vuelve más fuerte una vez que nos lo rompen y vuelve a curarse. También el tuyo.

Las lágrimas recorrieron las mejillas de Eden al oír a su madre dar voz al miedo que había ocultado durante años, el temor de que algo desencadenara una depresión como la que había sufrido ella.

—Perdóname, Eddie.

—¿Qué? —Eden miró a su madre, totalmente perpleja—. Yo no te culpo de nada.

—Perdóname por todo lo que te arrebató mi enfermedad y perdona a la vida por habernos puesto tantos obstáculos. Y no me digas que ya lo has hecho porque si fuera así, ahora estaría aquí ese hombre tuyo —se llevó sus manos a los labios y las besó—. Las cosas no tienen que ser perfectas para ser hermosas, ni las personas y desde luego tampoco las relaciones.

Al mirar a la mujer que tenía delante, Eden sintió verdadera admiración por ella.

—¿Crees que alguna vez volverás a enamorarte, mamá?

En el rostro de Gwen apareció una sonrisa que lo hizo aún más hermoso.

—Ya estoy enamorada. De mis amigos, de mi trabajo, de Liam y de ti y de la mujer que veo cada día en el espejo. Si alguna vez aparece un hombre, bienvenido sea —dijo guiñando un ojo—. Lo importante no es que los demás no nos abandonen, Edie, es aprender a no abandonarnos a nosotros mismos.

Cuando su madre la estrechó en sus brazos, Eden sintió su confianza.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte, mamá? —le preguntó, descansando la cabeza en su hombro.

Gwen le dio un beso en la frente y susurró:

—Todo el que sea necesario, cariño. Estaré contigo todo lo que haga falta.

Capítulo 15

Cuando Eden entró en la casa en la que se había rodado el anuncio de Children's Connection, se sintió como una estrella entrando en el estreno de su película.

Su madre había vuelto a Nuevo México, pero no sin antes hacerle prometer que Liam y ella irían a pasar allí la Navidad. En el tiempo que habían pasado juntas, madre e hija habían charlado, reído y llorado. Todo eso había hecho que Eden se sintiera más fuerte y segura que nunca.

La invitación al estreno del anuncio había reavivado su deseo de ver a L.J., aunque eso no quería decir que hubiera dejado de pensar en él ni un momento. No lo culpaba por no haberla llamado después de todo lo sucedido. Ella tampoco había intentado ponerse en contacto con él; no habría sido justo hacerlo sin estar segura… no de él, sino de sí misma.

Atravesó el vestíbulo de la casa y, nada más entrar en el salón, vio a Stacey Logan. Después de saludarla amablemente y de ofrecerle una copa de champán, la trabajadora social… y cuñada de L.J., la puso al día de las últimas noticias.

—Más malas noticias para Terrence y Leslie —dijo Stacey—. Y para la clínica en general. Robbie ha desaparecido. Nancy no sabe nada de él desde hace días, está destrozada.

Eden notó que se le encogía el estómago.

—Pero… ¿por qué? ¿No será por esos artículos?

—Eso creo —Stacey la miró con gesto sombrío—. Si yo fuera Nancy, querría arrancarle el corazón a ese supuesto periodista… Perdona.

Eden meneó la cabeza.

—No hay nada que perdonar. Yo sentiría lo mismo. Si alguien hiciera daño…

Se detuvo de golpe al darse cuenta de que la persona que más daño le había hecho últimamente a L.J. había sido ella.

Stacey la miró con curiosidad, pero no le pidió que terminara la frase.

—L.J. le ha dicho a Jake que van a emitir el anuncio en varios estados.

El corazón le dio un vuelco al oír su nombre y tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar a su alrededor para intentar verlo hasta que Stacey dijo:

—Jake y L.J. han hablado mucho últimamente —y luego añadió en voz más baja—: Están ideando un plan para intentar que su padre se reconcilie con Terrence.

—Vaya. ¿Entonces han hablado por teléfono?

—Sí. Parece ser que L.J. volvió a leer el libro de Lawrence y llamó a su padre para hablar de ello. En realidad le dijo que leyera lo que él mismo había escrito. Algo así como: doctor, cúrate a ti mismo —se echó a reír—. Jake, Ryan y Scott dicen que se van a repartir la parte de la herencia de L.J..

—¿Por qué? ¿Su padre se enfadó mucho?

—No, creo que más bien se sorprendió. Le dijo que no era asunto suyo, de ninguno de sus hermanos, pero entonces L.J. los reunió a todos y juntos decidieron atacar hasta acabar con la guerra.

Eden tomó un sorbo de champán mientras pensaba lo injusta que había sido al juzgar al hombre del que se había enamorado.

—¿Sabes si L.J. va a volver pronto a Portland?

Más de una vez en los últimos días se había preguntado si L.J. le habría contado a alguien lo sucedido entre ellos. Al ver la expresión de Stacey, supo la respuesta.

—No es asunto mío, por supuesto —le dijo—, pero tengo alguna experiencia con los Logan y sé que necesitan tiempo para aclarar sus ideas con respecto a las mujeres. Pero puedo asegurarte que la espera merece la pena.

—Gracias, Stacey. Aunque en este caso era yo la que necesitaba tiempo.

—¿De verdad? —Stacey tomó un sorbo de champán—. Es una casa preciosa, ¿verdad? ¿Sabías que algunos de los mejores colegios de Oregón están en este barrio?

—No, no lo sabía.

—Pues está a la venta. Me pregunto si Jake habrá traído la chequera —sonrió—. Vamos a verla entera. No creo que vayan a empezar la proyección todavía. Todo el mundo está todavía comiendo.

Eden siguió a Stacey al jardín, conteniéndose las ganas de hacerle mil y una preguntas sobre L.J., empezando por dónde estaba en ese momento. Pero hizo un esfuerzo para no hacerla sentir incómoda.

—¡Stacey! —Eden se detuvo en seco al ver que su amiga se disponía a abrir una puerta—. Mira —le mostró un cartel en el que se leía: *Zona reservada para fiesta privada.*

—No importa. Debe de ser que está reservada para nuestra fiesta —y, antes de que Eden pudiese decir nada, abrió la puerta.

Eden tardó en reconocer el patio en el que L.J. le había dado el masaje en los hombros y donde habían mantenido su última conversación, aquella de la que tanto se había arrepentido. Estaba todo lleno de farolillos que colgaban de los árboles y en el centro había una mesa preparada para dos.

—Deberíamos irnos —susurró Eden tirando de la manga a Stacey—. Esto parece algo realmente privado.

—Sí. Vamos a ver un poco más.

—¡Stacey! Esto no está bien.

—Claro que está bien. Mira…

Mientras veía como dos camareros ponían algunos platos de comida en la mesa, Eden rezó para que Terrence no se enterara de que estaban espiando a alguien durante una fiesta de la empresa.

Los camareros se marcharon y apareció un hombre vestido de esmoquin que revisó la mesa y luego echó un vistazo a su reloj. Parecía nervioso e impaciente.

—Esto se pone interesante —susurró Stacey—. ¿Aún quieres marcharte?

Eden sólo pudo negar con la cabeza, se veía incapaz de hablar y además sabía que Stacey no necesitaba una respuesta.

—Bueno, creo que yo me voy a buscar a Jake —anunció antes de salir de entre los arbustos—. Hola —saludó a L.J. y luego señaló en dirección a los arbustos—. Aquí está tu cita.

L.J. frunció el ceño.

—Te dije que la sacarás al jardín, no que la escondieras entre los arbustos.

—Lo sé, eso ha sido idea mía —Stacey le dio una palmadita en el hombro—. Buena suerte. No vayas a estropearlo todo.

—Gracias por tu apoyo.

Stacey se alejó de allí con una picara sonrisa en los labios.

L.J. apartó algunas ramas.

—Hola.

—Hola —dijo ella con un escalofrío—. No esperaba verte hoy.

Eden salió de entre la maleza y se sacudió la ropa.

—Estás preciosa.

—Tú también… quiero decir que estás muy guapo.

L.J. respiró hondo.

—Hace diez minutos sabía perfectamente lo que quería decir, pero ahora no puedo ni pensar. Dame sólo un minuto, en cuanto te mire bien lo recordaré todo.

—Muy bien. Mientras tanto…

Gracias a los tacones apenas tuvo que ponerse de puntillas para besarlo en los labios. El primer impulso de L.J. fue retirarse, pero luego se entregó al beso como si acabaran de devolverle la vida.

—Por favor, dime que ese beso significa que te alegras de verme y que no quieres que vuelva a irme —le suplicó cuando sus bocas se separaron. Le acarició el pelo suavemente y la miró a los ojos—. Te he echado mucho de menos, Eden Carter. He echado de menos a Liam. No puedo amarte durante un tiempo y luego olvidarme de todo.

—¿Amarme?

—Sé que es demasiado pronto. Tienes razón en que mi historial con las mujeres no es muy esperanzador, pero me gustaría pedirte que confíes en mí de todos modos. Necesito que confíes en mí porque no hay nada que desee más en el mundo que conseguir que mi relación contigo y con Liam funcione.

—Yo también tengo un historial desastroso.

El corazón le botaba dentro del pecho como si fuera a salir volando. Le bastaba con seguir en sus brazos y volver a besarlo, podría incluso dejar la conversación para otro momento, pero él se apartó suavemente de ella para seguir hablando.

—No digo que vaya a ser fácil, pero juntos podremos superarlo todo, Eden. No he podido dejar de pensar en ello desde que me marché —la llevó hasta el banco en el que se habían sentado semanas atrás—. Siéntate aquí. Voy a darte unos argumentos tan lógicos, que haré que desaparezcan todas tus dudas.

Aquellas palabras hicieron que desapareciera el último vestigio de la tristeza que había sentido desde su marcha. La pasión que veía en sus ojos era mucho más de lo que se habría atrevido a desear, especialmente después de hacer que se fuera.

¿Dudas?

Lawrence Logan Junior era un hombre íntegro, elegante y cariñoso. Había una parte de su corazón que sólo entregaba a unos pocos y Eden sabía, después de horas y horas de pensar en ello, que podría cuidar de ese corazón tan increíble.

—L.J. —susurró con la intención de decirle que no había duda alguna que tuviera que hacer desaparecer, pero él parecía tener mucho que decir y se lanzó a ello.

—Voy a ocuparme de tus preocupaciones una a una. La primera era la distancia. Tú estás en Oregón y yo en Nueva York, pero eso ya no va a ser ningún problema.

—Soy toda oídos —dijo ella, aceptando la copa de champán que él le había servido.

—He pensado que puedo ir trasladando el negocio aquí de manera gradual. En enero podría estar viviendo en Portland y, hasta entonces, vendré regularmente. Probablemente dirás que ésa no es manera de conocernos.

—Tienes razón —el estómago de Eden había empezado a rugir. Era la primera vez en varias semanas que tenía hambre.

—Entiendo que sientas recelo ante las relaciones a distancia, yo también lo sentiría. No quiero que tengas que viajar de un lado a otro con Liam.

—Entonces tenemos un problema.

—No —aseguró L.J. con firmeza—. Créeme, Eden. No he hecho otra cosa en las últimas semanas que pensar en todo esto y sé que podemos salvar todos los obstáculos.

—Y no sabes cuánto te lo agradezco. Pero creo que hay una cosa que no has previsto —Eden echó mano de su bolso y sacó un sobre.

L.J. frunció el ceño al reconocer lo que contenía el sobre.

—¿Billetes de avión?

—Así es. Yo también he estado pensando. ¿Puedo hablar ya? —tras obtener un solemne sí, se dispuso a exponer sus ideas—. Mi madre ha estado en Portland una semana y hemos tenido unas conversaciones maravillosas y difíciles, de las que sólo

se pueden tener con aquéllos que te conocen bien. He decidido que la familia es lo más importante del mundo y que mi familia no se reduce a Liam y a mí —lo miró a los ojos fijamente y admitió—: He intentado con todas mis fuerzas evitar todo aquello que no pudiera controlar, pero ahora sé que quiero fiestas multitudinarias en Navidad y peleas por saber quién ha comido más conejos de Pascua. Por eso he comprado estos billetes.

—Te vas a Nuevo México —dijo—. Para estar cerca de tu madre.

—Me encantaría vivir cerca de mi madre, pero no me gusta el clima del sur, me derrito con el calor. No, he comprado billetes para un lugar con más invierno y con primavera… me encanta la primavera.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te vas de Oregón para siempre? En Oregón también hay primavera.

Sabía que era cruel torturarlo de ese modo, pero estaba tan adorable cuando fruncía el ceño.

—No, no tengo intención de irme para siempre y sí, Oregón tiene primavera —se acercó un poco más a él—. Lo que no tiene Oregón —sacó los billetes del sobre y se los mostró—… es a ti.

—Nueva York —leyó—. Es un viaje de ida y vuelta a Nueva York.

—También tengo tu número de teléfono de casa —dijo dando una palmadita al bolso—. Aún no sabía si llamarte antes o después de marcharme. No quería arriesgarme a que me dijeras que no fuera.

—¿Ibas a venir a verme? —le preguntó estrechándola en sus brazos—. Esto no es un sueño, ¿verdad? —dijo entre besos.

—Si lo es, no te preocupes porque estamos teniendo el mismo sueño. Desde el principio fuiste una fantasía… el hombre guapo y encantador que llega como un caballero andante y además se encariña con tu hijo… Supongo que es mucha presión.

—¿Me has oído quejarme? Por primera vez mi vida, no me importa ese tipo de presión. Quiero ser tu caballero andante. El tuyo y el de Liam. Quiero estar con vosotros y afrontar lo que la vida nos depare.

Tomando sus manos entre las suyas, Eden lo miró y sonrió.

—Tengo muchas cosas que contarte. Quiero que lo sepas todo sobre la enfermedad de mi madre porque a veces esas cosas son hereditarias y debes tenerlo en cuenta. Puede que se haya saltado una generación conmigo, pero podría ser un problema en el futuro… si seguimos juntos y tenemos un hijo. También debo pensar en Liam; yo siempre estaré ahí, pero si…

L.J. la detuvo con un beso.

—Vamos a tener mucho tiempo para hablar de todo eso y para conocernos. Cuando nos casemos, comprenderás que estoy aquí para lo bueno y para lo malo, sea lo que sea.

La fuerza de L.J., su compromiso con ella, actuó como el sol con la nieve, derritió todas las preocupaciones que Eden llevaba arrastrando durante demasiado tiempo y llenó su corazón de esperanza.

—Hay algo que sí necesito saber —le dijo él de pronto—. ¿Te gusta la idea de que me traslade a Portland?

—Claro…

—A mí me gusta Portland y Liam tendrá abuelos y primos. La vivienda no será ningún problema porque… creo… no, en realidad estoy seguro, que he encontrado algo.

Eden se apartó de él para mirarlo.

—No sé si he cometido un gran error —siguió explicándole—. O si por el contrario recordarás esto como uno de los gestos más románticos que he tenido.

—Estás empezando a ponerme nerviosa. Dilo ya —le suplicó, impaciente por saber qué trataba de decirle.

—Cuando nos sentamos en este banco hace semanas… durante el rodaje y te estaba dando el masaje, pensé: «Aquí es. Este es el sitio en el que quiero estar dentro de cuarenta años… sentado en este banco, frotándole los hombros a esta mujer y sintiendo cómo se va relajando».

Eden lo miró, sin palabras, sin apenas respirar.

—Uno de los motivos por los que tenemos vía libre para utilizar esta casa es que los dueños se han retirado a Hawai. Cuando la vi la primera vez estaba a la venta.

—No puede ser.

—Sólo es dinero —le dijo para tranquilizarla—. Si no te gusta la idea o el lugar… o te gusta la casa, pero odias la decoración… todo podremos solucionarlo. También podemos olvidarnos de este sitio y buscar otra casa. No voy a casarme con una casa, así que no tengas miedo de decir lo que piensas.

—Me encanta este sitio.

—Pero…

No fue difícil para Eden acallar todas las dudas de L.J..

—Pero nada. No necesito una casa tan grande, viviría contigo en cualquier lugar. Pero sí, Lawrence Logan, recordaré el que compraras el banco… y la casa que va con él, como uno de los gestos más románticos de la historia.

L.J. volvió a abrazarla y respiró hondo con alivio.

—Estupendo. Si no tenemos que buscar casa, tendremos más tiempo para besarnos…

Tuvieron un pequeño anticipo de ese tiempo que podrían pasar besándose.

—¿Qué te parece si nos vamos a tu casa? —le preguntó L.J. después.

—¿Y la proyección del anuncio?

—Sólo era una tapadera para hacerte venir hasta aquí.

—¿Quieres decir que engañaste a toda esa gente?

—Sí, pero la comida es buena.

—Eso es cierto.

—Vámonos. Quiero ver a Liam.

Comenzaron a caminar dados de la mano. Era la primera vez que iban de la mano y sin embargo a ambos les resultó tremendamente natural.

—Deberíamos avisar a alguien de que nos vamos —sugirió Eden muy a su pesar.

—¡No! Si lo hacemos, no saldremos de aquí jamás. Jake y Stacey estarán sedientos de información que darle después al resto de la familia.

Cuando se encontraban ya en la puerta del jardín, Eden encontró una solución. Echó mano de su bolso y sacó su teléfono móvil.

—Supongo que Jake llevará el móvil encima.

—Claro, es médico. Aunque puede que no responda, pero mira los mensajes cada diez minutos, una costumbre de lo más molesta.

—Dime el número de Jake —marcó según se lo decía L.J. y comenzó a hablar en cuanto saltó el contestador—: Jake, soy Eden Carter. Te llamo para decirte que me llevo a tu hermano para el resto de la noche. Dile a Stacey que voy a plantar rododendro alrededor de la casa y que puede venir a esconderse en él siempre que quiera. Y pregúntale si le gusta el color rosa —levantó la mirada hacia L.J. y añadió con una enorme sonrisa de felicidad en los labios—. Quiero que mis damas de honor vayan de rosa.

Era el turno de L.J..

—¿Has oído eso, hermano? Me voy a casar y vas a ser tío.

Como si llevaran años juntos, Eden y L.J. buscaron la mano del otro simultáneamente.

—Voy a ser papá —anunció con orgullo y alegría—. Una cosa más antes de irme con mi prometida. ¿Te acuerdas cuando me dijiste que enamorarse era como ver el mar por primera vez? Bueno, pues ya puedes decirles de mi parte a Scott y a Ryan que su hermano Jake es un sabio. Acabo de saltar y el agua está genial.

Fin